John Carter Brown
Library
Brown University

Wagner # 126

VIDA Y VIRTUDES
DE EL VENERABLE,
Y APOSTOLICO PADRE
JUAN DE UGARTE
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Milagros de los Dos Cielos
y [illegible]
Conquistadores.

[illegible]

QUIEN LA DEDICA
A [illegible]
Aprobad[illegible]
[illegible]

[illegible]

Chas. F. Lummis 1903

:✠:

VIDA, Y VIRTUDES DE EL VENERABLE, Y APOSTOLICO PADRE JUAN DE UGARTE DE LA COMPAÑIA DE JESUS,

Missionero de las Islas Californias, y uno de sus primeros Conquistadores.

ESCRITA POR EL P. JUAN JOSEPH de Villavicencio de la misma Compañia,

QUIEN LA DEDICA A el Grande, y Admirable Apostol de el Oriente San Francisco Xavier.

Impressa, con las licencias necessarias, en Mexico, en la Imprenta del Real, y mas Antiguo Colegio de San Ildefonso. Año de 1752.

VIDA, Y VIRTUDES
DE EL VENERABLE,
Y APOSTOLICO PADRE
JUAN DE UGARTE
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.

Missionero de las Islas Californias, y uno de sus primeros Conquistadores.

[illegible]

QUIEN LA DEDICA
A el Grande, y Admirable Apostol de el Oriente San Francisco Xavier.

[illegible]

[illegible]

DEDICATORIA.

EL QUE NO RECONOCE los grandes beneficios, y hecha en olvido los favores, â mas de incurrir en la torpe nota de ingratitud vituperable, se hace, como dice Tertuliano, reo de la beneficencia, que dispensó largamente las mercedes: *Humana gens illius beneficentia rea est, cujus ingrata.* Text. in Apolog. cap. 40. Grande es, esclarecido Apostol, y amado Padre mio San Francisco Xavier, el beneficio, que os debo: pues â vuestra poderosa intercession debo el vivir. Ya tyrana la muerte con su fiera guadaña me amenazaba el golpe: ya estaba la cruel Parca para cortar el hilo de mi vida, y yo en lo humano desesperado de remedio: màs era insensible tronco, ó yerto cadaver, que viviente. Entonces quando la fuerza de la maligna fiebre me tenia ocupadas las potencias, y havia embargado los sentidos, entró por mis puertas vuestra bellissima imagen, que es con mucha razon la veneracion, y el encanto

canto del Real Colegio de San Ildefonso, donde ha obrado, y obra grandes marabillas, y al entrar, aun siendo assi, que yo estaba enagenado de mi proprio, reconocì el soberano huesped, que me favorecia, y despues, que la malignidad de la fiebre un tanto remitiò su furia, y tuve yo algun conocimiento, no podia fixar en la santa Imagen los ojos, sin que por ellos se liquidara el corazon en copiosa avenida de tiernissimas lagrimas. Nunca he dudado, Santo mio, que por vuestra piadosa interceſſion escapè de tan terrible aprieto, y manifiesto peligro: y assi vivo, y siempre vivirè reconocido à vuestra soberana proteccion, y el no confessarlo assi, seria reprehensible ingratitud, muy ofensiva á vuestra singular beneficencia, que me hiciera reo digno de la sensible pena de no volver à experimentar los efectos de vuestra clemencia admirable.

Sè muy bien, glorioſissimo Apostol, que debiera haveros mostrado mi agradecimiento en empeñarme cuydadoso à procu-

curar imitar vueſtras virtudes, y abraſado zelo de la gloria de Dios, y bien de las almas; pero con baſtante confuſſion de mi tibieza, reconoſco, que no he ſabido deſempeñar la obligacion en que me puſo vueſtra ſingular piedad. Pero ya, que en eſto (que era lo que mas apreciarais) no he moſtrado mi gratitud, para manifeſtarla en algun modo, os ofrezco rendido, y os conſagro el tal qual trabajo, que he tenido en eſcribir la vida, y virtudes del Venerable, y Apoſtolico Padre Juan de Ugarte, que ſupo ſeguir vueſtros paſſos, tomar vueſtros exemplos, è imitar vueſtras glorioſas empreſſas, para convertir á Dios una numeroſa gentilidad, y reducir â bien vivir á muchos pecadores. Recivid Santo Apoſtol eſte corto tributo de mi agradecimiento, y alcanzad del Señor, que la leccion de eſta vida ſea para encender en los corazones de todos los miniſtros Evangelicos, un ardiente zelo del bien de las almas, para que creſca el numero de los que han de cantar perpetuas alabanzas á la incomprehenſible Mageſtad de Dios Trino, y Uno por toda la eternidad en la gloria.

PARECER DEL P. ANDRES Garcia Prepósito, Vice-Provincial de esta Provincia de Nueva-España, Professo de la Compañia de Jesvs.

Excmo. Sr.

OBedeciendo al precepto de V. Exc. he leído con todo cuydado la Vida del Venerable Padre Juan de Ugarte de nuestra Compañia de Jesvs, Misionero de la California, escrita por el Padre Juan de Villavicencio de la misma Compañia, y no he hallado en ella cosa alguna, que sea contraria à nuestra santa fè, buenas costumbres, y Regalias de su Magestad; antes la juzgo muy util para la comun edificacion, y provecho de los que la leyeren, y que servirà de aliento à los operarios Apostolicos, que se emplean, assi en la conservacion de la fee en los Neophitos, como tambien en la conversion de la mucha gentilidad, que habita en los confines, poco conocidos, ò del todo ignorados, de estos vastos Dominios de su Magestad. Por lo qual puede V. Exc. dar la licencia, que se pide, para que se de à la prensa, y salga à luz. Assi lo juzgo salvo &c. En esta Casa Professa de la Compañia de Jesvs. En 26. de Agosto de 1752.

Excmo. Sr.

B. L. M. de V. Exc. su seguro Servidor, y Capellan,

✠
IHS
Andrès Xavier Garcia

PARECER DEL PADRE FRANCISCO Zevallos Profeſſo de la Compañia de Jesus.

Sr. Proviſor.

Por orden de V. S. he viſto con guſtoſa atencion la Vida del Venerable Padre Juan de Ugarte, eſcrita por el el Padre Juan de Villavicencio de nueſtra Compañia; con acierto tan feliz, que ha conſeguido darnos en pequeño volumen cabal la Imagen de un Gigante. Aſsi creo ſe puede con razon apedillar el ſugeto de eſta hiſtoria, en quien la magnanimidad de corazon, la grandeza de los talentos naturales, y las virtudes inſignes, formaron un Heroë ſuperior à todos los elogios. Nada parecia impoſsible à ſu animoſidad, que alentada de ſu ardiente zelo, allanò las dificultades al juycio humano, inſuperables, que retardaban la Conquiſta eſpiritual de la Caliſornia, en cuya reduccion inſiſtiò incanſable *in labore, & ærumna, in vigiliis multis, in fame, & ſiti, in jejuniis multis, in frigore, & nuditate*, 2. ad Cor. cap 11. Haſta convertir la rudeza de aquel barbaro payz, en florida viña del gran P. de Familias Chriſto Señor nueſtro. Siendo el Padre Ugarte el Prometheo, que con la antorcha del Evangelio animò aquellas gentes, infundiendo en ellas el eſpiritu, y vida verdadera. Las huellas, que dexò eſtampadas ſiguen al preſente los Evangelicos operarios, que con tanta gloria de Dios ſe ocupan en el cultivo de aquella trabajoſa labor, à los quales juzgo ſerán los exemplos de eſte Varon Apoſtolico de grande aliento, y eſtimulo para la proſecucion de ſus laborioſas tareas. Por eſto, y por no contener coſa alguna, que deſdiga de la pureza de nueſtra ſanta fè, y buenas coſtumbres, ſoy de parecer, *ſalvo meliori*, que es el libro digno de la luz publica. Colegio de San Pedro, y San Pablo, y Noviembre 15. de 1752.

Sr. Proviſor.

B. L. M. de V. S. ſu mas afecto Servidor, y Capellan,

✠
IHS
Franciſco Zevallos.

Licencia del Superior Gobierno.

EL Excmo. Señor Don Juan Francisco de Guemes, y Horcasitas, Conde de Rebilla Gigedo, Gentil Hombre de la Camara de su Magestad, con entrada, Theniente General de los Reales Exercitos, Virrey Gobernador, y Capitan General de esta Nueva España, y Presidente de su Audiencia, y Chancilleria, &c. concediò su licencia para la impresion de este Libro, visto el parecer del Padre Andrès Xavier Garcia, de la Compañia de Jesvs; como consta por Decreto de 7. de Septiembre de 1752.

Rubricado de su Excelencia.

Licencia del Ordinario.

EL Señor Doctor Don Francisco Xavier Gomez de Cervantes, Cathedratico Jubilado de Prima de Sagrados Canones en la Real Universidad de esta Corte, Prebendado de esta Santa Iglesia Cathedral, Examinador Synodal, Juez Provisor, y Vicario General de este Arzobispado, &c. concediò su licencia para la impresion de este Libro, visto el parecer del Padre Francisco Zevallos de la Compañia de Jesvs, como consta por Auto de 7. de Septiembre de 1752. *Rubricado de su Ilustrissima.*

Li-

Licencia de la Religion.

ANDRES XAVIER GARCIA DE LA COMPAñia de Jesvs, Prepoſito de eſta Caſa Profeſſa de Mexico, Vice-Provincial de eſta Provincia de Nueva Eſpaña. Por la facultad, y poteſtad, que para eſto me es concedida de N. P. Ignacio Vizconti, General de nueſtra Compañia de Jesvs. Por la preſente doy licencia al Padre Juan de Villavicencio Profeſſo de nueſtra Compañia, para que pueda imprimir la Vida del Padre Juan de Ugarte, que ha eſcrito; por haverla viſto perſonas doctas de nueſtra Compañia, à quienes la cometì, y no haver hallado coſa digna de cenſura. En fee de lo qual di eſta firmada de mi nombre, ſellada con el ſello de mi oficio, y refrendada por mi Secretario. En Mexico, en 15. dias del Mes de Noviembre de 1752. años.

✠
IHS

Andrès Xavier Garcia.

✠
IHS

Ignacio Xavier Hidalgo.

Pro-Secr.

✠

Prologo al Lector.

ES ACERTADA MAXIMA DEL PRUDENTE Horacio, que qualquiera, que se resuelve á escribir, antes de hacerlo, unida con madura, y muy atenta consideracion, con sus fuerzas, la materia, que entre manos toma, y examine su peso para vér si son sus ombros capaces de llevarlo: Horat. de arte Poetic. *Sumite materiam vestris, qui scribitis æquam:: viribus, & versate diu, quid ferre recusent ::: quid valeant humeri.* De este prolixo examen se sigue, que quien emprehende tratar lo que no excede los limites de su ingenio, puede con ordenada facundia dar esplendor, y grande lustre á la obra, de que se encarga: *Cui lecta potenter erit res, ne facundia deseret hunc, nec lucidus ordo.* Como por el contrario, quien pretende llegar adonde no alcanza, se hallará metido en un estrecho, de donde le obligue la verguenza à retirar el pie. Al atender yo los desmedidos elogios con que uniform s alaban, y sin cesar engrandezen el conjunto raro de escogidas prendas, las virtudes heroycas, y proezas admirables del Venerable, y Apostolico Padre Juan de Ugarte; quantos lo conocieron, y trataron, á el leer los informes, que dan de su ardiente zelo, y glorioſos trabajos los que fueron testigos de lo mucho, que hizo, y trabajó por la gloria de Dios, y bien de las almas; por lo qual sugetos de mucha madurez, y religiosidad, lo llaman á boca llena Apostol, le dan el honroso titulo de Atlante Californio, el inclyto renombre de norma, y exemplar de Missioneros perfectos; y lo pintan tan abastecido, no solo de virtudes, sino tambien de todas dotes naturales, que puede con ra-

zon

zon aplicarsele lo que dixo Propercio hablando de la an-
igua Roma: *Natura hic posuit quidquid ubique fuit.* A el
ver, digo, y hacerme cargo de todo esto, no fue menes-
er mucho para conocer, que el historiar su vida, y virtu-
des, era empresa muy superior á mis cortissimos talen-
tos; y que para un Heroe tan insigne se necessitaba mu-
cho mas delicada pluma, que la mia: pues era necessario,
que perdiessen mucho de su esplendor sus obras grandes,
entre las opacas sombras de mi tosco, y nada pulido esti-
lo. Esto reconocì, y esto alegué por escusa para no escri-
bir la vida de este Varon tan admirable, quando se me
intimó el orden de que lo hiciesse; pero no admitiendose
mi escusa, emprehendì la obra, que excede á mi corta
capacidad, confiado en que no havrá quien tenga por osa-
da temeridad el emprehenderla, quando el hacerlo, es
solo por manifestar el rendimiento de obediente. Es po-
co lo que yo he discurrido por los amenos campos de la
eloquencia: y assi me hallo muy escaso de flores para
adornarla. Los vuelos de mi pluma son muy cortos pa-
ra seguir á este Varon admirable sus passos Apostolicos;
pero para que no se heche menos todo, he procurado,
quanto he podido, averiguar la verdad de los sucessos, y
quanto escribo es sacado de las relaciones, que han dado
sugetos muy religiosos, y verdicos, que han ilustrado,
y aun ilustran esta nuestra Sta. Provincia. Con esto queda
preocupado el concepto, que se puede formar de ser hy-
perboles, ó exageraciones demasiadas, algunas de las co-
sas, que se refieren del Apostolico Padre. El llamar he-
roycas sus virtudes, como tambien el referir algo, que se
diga milagro, ó prophecia, en ningun modo es con in-
ten-

tenſion de prevenir el juycio de nueſtra Santa Madre Igleſia, ni pretender mas, que una fé humana, fundada en el dicho de hombres prudentes, y de conocida virtud. Quiera la divina Mageſtad, que la leccion de eſta vida ſea para excitar en muchos el deſſeo de imitar un zelo tan ardiente, y fervoroſo del bien de las almas, para alentarſe à trabajar mucho, y ſolicitar por todos modos el extender, y propagar la mayor gloria de Dios.

Vale.

VIDA,

VIDA, Y VIRTUDES
DEL VENERABLE, Y APOSTOLICO PADRE JUAN DE UGARTE
de la Compañia de Jesvs, Missionero en las Islas Californias, y uno de sus primeros Conquistadores.

CAPITVLO I.

Patria, Padres, y educacion en sus primeros años del Venerable Padre Juan de Ugarte.

NACIÖ EL PADRE JUAN A 22. DE JUlio del año de 1662. y parece que fué feliz horoscopo de su ardiente caridad el tener por dia natalicio el que lo es de la fervorosissima amante, y fiel Discipula del Señor Santa Maria Magdalena. Renació para Dios en la saludable fuente del baptismo el dia 7. de Agosto del mismo año. Fué su Patria un lugar de la Provincia de Honduras, llamado San Miguel Tegusijalpa, quien puede gloriarse ciertamente mas bien que de los metales preciosos, que rinden sus ricos minerales, de haver dado â luz un Varon, cuyo ingenio de

oro, y talentos incomparables lo hizieron apreciar de todos, y él con sus heroicas empressas, y glorioſos trabajos renovó los dorados siglos de los Apoſtoles. Fueron sus Padres D. Juan de Ugarte, y Doña Anna Maria de Bargas, perſonas, que à mas de ſer muy chriſtianas, y piadoſas, eran de ſangre muy limpia, y noble calidad. Tuvieron abundancia de los bienes que llaman de fortuna, y la Divina Mageſtad fecundó ſu nupcial talamo con tan copioſo fructo de bendicion, que llegaron á quinze los hijos que tuvieron. De eſtos á mas del Padre Juan, dió tambien ſu nombre, y ſe aliſtó en nueſtra Compañia el Padre Pedro de Ugarte, quien aſſimiſmo trabajó glorioſamente, y con ſu ſudor, y fervoroſos afanes ayudó á fertilizar los campos eſteriles de la gentilidad en las Californias á los principios de ſu conquiſta, y deſpues en la Provincia tuvo un porte muy juycioſo, edificativo, y ajuſtado. Tuvieron ſus Padres de nueſtro Juan ſingular eſmero en la educacion, y buena crianza de ſus hijos, procurando no ſolo imponerlos en las importantiſſimas maximas de chriſtiandad, y temor de Dios, ſino tambien enſeñarles á tener reſpectos, y procederes honrados, y caballeroſos. Deſde muy niño comenzó Juan á dar eſpecimen de lo que havia de ſer, y conjeturando ſus parientes que havia de ſer grande hombre, por lo que eſtando, aun en edad tan tierna le reconocian, unos á otros ſe decian lo que ayá los Montañezes de Judea en el nacimiento del ſagrado Baptiſta. Luc. 1 ℣ 66 *Quis putas puèr iſte erit?* Que ſerá de eſte niño, que tantos indicios manifieſta de que ſerá grande? Y con razon pu-

die-

dierán añadir: *Etenim manus Domini erat cum illo*, que con especialidad lo dirigía la poderosa mano del Señor, y lo guardaba, para que teniendo el nombre del Precursor, no le faltassen las obras siendo ardiente luminosa antorcha, que havia de derretirse, y consumirse por dar la brillante luz del Evangelio à las gentes ciegas, que habitaban las mas incultas, y remotas regiones.

Viendo los parientes de nuestro Juan los fondos de capacidad nada vulgar, los talentos no comunes, que aun siendo niño tierno descubria, clamaban à su Padre, que lo guardasse para el adelantamiento de su casa, y para darle aumentos de lustre, y esplendor. Pero es buena prueba de lo muy christiano, y piadoso, que era este Caballero, que conociendo muy bien el inestimable tesoro que tenia en su hijo, y las prendas de este, aun desde entonces sobresalientes; por lo mismo determinó hazer de él sacrificio, ofreciendolo á Dios en el estado Eclesiastico. Generosidad de animo verdaderamente grande, y digna de alabanza, y que no se vé con mucha frequencia en el mundo, pues ansiosos de ordinario los hombres de llevar adelante sus familias con los mayores lucimientos, anhelan por quedarse con aquellos hijos, que juzgan mas prendados, y talentosos, y solo quieren dar el deshecho á Dios, ofreciendole aquellos que tienen por mas inutiles, y para poco.

Siendo el niño Juan de edad de siete á ocho años, lo pidió á sus Padres, enamorado de su linda indole, y amables propriedades, un Tio suyo hermano de su Madre, para llevarlo á sus haziendas, que las tenia bien opu-

len-

lentas, y quantiosas, con el designio de que se fuesse industriando en el manejo de ellas, y aprendiendo á gobernar con acierto, y acrecentar con prudente economia lo que por fin havia de venir á ser suyo, pues era su animo el que lo heredasse, puesto que por ser Clerigo no tenia otros herederos. Concedieron sus Padres el que fuesse Juan con su Tio, pero siendo assi que la libertad del campo ofrece dilatado espacio para los juegos, y entretenimientos pueriles, y el manejo de los caballos, y otras travesuras que alli pueden lograr, les son á los niños tan agradables, quanto por el contrario les es en estremo pesado, y molesto el trabajo de cultivar el animo con el estudio, nuestro Juan, comenzando desde pequeño á tener miramientos, y reflexas de hombre maduro, tuvo en mas la cultura del ingenio, que la de la tierra, y como lo tenia Dios destinado para saber mucho, se ajustó con la practica al dictamen del sabio que dió mas peso en su estimacion á la sabiduria, que á las riquezas, y tanto, que á estas reputó por nada en comparacion de aquella: *Divitias nihil esse duxi in comparatione illius.* Sap. 7. ỳ. 8. En nada reputó nuestro Juan la quantiosa herencia, que le esperaba, ni la libertad apetecida de la vida campestre le fué tan agradable como podia ser á otro qualquiera, que no tuviera sus alcanzes; antes bien clamó, y con instantes suplicas pidió á su Tio, que lo embiasse á estudiar, alegando para el buen despacho de su peticion, que su deseo era de ser tambien Eclesiastico. Juntos estos sus ruegos con los designios de su piadoso Padre de ofrecerlo á Dios, vinieron en darle gusto, y concederle lo que pedia, y tan justamente demandaba. CAP.

CAPITULO II.

De sus primeros estudios, y vocacion á la Compañia.

RESTITUIDO EL NIÑO A SUS PADRES, determinaron estos despacharlo á Guatemala para que diera principio al estudio de la Latinidad. Mas el solicito, y cuydadoso Padre, no queriendo fiarse de otros, fué en persona â dexar â su hijo, para encomendarlo por si mismo el Maestro, y provérle posada correspondiente á su calidad. Pusolo en la casa de una Señora muy principal de alli, donde dexó las necessarias providencias para el decente trato de el estudiante. Empezó Juan á frequentar las aulas de la Compañia, y emprendió la molesta, y larga tarea de los estudios, con tan grande fervor, que su aplicacion al estudio era igual á su capacidad extraordinaria. Para tener tiempo bastante para estudiar, sacudiendo muy de mañana las pesadeces del sueño, de que tan dificilmente se sacuden de ordinario los niños, era muy puntual en madrugar. Y como assi para dispertarlo, como para abrirle las puertas era necessario, que se levantasse alguno de los criados, solia decir por chiste la Señora de la casa: este Niño con sus madrugadas me ha de enfermar toda la familia: y al mismo tiempo se valia del empeño de Juan para excitar la pereza, y desaplicacion de un hijo suyo, que iba tambien al estudio, a quien solia decir: *No te averguenzas de ver el juyci... aplicacion de este Niño?* Esta aplicacion, y te-

ſón tan conſtante en el eſtudio era en nueſtro Juan proprio efecto de ſu animo generoſo, y de aquel noble pundonór, que fue ſiempre admirable en él. Se empeñaba tanto en el eſtudio, no ſolo porque no le llevaſſen ventajas en el aprovechamiento ſus condiſcipulos, ſino tambien, como ſolia decir con gracia, porque no le perdieran el reſpecto con algun caſtigo. Tanta era, aun entonces ſu honradez.

Con tan ſolicito deſvelo, y cuydado de aprovechar, junto con los fondos de ſu ingenio, hazia progreſſos muy notables, y en corto tiempo ſe halló no ſolo buen Gramatico, ſino tambien conſumado Humaniſta, Poeta, y Rhetorico, mereciendo los mayores creditos, y aclamaciones entre ſus condiſcipulos, y conſiliandoſe la mas ſubida eſtimacion, y aprecio de ſus Maeſtros. Ni ſolo anhelaba por aprovechar en las letras, ſino que procuraba tambien medrar en las virtudes, aplicandoſe mucho à exercicios de piedad, y devocion: y aun deſde entonces practicaba ya la mortificacion, y uſaba macerar el cuerpo con penitencias. Prueba de eſto es, que haviendolo en una ocaſion llevado conſigo un Sujeto nueſtro al ingenio del Colegio, para que alli deſcanſaſe un poco de ſus tareas, y dieſſe algunas treguas á ſu afanado eſtudio con unas vacaciones; reparando un dia dicho Sujeto, por no ſé que caſualidad, en la cama, en que dormia Juan, la halló ſembrada de leños, con que ſe la hacia incomoda. Tan de antemano comenzó los preludios de los indecibles trabajos, y aſperezas, que deſpues paſó en las glorioſas empreſſas en que lo metió ſu Apoſtolico zelo.

Con

Con el caudal de sus amables prendas, con su porte tan modesto, y juycioso, y con su aprovechamiento tan lucido se ganó Juan las voluntades, y corazones de los Sujetos, que vivian en el Colegio de Guatemala. Y como no hay incentivo mas poderoso para el amor, que el amor mismo, viendose amado, comenzó tambien á amar á los que lo amaban, y á aficionarse de su religioso trato, y virtuoso proceder. Al mismo tiempo Dios infundió en su animo la soberana luz de la vocacion, y le excitó el desseo de consagrarse à su divina Magestad en nuestra Compañia. No se hizo sordo á las voces del Cielo, sino que obedeciendo á la divina inspiracion, dió cuenta de sus desseos à su Confessor, expusolos tambien á los demás Padres, quienes informaron al Padre Provincial de los talentos tan singulares del moso, de su indole sobremanera docil, y de las buenas inclinaciones, que manifestaba. Vistos estos informes, no solo no tuvo dificultad el Padre Provincial en admitir al pretendiente, sino que se persuadió que en él embiaba Dios un hijo à la Compañia, que havia de dar nuevo lustre á su esplendór, y ordenó su Reverencia, que viniesse á Mexico, para passar al Noviciado de Tepotzotlán.

Alegre, y regozijado Juan de vér el buen logro de sus santos desseos, sacrificó gustoso à Dios las muy bien fundadas esperanzas, que le daban sus realzadas prendas de ser mucho en el mundo por qualquiera linea, que en él siguiesse: ofreció à su Magestad la quantiosa herencia, que esperaba de su Tio, y la legitima, que de sus Padres le tocaba. Dió cuenta de su recibo á su Padre, y esse piadoso

doso Cavallero, que tan de antemano tenia, con ánimo generoso, ofrecido el sacrificio, vino bien en la execucion, y no solo dió su grata licencia, sino que tuvo à dicha suya el que entrasse su hijo en la Compañia. Dió luego las necessarias providencias para tan penoso, y dilatado viaje, y ya que se deshacia de prenda tan amada, procuró con afecto paterno, que á mas de ir su hijo muy bien abastecido de reales, y demás cosas necessarias para un largo camino, fuesse bien acompañado. Despachólo en compañia del Sargento Mayor Don Joseph Fernandez de Guevara, Padre del Padre Joseph de Guevara, á quien su señalada virtud, y prendas no vulgares, hicieron muy conocido en esta Provincia. Puso se en camino nuestro Juan, y á pocas jornadas experimentó un considerable quebranto en su salud, por un grave accidente, que le sobrevino. Trataba Don Joseph de Guevara de volverlo á Guatemala, de donde aun no se havian alejado mucho, para que alli con mas comodidad se curara; pero se opuso constante Don Juan, diciendole: de ninguna manera vuelvo yo; no vé usted, que dirán, que me arrepentì? Prosigamos nuestro viaje. Instaba Don Joseph, mire usted, que ha estado fuera de si delirando con el ardor de la calentura, ha evacuado tanta abundancia de colera de esse cuerpesito, que apenas se haze creible, que cupiera en él, y persona inteligente en Medicina, afirma, que está usted muy de cuydado, y assi será lo mejor volverse, y curarse. A esta instancia no oyó Don Joseph otra respuesta, que la antecedente, sin poder persuadir el regresso al fervoroso Don Juan, que estando [illegible] en

lo

o dicho le decia: uſted me perdone, yo no buelvo; por-
que ſe dirá, que me arrepentì, y yo no trato de eſſo. Ce-
dió Don Joſeph al honrado empeño de ſu Compañero,
y eſperando â que remitiera la fuerza del mal, aſſi que
vió con algun alivio al enfermo ſiguieron el viaje, y fué
el Señor ſervido, que ſe aliviaſſe Don Juan, y recobraſ-
ſe la ſalud.

En eſte miſmo camino ſucedió una coſa en que
moſtró mas lo pundonoroſo de ſu genio, y el empeño
de ſus nobles atenciones. Encargóle un ſujeto, que lle-
bara una carta, y al paſſar por cierto Pueblo la diera â
un Indio de el. Ofreció Don Juan darla en mano pro-
pria. Haviendo llegado al tal Pueblo hizo diligencia de
ſaber la caſa, y aunque pudiera valerſe de alguno de los
criados, que conſigo traya para que puſieſſe la carta en
manos de ſu dueño, no quiſo hacerlo aſſi, ſino que levan-
tandoſe muy temprano el dia ſiguiente, llevó perſonal-
mente la carta, y la puſo en manos del Indio. Quando
Don Joſeph Guevara (quien por ſer muy de mañana no
lo havia viſto ir) lo vió bolver, y ſupo que havia ido á
dar la carta, le dixo: porqué uſted tomó eſſe trabajo, y no
ſe valió de alguno de los criados para ſu entrega? Dixe
(reſpondió Don Juan) que la havia de dar en mano pro-
pria, y las coſas como ſe prometen ſe cumplen; mi pala-
bra fué, que la daria en mano propria, y no cumpliria
menos, que dandola yo miſmo.

Eſte noble modo de proceder conſervó toda la
vida; porque no ſe opone, ni eſtá reñido con la virtud el
porte caballeroſo, y honrado. Y ſi bien es muy cierto,

que sabe Dios sacar de las piedras hijos de Abrahan, y se vale de instrumentos ineptos, y desproporcionados para obras excelentes, y grandes; es verdad tambien, que en el orden regular de su providencia sapientissima, que lo dispone todo, no menos con fortaleza, que con admirable suavidad se acomoda en su modo de obrar á aquello, que es mas connatural à las cosas, proporcionando con la naturaleza los soberanos dones de la gracia. Por esso sobre el cimiento de un corazon magnanimo sube muy bien, y se levanta la excelsa fabrica de una virtud heroica. El buen testigo de esto, aunque no huviera como hay otros muchos, nuestro Inclyto Patriarcha, y Santissimo Padre San Ignacio, cuyo animo generoso le sirvió de fundamento para erigir la eminente machina de una incomparable santidad. Y el mismo santo con aquel maravilloso dón de discernir espiritus, con lo que havia enriquecido el Cielo, solia decir, que havia observado, que un corazon magnanimo, y naturalmente generoso, recibiendo los divinos dones, negociaba tan en breve con el talento recibido, que en poco tiempo se hallaba con excesivas creces. Quantas consiguió nuestro Juan en la virtud, ayudado de su natural generosidad, lo manifestará el discurso de su vida.

Continuaba su camino con su buen Compañero, y aun ya desde entonces se ensayaba á las incomodidades, y trabajos, que despues le fueron familiares, y continuos en sus apostolicas empressas. Sucedió un dia de los que caminaban, que picando algo recio se adelantaron á las cargas en que venia la necessaria provision pa-

ſa el ſuſtento, ſobrevino en eſto una copioſa lluvia, con la qual ſe detenian mas dichas cargas, y á los viajantes apuraba la neceſſidad, hallandoſe en paraje donde no era facil encontrar, que comer. Acaſo uno de los criados, que acompañaban havia reſervado, y traya conſigo un poco de maiz, que havia ſobrado à las mulas en la poſſada antecedente. Noticiado de eſto Don Joſeph de Guevara, dixo á nueſtro Don Juan: ſe atreverá uſted á que comamos de eſte maiz toſtado? Luego con grande donaire, ſin aſco, ni melindre, reſpondió: ſi Señor, porqué no? El fuego purificará el maiz de las babas de las mulas, y en la ocaſion que eſtamos nos ſabrá muy bien. Comió del maiz, aunque era paſto tan repugnante al regalo, y abundancia en que eſtaba criado. Pero comenzó á moſtrar lo que hizo deſpues quando ſe vió en lances tales, que en muchas ocaſiones el maiz toſtado huviera ſido para él un regalado plato, y aun una meſa eſplendida. Concluidos al fin los trabajos de ſu camino, llegó à Mexico, donde luego paſſó á dar la obediencia al Padre Provincial, quien reconoció que venian bien los informes, que ſu Reverencia tenia del pretendiente, con lo que él manifeſtaba en ſu afabilidad, modeſtia, y nada afectada compoſtura, y aſſi ordenandole que viera à los Padres conſultores, é hiziera las demás diligencias neceſſarias, en breve lo deſpachó ſu Reverencia para que fueſſe á Tepotzotlán á dar principio à ſu Noviciado.

* * * * *
* * *

CA-

CAPITULO III.

Su entrada en la Compañia, y fervores de su Noviciado.

LUEGO QUE FUE DESPACHADO D. JUAN, sin dilacion alguna se partió à Tepotzotlán, donde dió principio à su Noviciado el dia 14. de Agosto del año de 1679. siendo de edad de 17. años. Alli verdaderamente como arbol fecundo plantado en la corriente de las aguas, comenzó desde luego á descollar con grande lozanía, y presto descubrió las flores de las bien fundadas esperanzas de los copiosos frutos que havia de dar despues. Se aplicó desde el principio à la virtud con tanto fervor, teson, y conato, como se havia aplicado al estudio. Con esto muy en breve se adelantó mucho, y se hacia ya reparar de sus connovicios, sobresaliendo entre todos tanto, que el Maestro de Novicios, que lo era el Venerable Padre Pedro de Echagoyan, lo ponia por exemplar à los otros, y el mismo Padre lo miraba con un genero de respecto, que quasi declinaba en veneracion. Conocia el grande fondo de juyeio, y madurez de su Novicio, y que sabria callar, y tener en silencio, como el Padre desseaba, el estraño rigor de sus asperas penitencias, y assi hizo confianza de el, poniendolo solo en un aposento retirado, para que sin registro le remendasse los instrumentos de cilicios, y disciplinas de hierro de que usaba el penitentissimo Padre, y con que maltrataba su cuerpo, y como el uso de estos instrumentos era frequente, con frequencia tambien, se descomponian y necessi-

taban las manos del Hermano Juan de Ugarte, quien no solo era de grande, y claro ingenio, sino que tambien para que no le faltasse prenda alguna, tenia grande habilidad, y destreza para todo lo que llamamos mecanismo.

A poco tiempo de Noviciado viendo el Padre Rector lo mucho que se adelantaba en virtud, y el porte que tenia tan juycioso, le dió el cargo de Prefecto, que es en el Noviciado el que tiene el cuydado de las distribuciones, y demás exercicios. Tuvo mucho que repugnar su humildad en este oficio, por la tal qual sombra de superioridad, que tiene, y con rendimiento propuso algunas razones para escusarse de exercitarlo; pero no siendo oidas sus propuestas exerció el oficio todo el restante tiempo de su Noviciado. Dando un dia quenta de conciencia le preguntó su Maestro, como le vá á mi Hermano de Obediencia? Respondió con viveza el Novicio: me vá muy mal Padre. Mal en la Obediencia (replicó el Padre Echagoyan) siendo esta la principal virtud, y como caracteristica de la Compañia? Si Padre (respondió el Hermano Ugarte) porque á mi se me vá todo en mandar, y con este oficio de Prefecto, no se que es obedecer. Pues en esso ha de obedecer, (dixo el Padre Echagoyan) y no hay que proponer.

No remitió un punto su fervor, antes bien lo augmentó en el discurso de su Noviciado, en donde se conoce bien quan profundos cimientos hechó de perfeccion, y virtudes, por el grande edificio que levantó despues. De todo dispuso Dios, que nos dexasse de su propria mano individual noticia en una pequeña hoja, que acaso guar-

daba, para tener en ella siempre presentes sus primitivos fervores. Y por no impedir el que pueden ocasionar sus proprias clausulas, ván á la letra como las tenia escritas, aunque son algo dilatadas. Desde el dia de renovacion 6. de Enero, hasta hoi primero de Febrero del mismo año de 1681. he invocado á la Santissima Trinidad tres mil setecientas, y cinquenta veces. Otras tantas veces he invocado los dulcissimos nombres de JESUS, y MAria, entregandoles juntamente en sus manos mi alma, y corazon. Me he exercitado en desseos de morir por Christo, pidiendolo con todo mi corazon mil trecientas, y cinquenta veces. He examinado mi conciencia cinco veces al dia. Todas las vezes que he entrado, y salido del aposento he pedido la bendicion á MARIA Santissima, arrodillandome. He procurado prevenir las señales de la Obediencia, principalmente de la oracion, examen, rosario, y letanias. He rezado setenta, y cinco vezes las Letanias de nuestra Señora por mis Padres, y Hermanos, suplicando à Dios, y à MARIA Santissima nos dé á todos mucho fervor. Assimesmo cada dia al acostarme, y levantarme he pedido à JESUS, y á MARIA, y á los Santos Angeles la bendicion para toda la Compañia, particularmente para los de esta casa. He rezado por las animas del Purgatorio ciento, y setenta y cinco veces el Psalmo *Miserere*. Tres, ó quatro veces cada dia he encomendado á Dios los agonizantes, haciendo oracion por ellos. Todo esto ofrezco con todo mi corazon, y toda mi alma à MARIA Santissima, juntamente con cinquenta disciplinas, trecientas, y setenta y cinco

horas

oras de cilicio traido en estos dias; el dormir sin col-
hón, y vestido, con todo lo demás de curiosidades ven-
idas, rosarios, ayunos, abstinencias, actos de fé, espe-
anza, y caridad, y las mortificaciones interiores. Hasta
qui las clausulas en castellano del sobre dicho papel, que
ermina con un afectuosissimo coloquio latino, cuyas
ltimas palabras son estas: *Admirabilis Virgo Mater, ut hoc*
argita es, sic etiam ad majora, ac tandem ad sanguinem pro Fi-
ij tui Jesu-Christi, tuique nominis honore fundendum gratiam
iberem largiaris. Amen. Las quales palabras para los que
no las percibieren en latin, quieren decir. Admirable
Virgen, y Madre, assi como me has concedido esto, con-
ce deme tambien gracia abundante para mayores cosas,
y finalmente para derramar la sangre por el honor del
nombre de tu Hijo Jesu-Christo, y de el tuyo.

Si estos fueran propositos solamente, tuviera lugar
la admiracion de un fervor excesivo; pero pudiera con
todo quedar algun resquicio á la duda de haverlos obser-
vado, porque siendo tantas cosas podia presumirse algun
olvido, aunque inculpable, ó algun descuido en la ob-
servancia de alguna de ellas; pero siendo cosas ya execu-
tadas, hay mucho que admirar. Y es cierto, marabilla
grande, que en tan poco tiempo pudiera el fervoroso
Novicio hacer tanto; pero no se haze increible si se ad-
vierte, que no dexaba perder particula alguna del buen
dia, y para él fueron muy buenos todos, y cada uno de
los que vivió en el tallér de santidad, donde aprendió á
vivir dias llenos. Con estos actos de virtud, y fervores
extraordinarios se dispuso para consagrarse á Dios, y ha-
cer

cer sacrificio de sí proprio en los votos religiosos del bien
nio, los quales hizo á 15. de Agosto de 1681. dia de la
gloriosa Assumpcion de la Soberana Reyna de los Ange-
les, y Madre nuestra MARIA Santissima, dia celebre, y
dichoso para la Compañia, en que sus primeros Padres
ofrecieron â Dios sus primeros votos, y el caber â nues-
tro Juan para los suyos el mismo dia, parece fué presa-
gio de que havia de renovarse en el espiritu Apostolico,
y fervoroso zelo de aquellos Varones esclarecidos.

CAPITULO IV.

Da principio â sus estudios, y haze en ellos progres-sos muy lucidos.

HECHOS LOS VOTOS DE EL BIENNIO passó el Hermano Juan al Seminario, mas hallan-dose con bastantes noticias de lo que alli se estudia; por haver entrado, como ya se dixo, aventajado en la Lati-nidad, Poesia, y Rhetorica, en breve passó de la esphera de discipulo á la de Maestro; porque reconocido su gran-de aprovechamiento, á que se juntaba su experimentado juycio, y madurez, fué señalado para instruir à otros de los Seminaristas, que haviendo entrado menos aprove-chados, necessitaban de mas solidez en la Latinidad, pa-ra emplearse en cosas mayores. Fué esta muy buena ocasion para que el Hermano Juan exercitara los esme-ros de su caridad, y zelo. Aunque atendia cuydadoso â todos sus encomendados, puso especial conato, y dili-gencia en uno, que por ser ya adulto se le hacia una difi-cul-

ultad insuperable el imponerse en los rudimentos, y pa-
llos no menos menudos, que molestos de la Gramati-
a, y llegó su desaliento á tanto, que no juzgaba poder
lir con la empressa de aprender la Latinidad, y trataba
a de pedir à los Superiores, que lo aplicassen à otra co-
. Esforzó quanto pudo el Hermano Juan su caritativa
loquencia para persuadirle, que no se desanimara, ni
oncibiera tan ardua la dificultad de aprender, que no pu-
iera vencerse doblando el estudio, y aplicacion, que el
e su parte prometia multiplicar las lecciones, y dupli-
ar el cuydado. Assi lo prometió el Hermano Juan, y
ssi lo cumplió con teson tan constante en la diligencia,
ue vino por fin á conseguir, no solo que aprendiera su
esconsolado clientulo, sino que aprendiera desuerte,
ue pudo al fin passar muestra entre los mas aprovecha-
os, siguiendo despues con lucimiento el dilatado curso
e los estudios, despues de los quales sirvió con credito
la Provincia, manifestando siempre su reconocimiento,
gratitud en protestar todas las veces, que se ofrecia, que
uanto sabia, y era lo debia à la excesiva caridad de nu-
stro Juan.

Este ya se dexa entender quanto cuydaria del apro-
echa miento proprio; pues aun del ageno se mostraba
n solicito. Y aunque havia antes de entrar en la Com-
añia acaudalado muchas noticias de las letras humanas,
on su constante aplicacion al estudio, y con su entendi-
iento claro, y profundo, se enriqueció con muchas
as, y dió subidos realzes de perfeccion à lo que antes
uvia adquirido. Dedicabasse fervoroso á los afanes lite-

rarios; pero en ellos siempre cuydó de lo que tanto encarga nuestro Santo Padre á los Estudiantes Jesuitas, y es, que el fervor de los estudios no entibie, ó disminuya el amor de la vida religiosa, y de las virtudes solidas. En estas nunca dexó de aprovechar; porque desde que se dedicó á Dios en el estado de la Religion, determinó seguir constantemente la senda de los Justos, que es una luz brillante, cuyos rayos no conocen diminucion, y van siempre en augmento hasta formar un hermoso, y claro dia.

Concluido su año de Seminario passó al Colegio de San Pedro, y San Pablo á oír la Philosophia, en cuyo tiempo guardando el mismo tenor de aplicacion, y empeño en breve comenzó á sobresalir de tal manera, que admiraba no solo á sus Condiscipulos, sino tambien á su Maestro, quien celebraba su buena suerte de haverle cabido un Discipulo, que sin algun afán, ó trabajo suyo, no solo percebia las mas intrincadas dificultades, y se hacia dueño de las mas graves, y dificiles questiones, sino que por si sabia dificultar muy subtilmente. Resaltaban con mas claridad, y viveza los bellos resplandores de su ingenio á vista de su encogimiento humilde, y de la profunda sumision con que obedecia, y se sujetaba en todo á su Maestro. La modestia, y compostura con que estaba en la classe, no menos edificaba á los otros Estudiantes nuestros, que lo hazia respectable á los estraños. Disputaba con fuerza, y eficacia, pero jamás el calor de las disputas le hizo decir palabra, que no fuesse muy compuesta, y medida. Su ventajoso aprovechamiento lo hizo acreedor á las primeras funciones de su curso, que

eſempeñó con el mayor lucimiento, haziendo en ellas uedar á ſu Maeſtro muy airoſo. Por ſu conocido juyio, madurez, y religioſidad; muy á los principios de ſu urſo foé ſeñalado para paſſar al Colegio Real de San ldefonſo à cuidar de los Colegiales con el cargo de Maeſtro de apoſentos, ſin haver exemplar haſta entonces de que ſe huvieſſe dado eſte oficio à eſtudiante Philoſopho. En el continuó haſta acabar la Philoſophia.

Acabada eſta foé ſeñalado à enſeñar Gramatica en el Colegio de Zacatecas, y como ſabia ſiempre dar todo el lleno de perfeccion à los empleos en que la obediencia lo ponia, y tenia altamente impreſſo en ſu animo eſte dictamen, que muchas veces repetia: *Quidquid egeris bene age, & laudaſti Deum.* Haz bien hecho todo lo que hicieres, y ſerán tus obras practicas alabanzas de Dios, ya ſe dexa entender el eſmero, aplicacion, y cuydado con que tomó la enſeñanza de la Juventud, atendiendo no ſolo à que ſus diſcipulos aprendieran la latinidad, ſino tambien á que ſe impuſieran en todo lo que es urbanidad, corteſia, y modo de tratar politico. Sobre todo, empleaba ſu mas cuydadoſa diligencia en criarlos en temor de Dios, é imponerlos en buenas coſtumbres, y amor á la virtud. Para conſeguir eſto les hacia fervoroſas exhortaciones en la claſſe, y con colores muy vivos les pintaba la fealdad del pecado, lo terrible de las penas eternas, lo caduco de nueſtra vida, y lo inſtable de las proſperidades del mundo. Esforzaba ſu eloquencia para dar á conocer la hermoſura de las virtudes, el conſuelo que ſiente el eſpiritu en la obſervancia puntual, y guarda fiel de

la

la ley divina, á que es obligacion ajustarse desde la tierna edad. Ni solo en comun, sino que tambien á cada uno en particular, en las ocasiones que ocurrian les daba buenos consejos, y los persuadia á que huyessen de malas compañias, y de todo aquello que les podia ocasionar su ruina. A todos persuadia que fueran cordial, y tiernamente devotos de MARIA Santissima, haciales cada dia rezar su rosario, y assistir á la Missa con mucha compostura, y devocion, procuraba que frequentaran los santos Sacramentos, y no perdonaba diligencia conducente á su buena educacion. Con este desvelo, y solicitud logró sacar muy aventajados discipulos, y aprovechados no solo en la Gramatica, sino tambien en buena crianza, virtud, y christiandad, y muchos de ellos desde entonces se aficionaron al estado Religioso, que escogieron despues. Esta grande exaccion con que el Hermano Juan exercitaba su magisterio, lo hizo amable, y respectable, no solo de sus discipulos, sino de toda la Ciudad; todos lo amaban, y se hazian lenguas para alabar su modestia, afabilidad, y mansedumbre, y sin cesár elogiaban el fervoroso empeño con que estaba dedicado à la enseñanza de su Juventud. En casa á mas de su propria ocupacion se comedia á todo lo que se ofrecia, y ayudaba en quanto podía á los demás sujetos, sin desdeñarse de hazer en obsequio suyo qualesquiera ministerio por bajo que fuesse; pues à esto lo inclinaba aquella profundissima humildad, que fué virtud, como caracteristica suya con que esmaltó sus demás virtudes, y realzados talentos.

***

CA-

CAPITULO V.

De sus restantes estudios.

CUMPLIDOS DOS AÑOS DE ENSEñAR Gramática volvió el Hermano Juan á seguir la carrera de sus estudios, dando principio al de la Theologia, y como desde Philosopho havia dexado tan bien acreditada su conducta en el gobierno de los Colegiales, de antemano havia interpuesto su suplica el Padre Rector de San Ildefonso, y alcanzado del Padre Provincial, que en volviendo, lo restituyera á su Colegio. Hizose assi, volvió el Hermano Juan à San Ildefonso, donde passó lo restante de sus estudios; porque aunque huvo mudanza en los Rectores, todos clamaban, y pedian, que les dexassen al Hermano Juan de Ugarte; porque satisfechos de su prudencia, y talento singular de gobernar Colegiales, en el descargaban los cuydados, y quasi todo el peso del Colegio. El à un mismo tiempo era Procurador, y despensero, cuydaba de la cozina, iba á la plaza como el mas humilde Coadjutor à comprar la fruta, y demás cosas necessarias para el Colegio, todo corria por su mano con tal acierto, y economia prudente en el gastar, que cotejados los libros, y comparados los gastos de los años anteriores, eran mucho menos manejando el dinero el Hermano Juan, y teniendo à su cargo las provisiones del Colegio. Y esto no porque solicitasse ahorros con detrimento de los individuos, lo qual desdecia mucho de la generosidad de su genio, y nobleza de su magnanimo

corazon, sino porque con su prudencia, y cuydado sabia gastar de tal modo, que costandole menos, no solo no defraudaba en cosa alguna à su Comunidad, sino que cedia en utilidad suya la economia; porque era conocida la mejoria en la qualidad, y tambien en la cantidad de los alimentos. Se hizo tan notable este augmento, y mejora de San Ildefonso con la industria, y desvelo del Hermano Ugarte, que noticiosos de ella el Padre Provincial, y el Padre Rector del Colegio Maximo, hicieron consulta de economia (que assi puede llamarse) en que hicieron assistir al Hermano Juan, para que en presencia del Hermano Procurador, y otros Sujetos de dicha consulta dixesse el modo de gobierno, que observaba, con el qual gastando mucho menos, que otros, trataba con tal exceso de mejoria, y cantidad de alimentos à sus Colegiales, para que observassen semejante methodo el Hermano Procurador, y demás oficiales del Colegio.

Y si en estas cosas que eran accesorias à su oficio era tan grande su actividad, bien se dexa entender qual seria su desvelo en lo principal de su cargo, que era el cuydado inmediato de los Colegiales, y el hazer que estos cumplieran con sus obligaciones. Esto hacia con singular esmero, y vigilancia, portandose de tal modo, que mezclaba muy bien las amarguras del rigor, con la dulzura de la suavidad, haziendose no menos amar, que respectar, y temer. Todos al passo que lo temiamos lo venerabamos por la exemplar edificacion con que en todo se portaba: dice en su informe un sujeto grave, que ilus-

tró

ó à esta Provincia con sus talentos, y religioso porte.
ué el tal sujeto primero Colegial, y despues discipulo
n la Philosophia del Padre Juan de Ugarte, y assegura,
ue no solo los Colegiales Philosophos, que son los prin-
ipalmente sujetos al Maestro, sino tambien los passan-
es, y ya provectos, de tal suerte lo respectaban, y temian,
ue se componian mas bien al vér, ó al oîr, que venia el
adre Maestro, que en presencia de los Padres Rectores.
Entre los muchos que entonces illustraban al siempre
lustre Real Colegio de San Ildefonso, era uno el Illustris-
imo, y Reverendissimo Señor Dr. Don Juan Ignacio de
Castorena, quien obtuvo las primeras Dignidades, y es-
imaciones en la Santa Iglesia Metropolitana de Mexi-
o, y acabó Dignissimo Obispo de Yucatán. Este Señor
ra ya Sujeto maduro, y acreditado quando nuestro Juan
staba en el Colegio, y era uno de los que mas lo venera-
an. Despues ya constituido en dignidad hablaba su
llustrissima con singular aprecio, y estimacion del Pa-
re Ugarte, elogiando su singular virtud, y alabando sus
xtraordinarios talentos. Lo mismo se experimentaba
n otros muchissimos sujetos de cathegoria, que le ha-
ian sido subditos.

Es buena prueba de lo que se havian impressiona-
lo del temor reverente de su Maestro los Colegiales, el
que algunos aun mucho despues de salidos del Colegio, y
ya dueños de si, lo conservaban. Assi se experimentó en lo
que sucedió al Padre Pedro de Ugarte Hermano de nues-
ro Juan. Iba el Padre de camino para Guadalaxara, y
legando à cierto Pueblo hizo alli mansion con el desig-

nio

nio de decir el dia siguiente Missa. Para poder hacerlo, y conseguir el que fuesse temprano, y no perder la madrugada, passó â pedir su beneplacito al Señor Cura, entró en su casa en ocasion en que se divertia con otros amigos en un juego de cartas. Apenas el Cura vió al Padre se levantó del juego, y saliendole al encuentro se le hechó á los pies manifestando grande rubór, y sentimiento de que lo huviesse hallado jugando á los naipes, y se culpaba â sí mismo de no haver escarmentado, siendo assi que por lo mismo havia llevado muchos azotes por mandado del Padre en San Ildefonso. Esto decía el Cura equivocando al Padre Pedro con su Hermano Juan, y pensando que hablaba con este, y era bien fundado el equivoco por ser muy parecidos los dos Hermanos. Reconocida la persona con quien hablaba se recobró del susto, y confessó ingenuamente el temor que hasta entonces tenia al Padre Juan de Ugarte, y concedió al Padre con mucha benevolencia, y atencion lo que desseaba.

Ni se impressionaron solo del temor de su Maestro los Colegiales, sino que tambien se prendaron notablemente de su prudente discrecion. El Sujeto arriba dicho, que fué su discipulo, y Colegial, siempre alababa su admirable discrecion, y solia referir, que aunque se hacia temer mucho de los Colegiales, era al mismo tiempo tan discreto, y afable con ellos quando los sacaba al campo á divertir, que desde que salia hasta que volvia, parecia mudarse en otro hombre; porque era la misma alegria, y la diversion de todos, que los entretenia con varios graciosos juegos, chanzas, y entretenimientos, siem-

pre

ore contenido en los terminos de la modestia, y religio-
idad. Pero lo mismo era poner de vuelta el pie en el
mbral del Colegio, quando luego recobraba su acos-
umbrada mesura, y seriedad, con que hacia componer
los Colegiales.

Tan grave peso de ocupaciones, que eran sobra-
las para un hombre solo, que no tuviera otra cosa en que
mplearse, y que eran capaces de rendir las mas valien-
es fuerzas, no le quitaban à nuestro Juan el que atendies-
e al estudio de las materias Theologicas, que cursaba;
ntes bien dedicaba á ellas todo el tiempo, que podia, y
omo le ayudaba tanto su feliz, y tenaz memoria, su com-
rehension, capacidad singular, y raro ingenio, tenia las
rimeras estimaciones, y creditos en su lucidissima es-
uela, siendo por esso escogido para el desempeño de las
rimeras funciones. En una de estas, que authorizó con
u presencia el Excelentissimo Señor Virrey, viendo su
Excelencia el magisterio, viveza de ingenio, y modesto
lominio del theatro, con que el estudiante estaba, pre-
untó: de donde es este Padre? Respondieronle que
ra de Honduras. Que lastima (exclamó su Excelencia)
que no sea de mi tierra! Deseando como es natural pa-
a su Patria el honor grande que le daria sujeto tan insig-
ne. En otra de sus funciones se hallaba presente un Reli-
gioso muy grave de nuestra Señora de la Merced, y Ca-
hedratico de la Universidad, este aunque sin conocerlo,
navia visto diversas veces al Hermano Juan en el humil-
de empleo de comprar frutas, y hortalizas para su Cole-
gio, y viendo en la funcion literaria un lucimiento ex-

traordinario, y singular ingeniosidad con que el estudiante se acreditaba de consumado Maestro, hablando el Religioso con uno de los nuestros le dixo: admirado estoy de vér estudiante tan pasmoso, y dixera yo por cierto, que este Padrecito es el Coadjutor comprador del Colegio; porque yo he visto á uno varias veces en la plaza comprando hortalizas, que es un trasumpto, en todo semejante à este Padre. Respondio el sujeto con quien el Religioso hablaba. No se le parece, sino que es el mismo, que ha visto V. P. Admirôse mas entonces el Religioso de vér que un sujeto de tan relevantes prendas anduviesse con tanta humildad en el oficio de comprador, y que en el huviesse adquirido tan opulento caudal de letras, como manifestaba, y grandemente edificado de la Religiosa observancia de la Compañia, exclamó diciendo. O dichosa Compañia, que mantienes en tan prodigioso equilibrio las letras con las virtudes, y consigues el tener â tus hijos en el profundo de la humildad, estando en el auge mayor de los aplausos!

Los mismos progressos que en las escolasticas, hizo nuestro Ugarte en las demás letras, como si à cada una de las facultades, escolastica, Poetica, y Oratoria se huviesse aplicado su grande, y ampliſſima capacidad. Sus argumentos eran temidos de los mas perspicaces, sus poesias apreciadas de los mas cultos, y sus Sermones admirados de los mas inteligentes, y doctos. Ofrecióse por este tiempo uno del mayor empeño de que estaba encargado un sujeto secular de mucha cathegoria, este, ó bien fuesse por falta de salud, ó por la multitud atropada de

nego-

ocios que le ocurrieron se halló alcanzado de tiempo, y echó de vér, que en el espacio corto que tenia, no podia salir la obra tan bien limada, y pulida como demandaba la grande expectacion, que havia de ella. Viendose en este aprieto acudió al Padre Provincial, quien libró el desempeño en el Maestro de San Ildefonso, como que lo conocia no menos juycioso para el secreto, que habil para la obra. Hizo el Sermon tan ingenioso, erudito, y docto, que si no cobró nuevos creditos el que lo dixo, fué por estár ya muy acreditado.

Tan santamente ocupado fué nuestro Juan siguiendo la carrera de los estudios, hasta que llegó el tiempo en que segun los estatutos, y costumbre de nuestra Provincia debia recibir los sacros ordenes. Recibidos estos se hizo cargo de las graves obligaciones que consigo trahe el altissimo grado del Sacerdocio, y encendido en nuevos fervores su corazon, anhelaba á la mas estrecha union con el summo bien por medio del mas ardiente amor. Dispusose para celebrar su primera Missa con muchos exercicios de mortificacion, y de las demás virtudes, y la celebró con singular devocion, y ternura, no cesando de dar afectuosas gracias à la Magestad divina de hallarse ya en estado de poder mas inmediatamente emplearse en ayudar á los proximos, solicitando la salud de sus almas, el qual zelo ardió siempre en su corazon, y dió à toda su vida brillantes resplandores. Ya Sacerdote fué señalado para sustentar el acto mayor de prima con que coronó sus estudios tan lucidamente como los havia comenzado, y proseguido, teniendo siempre todos, que

ad-

admirar un ingenio de los mas ventajosos, que en aquel los tiempos huvo, una capacidad sin tamaño, un talent admirable, un lucimiento, y expedicion rara para desha zer, y allanar las dificultades mas arduas. Y assi en est funcion como en las demás, todos elogiaban su modes tia, y engrandecian la profunda humildad en que engas taba los grandes fondos de su brillante ingenio.

CAPITULO VI.

De otros empleos en que ocupó la obediencia al Padre Juan de Ugarte.

ACABADOS CON TAN GRANDE LUCI miento los estudios, con extraordinarias aclama ciones, y aplausos, assi en las letras como en virtudes juycio, madurez, y religiosidad, embió la obediencia, como es costumbre, al Padre Juan à la tercera proba cion. Esta, con la celestial sabiduria, y prudencia incom parable con que ordenó todas las constituciones, y reglas nuestro Santissimo Legislador, y Padre, la estableció para reparo de los primitivos fervores de espiritu, que se conciben en el Noviciado, y es muy facil que se remitan, ó entibien con el calor de los estudios, y distraccion de los continuos afanes de las tareas literarias en que ocupa do todo el entendimiento en especulaciones, y subtile zas, no está tan apto, ó á lo menos no está tan desem barazado para emplearse en aquellas consideraciones pia dosas con que la voluntad se inflama en el amor divino, y solido desseo de las virtudes. Poco, ó nada tenia que re-

esarzir el que tuvo siempre tan presentes los fervores
e Novicio, que havia tomado por oficio proprio, lo que
los Novicios en medio de sus mayores fervores se sue-
e dar por prueba. Y mas quando se halla en sus apuntes,
ue en el tiempo de sus estudios, havia dispuesto varias
raciones, y jaculatorias para que no menoscabasse en el
l fervor de las letras el de las virtudes y entre las otras
raciones, una era el renovar los propositos del Novi-
iado.

Con esto solo le quedaba en la tercera probacion poner
n obra los propositos hechos, de los quales la mayor par-
e se dirigia al bien, y salvacion de las almas. A quantos
ombres perdidos, y derrotados pecadores reduxo desde
ntonces á bien vivir con sus consejos, exhortaciones, y
laticas, se conoce bien por el renombre de Apostol, que
mpezó â merecer, y le comenzaron á dar desde aquel
iempo, y si estos pueden parecer pocos, será solamente
n comparacion de los muchissimos que convirtió des-
ues, con cuyas conversiones, sin exageracion alguna,
hyperbole, se mereció tan glorioso titulo. Verdad es,
ue hacia lo que todos; pero con espiritu muy singular, y
xtraordinario fervor, y assi era muy abundante la cose-
ha de almas, que recogia su zelo para abastecer los gra-
eros del soberano Padre de familias.

Pero estando muy bien hallado en esta suerte de ocu-
aciones tan congeniales á su espiritu apostolico, quan-
lo esperaba que se le concediesse mas espacioso campo
ara atender al bien de las almas en Missiones, recibió
arta del Padre Provincial, en que lo assignaba no para

Missionero, sino para que criara Missioneros, ordenan-
dole que passasse á ser Ministro del Noviciado. Aqui
fué donde el Padre Juan dió mayores muestras de la hu-
mildad profunda, que havia acaudalado entre los mayo-
res riesgos de perderla. Todos conocian sus talentos ad-
mirables, celebraban el raro conjunto de prendas, que
lo adornaban, y solo el Padre no sabia, ó no se persuadia
ser el que era. Fuesse al Padre Provincial, y apuró su
capacidad toda en proponer su grande ineptitud para el
oficio que su Reverencia le encargaba, y en disuadirle la
assignacion. Fué esto de suerte, que el P. Provincial, como
confessó despues, iba ya quedando persuadido, y huvie-
ra cedido á sus alegatos, á no advertir, que sus razones
en lo reflexo eran prueba de lo contrario, que alegaban, y
assi le mandó que obedeciesse. Acongojóse tanto con
esta resolucion el Padre Juan, que prorrumpió en lagri-
mas, manifestando en esta demonstracion, quan recia era
la interior lucha en que esforzadas combatian la obedi-
encia, y la humildad en aquel magnanimo corazon ca-
paz de gobernar un mundo.

Quedó al fin por la obediencia la victoria, y el Pa-
dre Juan partió al Noviciado à exercitar su nuevo oficio.
Alli en el taller de la santidad, no se puede decir que se
acordó de sus primitivos fervores, puesto que nunca los
havia olvidado, si en aquella fragua se refinaron, y subie-
ron de punto los preciosos quilates de su finissima cari-
dad, y amor de las virtudes solidas. Con el exercicio de
estas iba por delante à los Novicios, persuadido de que
es muy cierta la maxima del sentencioso Seneca, que es
tan

an dilatado, y prolixo el camino de enseñar por pre-
ceptos, y consejos; quanto por el contrario es compen-
dioso breve, y facil el de enseñar por exemplos: *Longum*
iter est per præcepta, breve, & efficax per exempla. Lo qual
es muy conforme á lo que dice San Bernardo: *Sermo vi-*
vus, & efficax exemplum operis est, plurimum faciens suadibi-
le, quod monstrat factibile. Que es un Sermon, aunque mu-
do, muy eficaz el exemplo de la obra; porque qualesquie-
ra se persuade, que puede executar lo que en otro vé
practicado. Con la practica enseñaba el Padre Juan à
los Novicios las virtudes, dandoles raros exemplos de
todas ellas. Todos veian en él perfectamente practica-
dos aquellos menudos apices de las reglas de la modes-
tia, tenian un vivo exemplar de la observancia de todas
las otras reglas, y sobre todo, à todos se hacia grande-
mente admirable su profunda humildad, siendo assi, que
muchos de los que havia en el Noviciado estaban bien
noticiosos de los grandes talentos del Padre, á quien ha-
vian tratado, y conocido mucho, siendo Colegiales de
San Ildefonso, y los que no lo havian sido no estaban
ignorantes de lo que era su Ministro, pues lo sabian por
lo que oian à los demás. Un sugeto de los mas condeco-
rados, y respectables de esta Provincia, dice, que siendo
su Reverencia Seminarista, y Ministro el Padre Ugarte,
este solia llamarlo algunas veces para que le declarasse
algun tracto de la Vida latina de San Estanislao Kostka,
que escribió el Padre Saquino, dando à entender, que
no la entendia, aun siendo assi, que era tan versado en la
latinidad, y eminente en las letras humanas. Assi se ha-

cia

cia ignorante, moſtrandoſe en eſſo miſmo muy ſabio en la verdadera ciencia de los Santos, que es el deſprecio de ſi miſmos.

El ſolo ſe deſpreciaba quando todos tenian ſobrados motivos para apreciarlo. Muy alto aprecio, y ſubida eſtimacion tenian los Superiores de ſu virtud, diſcrecion, y prudencia de que havia dado muy buen eſpecimen en ſu miniſterio, y deſſeando el buen logro de ſus talentos en el Colegio Maximo, le ordenaron que paſſaſſe á el á exercitar el miſmo oficio. Aqui ſe le renovaron al humildiſſimo Padre las congojas, que antes lo haviau cercado, juzgandoſe incapaz, y del todo inepto para gobernar una eſcuela numeroſa, cuyo gobierno neceſſita de mucha prudencia, y diſcrecion. Obedeció por fin, y ſe ſujetó á las diſpoſiciones de la obediencia. Paſſó á exercitar el miniſterio en el Colegio Maximo, en donde ſi ſu gobierno no fué igual á la expectacion, que de él ſe tenia, fué por exceſſo, y porque ſupo el Padre mejorar con los hechos las voces de ſu buena fama. Supo grangearſe á un tiempo el amor, y el reſpecto de todos, con lo qual hacia quanto queria de ſus Subditos, y conſeguia de ellos quanto deſſeaba, y aſſi ſe veîa marabilloſamente florecer la obſervancia regular, y todos andaban muy cuydadoſos, y diligentes en el cumplimiento de ſus obligaciones. Procuraba el Padre darles guſto en quanto cabia, y aun quando negaba alguna coſa, era de ſuerte, que no los dexaba diſguſtados, uſando de aquel prudentiſſimo modo de que uſaba nueſtro Santo Padre, con que á todos los dexaba contentos. Quando ſe ofrecia reprehender algu-

guña falta, ó corregir algun exceſſo lo hacia con tal
udencia, diſcrecion, y zelo, que engendrando en el cul-
do confuſion de ſu culpa, y deſſeo verdadero de la en-
ienda, jamás exaſperó à alguno, ó lo dexó ofendido,
es todos conocian, que ſus reconvenciones, y pater-
les aviſos eran partos legitimos de una ſincera volun-
d deſſeoſa del bien, y luſtre de la Religion, y prove-
o de ſus individuos. Mortificabaſſe el humilde Padre
las reprehenciones, que daba, y ſiempre las hacia pen-
onandoſe muy á ſu coſta. Aſſi ſe vé en el libro de ſus
untamientos, donde del tiempo que fué Miniſtro ſe
en eſtas clauſulas. Por la reconvencion, que hize á fu-
no os ofrezco Señor una Miſſa cada año, una platica
da mes en las carzeles, en acabando el oficio de Miniſ-
o, otra platica cada mes en la plaza, el viſitar cada mes
s hoſpitales, el no tener en el apoſento dulce alguno, el
unar los Viernes, y los Sabados, y eſto por toda mi vi-
. Haſta aqui ſus clauſulas, por donde ſe conoce el eſpi-
u que lo animaba quando corregia à los otros. Y ſe in-
re qual ſeria el deſſeo que abraſaba á todos, ſi à tanto
eſtendia el de uno ſolo. Mas no fué ſolo uno, por va-
os ſe lee en dicho apunte, que ofreció, ſi no tanto, po-
menos.

Con eſto eſtaban todos contentiſſimos con el Pa-
e, y ſolo el no lo eſtaba; porque á mas de repugnar
ucho à ſu encogimiento humilde toda ſuperioridad,
ia ſu ardiente zelo aprifionado, y ceñido à la corta eſ-
era del Colegio, ſin poder emplear ſu actividad en
uda de los proximos, y por eſſo deſſeaba verſe libre

de la cadena del oficio. Mas para engañar un tanto la sed ardiente que tenia de la salvacion de las almas, solia salir los Domingos en la tarde, quando por estár en su recreacion nuestros estudiantes, no era tan precisa su assistencia en el Colegio, y se iba á algun hospital llebando consigo un paño lleno de tablillas de chocolate, y con grande caridad, y amor lo repartia á los pobres enfermos, dando á todos consejos muy saludables, exhortandolos fervorosamente à la paciencia, y sufrimiento, y â tolerar por Dios las molestias de la enfermedad, instruîalos, y los persuadia, que se confessassen, oyendo su Reverencia con mucho gusto â quantos querian hacerlo. De alli se iba â algun barrio, y sacando una campanilla, que consigo llevaba, juntaba gente, y le hacia á su Compañero que hiziera una platica de explicacion de la doctrina christiana, y acabada esta, iba con la gente que se havia juntado, y con otra que iba viniendo, cantando las oraciones hasta llegar á otro puesto acomodado, en que hacia su Reverencia otra platica, y empleada tan santamente la tarde se volvia al Colegio á entender á las cosas de su cargo.

En este continuaba por obediencia, pero anhelando siempre con fervorosas ansias, y encendidos desseos por las Missiones. Assi quanto hacia en este tiempo, segun se lee en sus apuntes, era para que la divina bondad no mirasse sus culpas para no concederle las desseadas Missiones si, eran para su mayor gloria. Estos eran los intentos del fervoroso Padre Ugarte, y aunque los havia ya manifestado à los Superiores, estos tenian desig-

nios

os muy diversos, y pretendian, que sus grandes talen-
s se empleassen dando lustre á la Provincia en las Ca-
thedras.

CAPITULO VII.

Es assignado el Padre Juan de Ugarte para enseñar en Mexico la Philosophia.

TANTO COMO SU IMPERIO APRECIABA Philipo Rey de Macedonia haver logrado la oca-
on de dar por Maestro á su Hijo el grande Alexandro
insigne Principe de los Philosophos Aristoteles, juz-
ando con razon que el cuydado primero de un amoro-
Padre, debe ser el prover à sus hijos de Maestros exce-
ntes, por lo mucho, que la buena instruccion les impor-
. Gobernando siempre con paternal solicita providen-
a los Superiores de la Compañia, no se huvieran ma-
festado provìdos, si teniendo un Maestro tan ventajo-
, como el Padre Juan de Ugarte, que dar á su Religio-
Juventud, lo huvieran omitido. Por esso el Padre Pro-
ncial le señaló para que leyesse Artes á los nuestros en
Colegio de San Pedro, y San Pablo, añadiendole, que
o tenia que insistir en la peticion de las Missiones, pues
ira todo lo demás que quisiesse lo tendria prompto, me-
os para esso. Viendo el Padre Juan la resolucion con
ue se le mandaba, sacrificó á la obediencia sus desseos, y
rvorosas ansias de Missiones, y comenzó à prepararse
ara la penosa tarea del curso. Y como esse lo empren-
a solo por hacer obsequio à Dios obedeciendo, aunque

sa-

ſabia muy bien, que conſiſte en gran parte el deſempeño del Maeſtro en la habilidad, y buena capacidad de los diſcipulos, y ſu Reverencia tenia muy bien conocidos, y experimentados à los Seminariſtas, ſe dexó totalmente en las divinas manos, ſin querer eleccion alguna en los que havian de entrar á curſarle, como ſe lee en ſus apuntamientos, donde ſe halla la clauſula ſiguiente. Hoi Sabado propongo no hablar, ni inſinuarme à cerca de los diſcipulos, que podia deſſear vinieſſen á mi curſo, eſperando los que el Señor me embiare, y los que fueren del guſto de nueſtra Señora, debajo de cuya proteccion los dexo.

Con eſta reſignacion humilde, y con tan poderoſo patrocinio, como el de MARIA Santiſſima, dió principio á ſu curſo, y aqui dió un raro exemplo de aquella profundiſſima humildad con que ſiempre tiraba à deprimir ſus relevantes prendas. Hallabaſe por aquel tiempo leyendo Rhetorica en el Colegio Maximo aquel ſugeto de quien diximos, que ſiendo Seminariſta, y el Padre Ugarte Miniſtro le hacia que le declaraſſe algunos tractos de la Vida de San Eſtanislao, que compuſo el Padre Saquino, con eſte ſujeto ſe eſtrechó el Padre Juan, pidiendole que le diſpuſiera el Prologo que havia de leer á ſus diſcipulos, alegando que ſu Reverencia entendia poco de latinidad. Tenia el ſugeto muy bien experimentado, y conocido al Padre Juan de Ugarte, y ſabia muy bien que todo lo ſabia hazer con perfeccion, y aſſi bien hechó de vér que ſu peticion era efecto proprio del deſſeo que tenia el Padre de abatirſe, y aſſi una y otra vez

re-

ſiſtió á ſu peticion; mas viendo la conſtancia con que
ıſiſtia en ella el Padre Juan, huvo de darle guſto, y
ıcerle el Prologo, el qual dictó fielmente el humilde
ıdre, ſin añadir ni quitar una palabra. De eſta ſuerte
anifeſtó ſer muy extraordinaria ſu humildad; porque
mo es ſabido, el que quiere ceder en mayorias, ó en
cimientos del ingenio, es muy raro.

Aplicóſe á la enſeñanza de ſus diſcipulos con aquel
ıpeño, y teſón, que en todas ſus coſas acoſtumbraba.
el tamaño de ſu grande ingenio era la claridad con que
bia explicarſe, y explicar aun las coſas mas dificiles de
ıtender, de eſte modo introducia aun en los menos ha-
les, y que no tenian mucha capacidad, las queſtiones
as delicadas, y los imponia en las dificultades mas ar-
uas. Llegó por fin á conſeguir un conſiderable numero
e diſcipulos muy aprovechados, y tan ventajoſos, que
uchos de ellos paſſaron à ſer Maeſtros deſpues, y han ſi-
o luſtre de la Republica literaria. Ni fué ſolo el empe-
o del Padre Ugarte ſacar diſcipulos aventajados en le-
as, antes bien ſu eſmero principal fué ſolidarlos, y ade-
ntarlos en virtud. Y como eſta ſe enſeña mas bien que
on palabras, con el exemplo de las obras, aunque el Pa-
e Juan afervorizaba mucho con ſus buenos conſejos, y
xhortaciones à ſus diſcipulos, mas los alentaba con ſu
oſtado, y religioſo proceder. En confirmacion de eſ-
dice un Sugeto de nueſtra Compañia, que fué diſcipu-
del Padre: ſiempre obſervé en mi Maeſtro el Padre
uan, el hablar religioſo, y ſerio, con dictamenes de mu-
o aprovechamiento à ſus diſcipulos, en quarenta años.

que por grande dicha mia tengo de Religion, siempr
me ha servido el que su Reverencia me dixo, que aunqu
como hombre miserable tuviesse mis faltas; pero qu
apreciara en mucho los exercicios, palabras, y dictame
nes de nuestro Santo Padre, y que experimentaría co
el tiempo, que quien no tenia este aprecio, se perdia: y
confiesso haverlo experimentado en la perdicion de mu
chos, que he visto, y en mi à la veneracion de este san
to consejo, debo en gran parte la dicha de ser Jesuita.
Saliendo con su Reverencia muchas veces en tiempo de
curso, observé en su grande Religion, que nunca hizo
visita, que no fuesse muy seria, y decente, tratando del
negocio de las almas con tal fervor, que aprendió mi ti-
bieza á fervorizarse, hasta ir à Californias à vér si podia
servir de algo. Hasta aqui el testimonio del Sugeto so-
bredicho, en que se manifiesta quan bien imponia el Pa-
dre Ugarte á sus discipulos en las maximas de virtud, y
perfeccion; pues se imprimian tan altamente en sus
animos.

Otro Sugeto de los nuestros, discipulo tambien
del Padre Ugarte, assegura, que en todo el tiempo, que
conoció, y trató à su Reverencia, que fué no solo quando
fué su discipulo, sino tambien en San Ildefonso, y en
Tepotzotlán, observó en él igual edificacion, y una mo-
destia tan singular, que ni en la classe, ni en las funcio-
nes de fuera se portaba de otro modo, que como si fuera
un fervoroso Novicio. Lo comun era tener los ojos ba-
jos, aun hablando con muchachos, sus discipulos. Havia
advertido el Padre á sus cursantes Jesuitas, que desde las

cin-

nco de la tarde, que salian de leccion, hasta passada
na hora, ninguno le buscasse para consultar sus dudas.
ucedió algunas veces, que olvidado alguno de este or-
en, ó movido acaso de alguna curiosidad buscó al Pa-
re, y todas las veces, que esto sucedió, fué hallado de
odillas rezando devotamente el Rosario de Nuestra Se-
ora en compañia del Venerable Padre Juan Maria de
alvatierra, quien por este tiempo havia venido á Mexi-
o, y con quien el Padre Ugarte havia entablado intima
omunicacion.

Con esto no es mucho, que hiciessen ventajosos
rogressos en la virtud los discipulos del Padre Juan, y
ste colmado fruto se vió, no solamente en los Jesuitas,
no tambien en los demás discipulos seglares. Es buena
rueba los muchos, que retirandose del mar tempestuo-
o del siglo, tomaron puerto en las Sagradas Religiones.
stos fueron tantos, que apenas hay sagrada familia, que
o le sea deudora al Padre de algun Sugeto. Assi consi-
guió el Padre Juan, no solo los creditos, mas la benevo-
encia tambien de las Sacratissimas Religiones; pues los
iscipulos, que entraban, contaban el respecto con que
itaba sus Authores, el decóro con que proponia sus sen-
encias, y la estimacion con que alegaba sus pruebas. So-
o la esclarecidissima Religion del Gran Patriarcha San-
o Domingo no havia tenido parte en esta recluta sagra-
a; mas presto se emmendó como falta la contingencia;
ues como apenas se puede dar passo sin citar sus Autho-
es, en la primera ocasion, que se ofreció, les dixo el Pa-
re Ugarte á sus discipulos: he reparado, que sus condis-

ci-

cipulos de uſtedes han entrado en todas las ſagradas Religiones, menos en la del Gran Patriarcha Santo Domingo. Sepan uſtedes, que eſta Illuſtriſſima Religion es el Atlante de la Igleſia, ſon los Padres Predicadores el baluarte de la fé, el martillo de la heregia, y los Apoſtoles del gentiliſmo, y al fin han ſido, ſon, y ſerán ſiempre los Maeſtros del mundo. Si alguno de uſtedes ſe inclinare à eſta Sagrada Religion, aviſeme, que en ello tendré grande guſto, y ſingular complacencia. Tomó Dios por medio eſta exhortacion para llamar á uno, que entrando en la Religion de Santo Domingo, contó á los Religioſos lo ſucedido, y los Reverendiſſimos Padres Predicadores, excediendoſe, como acoſtumbran de agradecidos, y caballeroſos, deſpues de haver acabado el noviciado, dexaron al diſcipulo defender en publico las ſentencias de ſu Maeſtro, ſirviendo de introduccion al acto un grande elogio, aſſi del Padre Ugarte, como de la Compañia. De aqui ſe colige quan eficaces eran para con Dios las peticiones del Venerable Padre; pues todo lo que vió logrado fué lo que pidió à ſu divina Mageſtad deſde el primero dia de ſu curſo, como conſta de una oracion, que ſe halló entre ſus apuntes.

CAPITULO VIII.

Es el Padre Juan de Ugarte ſeñalado para Rector del Colegio de San Gregorio.

COMO LOS HOMBRES GRANDES SABEN bien llenar los pueſtos en que los ponen, ſon muchos

os los empleos, que claman por sus personas, los uni-
rsales talentos del Padre Ugarte lo hazian Sugeto para
do, y assi no lo tenian ocioso los Superiores. Acabó su
rso de Philosophia con extraordinario lucimiento, y
n universal aclamacion de Maestro consumado, y lue-
los Superiores le señalaron por Rector del Colegio
San Gregorio. La ocupacion era nada congenial à su
ecogimiento humilde, que tanto repugnaba mandar,
anto desseaba obedecer à todos; pero no obstante le
é menos gravosa, por vér que havia de exercitar nues-
os ministerios con los pobres indios, con lo qual tiraba
a los gajes de Missionero. Viósse en el Venerable Pa-
e una perfecta idea de un verdadero Superior de la
ompañia, segun lo piden nuestras Constituciones. Sa-
a muy bien el Padre, que para lograr la perfecta assis-
ncia de los Subditos en lo espiritual, havia él primero
assistirles con todo lo necessario. Para poder hacer
to mejor tomó el manejo inmediato de las haziendas, y
omo para todo tenia especial talento, presto las adelan-
desuerte, que pudo sortir con abundancia su Colegio
todo lo necessario. Miraba con grande respecto, y con
ande amor á sus Subditos; y por esso se avergonzaba
e que carecieran de algo, que el pudiera agenciar con su
abajo. Por esso, no solo estaba dispuesto à darles quan-
pidiessen, sino que, con vigilante generosidad, se anti-
paba à dar antes que le pidiessen, para con esto impe-
rles el natural sonrojo que ocasiona el pedir. Havien-
o á poco tiempo de entrado en el oficio comprado una
eza de paño de castilla, dixo en comun à todos los Suje-

tos, he comprado ya paño, el que neceſſitare ſotana, manteo, ó qualeſquiera otra coſa, vaya à la roperia á que le hagan lo que ha meneſter.

Quien tanto cuydado ponia en atender, y provéde lo neceſſario á ſus Subditos, quando eſtaban ſanos ya ſe dexa entender con quanta ſolicitud, y diligencia los atenderia quando eſtaban enfermos. No reparaba en gaſtos, buſcaba los mas afamados Medicos de la Ciudad, y no le daba cuydado el que ordenaſſen las medicinas mas coſtoſas; velaba para que ſe dieran al enfermo en el tiempo, y hora, que el Medico preſcribia, y en todo ſe moſtraba tan cuydadoſo, como pudiera una Madre muy cariñoſa. No es mucho con eſto, que lograſſe el Padre Rector vér florecer en ſu Colegio la regular obſervancia, y tener á ſus Subditos muy alentados para dedicarſe con grande fervor à exercitar nueſtros miniſterios, en todo lo qual les iba por delante con el exemplo. Con eſto ſe augmentaron notablemente los concurſos en la Igleſia, á oìr los Sermones, y á frequentar los Santos Sacramentos. Promoviò en ſu Colegio el Padre Juan con ſingular eſmero el eſtudio del Idioma Mexicano, á el qual era el primero, que ſe aplicaba, y para conſeguir que ſus Subditos lo aprendieſſen, y uſaſſen con la mayor perfeccion, las tardes deſocupadas de otros miniſterios, juntaba á los Padres en ſu apoſento, y juntos hacian exercicio del Idioma, conſtruyendo, preguntando, y reſpondiendo los puntos mas dificiles del. Acabado eſte exercicio, el Padre Rector (en todas ſus acciones magnanimo, y caballeroſo) daba à ſus Subditos un buen refreſco, que

nia de antemano prevenido. Y considerando el Padre, ue el dar al trabajo algunas treguas conduce para tra- ajar con mas brio, y que es indispensable para aliento e la naturaleza algun descanzo, hacia que los Sujetos sa- essen los Jueves á refrescarse un poco, y cesár de sus reas en el campo, donde siempre su generosidad les te- ia algun agasajo prevenido.

Una de las ocasiones que estaba con sus Subditos l Padre Ugarte en la referida conferencia, entró dere- ente el Padre Provincial, que venia á vérlo, y hallan- olos à todos ocupados en tan loable exercicio, grande- nente edificado exclamó diciendo: gracias á Dios, que o que tantos años ha se ha desseado, y pretendido, lo emos ya finalmente executado. En otra ocasion el mis- no Padre Provincial fué testigo de los crecidos augmen- os en lo espiritual, y fructo de nuestros ministerios en San Gregorio, por la aplicacion, y zelo del Padre Rector Juan de Ugarte. Venia dicho P. Provincial á vérlo un Do- ningo de Quaresma, y vió, que el concurso de Indios oir el Sermon era tan numeroso, que no cabiendo en la glesia, fué preciso para los muchissimos, que quedaban uera poner otro Sujeto, que les predicasse, y para que llos pudieran oir con alguna suerte de comodidad, sin star expuestos del todo á los ardientes rayos del Sol, ha- cia el Padre colgar en la calle belas, ó toldos de esteras, para que defendiessen con su sombra. Al vér esto el Pa- dre Provincial, quedó no menos edificado, y consolado, que quando se halló presente á la conferencia del Idioma Mexicano, y mas quando entendió su Reverencia, que

las

las dos cosas, que havian passado por sus ojos, no era casualidad, ó contingencia, sino que una, y otra eran frequentes, y ya assentadas en aquel Colegio. Dió entonces repetidas gracias al Padre Rector Juan de Ugarte por la aplicacion à los ministerios, que su Reverencia tanto promovia, de lo qual era indicio concurso tan numeroso.

Gustaba poco, ó para decirlo mejor, le disgustaba mucho al Padre Juan de Ugarte el uso de visitas à seculares, y procuró su Reverencia, assi con el referido exercicio de la lengua Mexicana, como con otras varias industrias impedir semejante diversion, y en esto, como en lo demás, enseñaba con el exemplo, no saliendo de casa, si no era para confessar à algun enfermo, ó para alguna inescusable diligencia propria de su officio. Como las excelentes prendas del Padre eran universalmente aplaudidas, y celebradas en toda la Provincia, assi de los nuestros, como de los de fuera, llegó à noticia del Excelentissimo Señor Virey su grande, y extraordinaria capacidad, caudal de juycio, prudencia, destreza rara en el manejo de los negocios mas arduos, y resoluciones acertadas en los puntos mas intrincados, embió su Excelencia à llamar al Padre Juan, quien obedeciendo passó á ponerse à su obediencia. Fué admitido del Señor Virey con grande afabilidad, y benevolencia, y despues de haver tratado el punto, que por entonces se ofreció, dixo su Excelencia al Padre, que se dexasse vér à menudo, y frequentasse el venir à Palacio. El Padre muy ageno de las vanas lisonjas en los Palacios muy usadas, y frequentes,

es, respondió con modestia agradeciendo al Señor Vi-
rey su favor, pero le añadió con ingenua claridad: Señor,
o soy hombre ocupado, y no tengo lugar de venir á Pa-
cio. Edificose de la respuesta aquel Señor, pero no por
sso dexó de llamar muchas veces al Padre para consul-
arle negocios de mucho peso.

En este tiempo, que estaba de Rector en San Gre-
orio el Padre Ugarte, intentaron los Superiores, que
ntrasse en una de las Cathedras de Theologia del Cole-
io Maximo, pero se escusó su Reverencia con el cuyda-
o del Colegio, y de las haziendas, que immediatamen-
e manejaba. Por entonces tambien, no obstante, que
enia sobre si el peso de muchas ocupaciones, como si
stas fueran poco cebo para el fuego voraz de su encen-
ido zelo, tomó á su cargo el ser Procurador de las Mis-
ones de Californias, que comenzaban á formarse. Lo
ue tuvo que hacer, y padecer en esta empressa, lo con-
ebirá solo quien supiere el estado en que por esse tiem-
o estaba esta Conquista. Todos los Monarchas, que ha
avido en las Españas desde el Señor Carlos V. de escla-
ecida memoria, havian dado repetidos assaltos à estas
rovincias; pero todo en vano. Lo que se havia con-
eguido en tiempo del Señor Carlos II. fue el reconocer
arte de la tierra, y darle el nombre de inconquistable.
Havian venido à esta empressa desde Don Fernando
Cortés los primeros Capitanes, que han passado à este
Reyno. Havia exhibido el realerario mas de trescien-
os mil pesos, y fuera de lo que havian librado varios par-
iculares para assegurar el buzeo de las perlas, havia ofre-

cido, doze años antes, la Catholica Mageſtad del Señ
Don Carlos II. por medio de ſu Virey el Illuſtriſſimo,
Excelentiſſimo Señor Don Fray Payo Enriquez de Riv
ra quarenta mil peſos annuales al que quiſieſſe hacer
cargo de dicha Conquiſta. Mas perdidas ya todas las e
peranzas, deſiſtieron todos de la empreſſa, teniendola p
attentado, y juzgando que era pretender un impoſſible
Eſte era el eſtado de las Californias, quando tomó à
cargo el Padre Juan de Ugarte el ſer Procurador de ella
Nadie puede defraudar al Venerable, y Apoſt
lico Padre Juan Maria de Salvatierra de la gloria de ſ
el primer Apoſtol de eſtas Islas El fue el primero, qu
con ſu heroyco zelo miró como facil, y aſſequible lo q
todos reputaban ya por impoſſible, y agenció, con n
poca ſolicitud, y trabajo las neceſſarias licencias par
conſeguirlo. Pero es tambien muy cierto, y ningun
negará que le ayudó, no poco, el Padre Ugarte: aſſi par
allanar las dificultades, como para agenciar las proviſi
nes, y ſolicitar lo neceſſario para la conſequcion de ſ
deſſeos. Eſto fue antes de entrar en las Californias, po
que deſpues ſobre el Padre Ugarte cayeron todas las d
ligencias, que eran menester, para que el Venerable P
dre Salvatierra pudiera mantenerſe en una tierra deſitu
da de todo. Es cierto, que el Padre Juan Maria dex
varias limoſnas aſſeguradas, pero el Padre Ugarte ſolic
tó muchas mas, para lo qual conduxó mucho la gener
acceptacion, que con toda ſuerte de perſonas, y eſpecia
mente con las mas principales, y de mayor luſtre de M
xico tenia el Padre. Y ſi con todo eſto eſtuvo para de
amp

mparatse la Conquista por falta de medios, que huvie-
i sido à no tener un tan activo Procurador como el Pa-
re Ugarte? Es, no hay duda, glorioso blasón del fer-
oroso Padre Juan María de Salvatierra, haver sido el
rimero en entrar; pero siendo cierto, que *æqua pars est*
descendentis ad prælium, & remanentis ad sarcinas, & simi-
iter dividunt. 1. Reg. 30. ℣. 24. Es tambien indubitable,
que no merece menor lauro, ni se le debe menor premio
i el P. Juan de Ugarte por haverse quedado en Mexico
procurando lo necessario para aquellas Missiones, mien-
tras el P. Juan Maria entró en ellas á hazer guerra al in-
fierno, y desposeer à los demonios de aquella infeliz gen-
tilidad, que tan avassallada tenian. Assi al Venerable Pa-
dre Juan de Ugarte en gran parte se debe el primer in-
greso, en mayor la continuacion, y en el todo la perma-
nencia de estas Missiones.

Escogió Dios á estos dos grandes, y Apostolicos Varones para una empressa, de que se ha seguido tanta gloria á su Magestad, y ha sido colmadissimo el fructo, que se ha cogido en las almas. Desde la primera vez, que el Padre Salvatierra salió á pedir limosna para poder emprender su Conquista, sacó por Compañero al Padre Ugarte, que se hallaba entonces leyendo Philosophia. Sucedió en esta ocasión, que entrando en casa de un Señor Prebendado, desde el patio le pidieron limosna, estaba en el corredor, y desde alli con mal modo, y muestra de mucho enfado, les arrojó un peso, que con grande humildad, y agradecidas expressiones recivió el Padre Juan de Ugarte, teniendo no poco, que violentar su ge-

nio

nio pundonoroso. Celebró mucho el Padre Salvatierr
lo bien que exercitó su Compañero el oficio de limo
nero, y con festiva alegria solia decir despues, que el Pa
dre Ugarte havia dado muy buen principio, cogiend
con la limosna un competente socorro de mortificacion
Esta que padeció esta vez fue un como preludio, ó ensa
ye de las graviſſimas, que tuvo despues que padecer par
juntar las crecidas limosnas necessarias para los quantio
sos embios, que necessitaba la fundacion de un Reyn
destituido de todo lo necessario. Es cierto, y no pued
negarse, antes debemos confessar agradecidos, que aun
que por estàr exhaustas las cajas reales, y no por falta de
desseo en nuestro Catholico Monarcha el Señor Don
Phelipe V. nada se libró de su real erario; con todo alivió
en esta parte mucho al Padre Ugarte la generosa piedad
y liberalidad piadosa de muchos ilustres Cavalleros. Fue
ron estos, para el agradecido recuerdo, y muy debid
gratitud, Don Pedro Gil de la Sierpe, quien dió el navio
con toda su tripulacion para que passara el Venerable Pa
dre Juan Maria de Salvatierra. El Señor Fiscál de Gua
dalaxara Don Joseph de Miranda, quien se manifestó tan
zeloso, que para el fin de ayudar á obra tan santa, y del
agrado de Dios, llegó à empeñar las joyas de la Señora
su Consorte. El piadosiſſimo Eclesiastico, cuya genero-
sa piedad, y larga profussion en hacer bien, dura, y durará
siempre en las voces de la fama el Sr. D. Juan Caballero,
y Ocio, el qual despues de haver fundado las dos prime-
ras Missiones, llegó à ofrecer en una carta todo su opulen-
to caudal, y á ser necessario su persona tambien. Ayuda-
ron

n assimismo al P. Juan de Ugarte con sus limosnas los
ñores de ambos Cabildos Eclesiastico, y Secular de Me-
co, y muchos otros piadosos Caballeros de esta Ciu-
d; pero como fuera del principal embió, eran tantas las
las, que á cada passo se ofrecian, no era razon moles-
r con cada una de ellas á los bienhechores, ni era justo
nportunar su generosidad con peticiones repetidas, y
si tenia mucho que tolerar la invicta paciencia del Pa-
e Juan de Ugarte.

A esto se le agregó la perdida de unos barcos, el
alogro de otros, y la falta de lo necessario para tripular-
s, por esso se decia communmente, que solo un Padre
Ugarte podia dar vado à tan arduas dificultades. Todas
s venció su heroyco zelo, y todo lo que por este tiempo
acia, y padecia, se lo ofrecia à nuestro Señor, para que
divina Magestad le otorgasse su peticion de ser Missio-
ero. Desseaba el Padre Missiones nuevas, asperas, po-
es, y desamparadas, y por las cartas del Venerable Pa-
e Juan Maria de Salvatierra, hallaba que las Califor-
as eran à medida de su desseo. Con esto desde esse
empo en casi cada hoja de sus apuntes renueva esta pe-
cion á Dios. Ya pidiendo immediatamente á su Ma-
estad, ya corrido por sus culpas, ó por mejor decir por
humildad, pide, poniendo por medianera á MARIA
antissima nuestra Señora. Ya se vale del poderoso pa-
ocinio del Santissimo Patriarcha Señor San Joseph.
ara este fin erigió al Santo en el Colegio de San Grego-
o la hermosa Capilla, que hoy tiene, y está ilustrada,
ennoblecida con una muy ilustre, y devota Congrega-

cion. La fabrica de esta Capilla costó al Padre Juan d
Ugarte muchas persecuciones, y contradicciones, que tu
vo que vencer, como él mismo lo dixo despues á un Mi
sionero su confidente; pero todas estas molestias que to
leraba, ofrecia gustoso para que el Santissimo Patriarch
le alcanzasse de Dios el cumplimiento de su ard.ent
desseo de Missiones.

Quan agradables le fueron al Santo estos obse
quios, y quan acceptas á Dios las fervorosas oracione
del Venerable Padre, lo mostró el efecto. Aun antes d
que passara à sus desseadas Californias, consoló la bonda
divina sus fervorosas ansias, mostrandole por aquel mis
mo tiempo aquella misma lancha, en que havia de passar
con sola la diferencia, que la que el Venerable Padre vi
en espiritu, tenia en lugar de Marineros unos niños Cali
fornios. Lo que estos niños significaban, no lo sabemos
pero no hay que dudar, que fue el vér el varco de est
modo algun grande prenuncio, como lo fue aquel des
medido Etyope, que fatigó en sueños los robustos hom
bros del grande Apostol del Oriente San Francisco Xa
vier, à quien con tanta perfeccion procuraba imitar e
Padre Ugarte. De este favor, que nuestro Señor le hi
zo, no puede haver testigo mas abonado, y fiel, que e
mismo Venerable Padre, quien en los ultimos meses d
su vida comunicó al Padre Missionero, arriba citado, este
y otros muchos casos, que le passaron en esta empressa.
Bien, que despues de haverlos dicho, como corrido de
si proprio, y lleno el rostro de rubór, exclamó admirado.
Que es esto Padre! Yo me debo de morir breve, y Dios
debe

ebe querer, que diga à V. Reverencia estas cosas, que
oto cuydado he puesto, que no salieran de mi pecho.
ea à su Magestad la gloria, que á mi no me puede ca-
ber mas, que la confusion.

CAPITULO IX.

Entra en las Californias el P. Juan de Ugarte.

HALLABASE EL VENERABLE PADRE en estos tiempos en el auge mayor de las estima-iones, y aplausos de la Corte Mexicana, con singulares reditos de Sugeto consumado; y en todas lineas venta-oso, atendido, y venerado de todos, dentro, y fuera de asa; pero el Padre, que al passo que era de altos, y gene-osos pensamientos, era verdaderamente humilde de co-azon, y despreciador de las honras, y lucimientos, solo esseaba sepultarse en los desiertos Californios, vivien-o solo à Dios, y sacrificarse á llevar y ganar para Christ-o aquellos Indios miserables, y desamparados. Logró l Padre la ocasion de haverse perdido el año de 1700. el arco en que se llevaban los socorros, y no hallandose nodo con que suplir su falta, fue necessario, que salies-el Padre Juan à hacer en persona las diligencias, si se allaba por aquellos mares otro, ó era menester hacer-o. Fue sobre manera sensible para todos en Mexico su artida; pero necessidad tan grave, y urgente no pedia magnanimidad, ni actividad menor, que la del Padre Ugarte. Con esto tambien pidió licencia condicional à os Superiores para passar à Californias, caso que suesse

ne-

neceſſario, para vér como eſtaban las coſas, y hechar la medidas neceſſarias para remediar lo que neceſſitaba d remedio. Partió de Mexico el Padre dia del grande Apoſtol San Franciſco Xavier, y como iba á imitar ſus glorioſas proezas, quiſo tambien imitarlo en ſu pobreza heroyca, y aſſi las prevenciones todas del Venerable Padr para un viage tan dilatado, como emprendia, ſe reduxeron ſolo á un par de ſabanas, una colcha, y unos poco reales, ſin mas cargas, ni otros reparos para las mucha incomodidades, que ofrece un camino. Los trabajos que en eſte padeció el Padre fueron muchos; pero para muchos mayores eſtaba diſpueſto ſu zelo fervoroſo. Llegó por fin al Rio Hiaqui, y allí con grande conſuelo de ſu eſpiritu vió en un eſtero aquella miſma lancha, que le havia moſtrado en eſpiritu nueſtro Señor. Era ella tan pequeña, y eſtaba tan vieja, y maltratada, que ſolo las graviſſimas neceſſidades, que en Californias ſe padecian podian dar animo á unos quantos, fiados en la pericia de nadar, que havian adquirido en el exercicio continuado del buzeo de las perlas, para que ſe embarcaſſen en ella. Luego el Padre Ugarte comenzó à diſponer las coſas para paſſar en ella á Californias, en lo qual ſe detuvo algun tiempo. Todos los Padres Miſſioneros de Hiaqui emplearon toda ſu eloquencia, y perſuaſiva en diſſuadir al Padre de la empreſſa, que ſegun la prudencia humana parecia temeraria de arrojarſe en una tan mal ſegura embarcacion á una navegacion peligroſa; mas el que tenia ſu confianza en la providencia divina, ſe alentaba mas con lo que podia ſer motivo de aterrarlo: y aſſi por

no

o decir á los Padres, que charitativos lo detenian, que
la misma insuficiencia de la embarcacion tenia libra-
la seguridad de su passage, fiado en Dios, huvo de hacer
l que cedia, y desistia de la empressa; mas estando ya
ra partir la lancha, fuesse con grande prieza à los Pa-
es, y les dixo: la lancha se dexa una cosa, que hará en
alifornias mucha falta (en esto dixo una grande verdad
Padre; porque lo que le faltaba era su persona necessaria
mmamente para aquella Conquista) con licencia de
V. RR. añadió, voy á que la lleben. Con esto se fue á
playa, embarcóse, y con poco viento, lo qual era ne-
ssario para que la embarcasion no se abriesse, en tres
as llegó al Presidio de Nuestra Señora de Loreto, en
nde ya desembarcados todos, por si misma la lancha
deshizo. Parece que como si tuviera razon, ufana de
ver cargado à un grande Apostol, se desdeñó de trans-
rtar otras cargas. Llegó al referido Presidio el Padre
an por vísperas del Santissimo Patriarcha Señor San
oseph, quien le pagó con esto las mortificaciones, y tra-
jos, que havia tenido en la fabrica de su Capilla, y dió
ntender que havia oído sus fervorosas suplicas.

Supose en Mexico su partida, y aunque los Supe-
res tuvieron mucho, que sentir en la falta, que havia
hacer à la Provincia un Sujeto de prendas tan realz-
s, huvieron de condescender en que se quedasse por
bien, y provecho de aquella nueva christiandad. Ha-
dexado el Padre las disposiciones necessarias, assi en
exico, como en las costas, para que fuessen los preci-
socorros, mas con todo se hechó de vér presto lo im-

portante que alli era su persona. Hallabanse con grande
aprietos los pocos Sujetos, que estaban en el Presidio d
Loreto, que era donde solo moraban: acometidos cad
dia de los Indios barbaros, necessitados summament
de un todo, y sin esperanza de que pudiera venir socor
ro alguno, dando ya por perdida la lancha, que havia
cinco meses antes, ido por maiz á la otra vanda, y aunqu
pareció en medio de los mayores desconsuelos, fué co
la noticia de no haver podido seguir el rumbo, que lle
vaba por razon de los vientos contrarios, que le havian
traido errante en los Puertos de Californias. Con esto
vino á tan fatal estado la escacez del sustento, que llega-
ron à pesar las tortillas, y las cortaduras de las Hostias
Era el Venerable Padre Juan Maria de Salvatierra Su
perior, no solo de los nuestros, mas tambien del Presidio
su obligacion era mantenerlo, y sustentar à los Soldados
no tenia con que; lo que su Reverencia ayunaba, y se qui
taba de la voca, no era bastante para saciar la hambre de
tantos. Desseaba intensamente dexar primero la vida
que el puesto; pero no podia mantenerlo, sin menoscaba
de los otros, que perecian al rigor de una necessidad, a
passo que tyrana, irremediable, sosobraba su corazon
piadoso en un pielago de angustias, y penas, al vér lo
mucho que padecian sus Compañeros, y los soldados.
Determinó por ultimo juntarlos à todos, y les dixo, que
el estado de las cosas estaba, como lo veian, tan calamito-
toso, que se hacia forzoso ya el desamparar la empressa,
y desistir de aquella Conquista, y volverse á Mexico.
Oyendo esto el Padre Juan de Ugarte, no solo se opuso
constan

nſtantemente á la propueſta de deſamparar la Con-
iſta, ſino que entrandoſe luego en la Igleſia, hizo voto
nueſtro Señor de quedarſe, y permanecer en las Cali-
rnias, aunque todos las deſamparaſſen. Deſpues habló
n grande eſpiritu, y energia á los Soldados, diciendo-
: no ſe vuelve pie atrás, ya eſtamos aqui, y aqui he-
os de permanecer. Dios eſtá de nueſtra parte, y no nos
ltará ſu proteccion. Confiemos de ſu bondad, que hemos
falir con la empreſſa. Eſtas, y otras coſas ſupo decir
n tan eloquente perſuaſiva, que convencidos los Sol-
dos reſolvieron quedarſe, y continuar ſu empreſſa.
las para aliviarlos a todos, ſalia el Padre Juan de Ugar-
, las mas veces ſolo, por los ſerros, y montes á buſcar
ezcales, y otras frutillas ſilveſtres, que era el unico
antenimiento, que tenian los Indios entonces, y deſ-
es de andar á pie dos, y tres leguas, volvia muy con-
nto con ſu proviſion, de que participaban los Soldados,
uienes alentados con el exemplo del Padre trataron de
acer lo miſmo, deponiendo el rubór, y venciendo la
erguenza, que les ocaſionaba el aſſemejarſe á los In-
ios. Eſto que ſe executaba era lo que deſſeaba el Ve-
erable Padre Juan Maria de Salvatierra; pero veía que
ra mucho para mandado, y ſiendo Superior, fuera indiſ-
recion el pedirlo; pero no hay que dudar, que ſiendo
ubdito huviera hecho lo miſmo, que el Padre Ugarte.
Con eſto tuvo lugar la humildad profunda del Venerable
adre Salvatierra, para decir, como muchas veces dixo,
ſe le oyeron muchos, que al Padre Ugarte ſe debia la
onverſion de las Californias.

No

No se satisfacia el deseo grande que el Padre Ugarte tenia de socorrerlos á todos, y tenerlos contentos, con el afán, y trabajo que hemos dicho que se tomaba de dia para ir à buscar las frutillas silvestres, solia tambien salir de noche à pescar en una canoa, con un Soldado, que le acompañaba, y luego venia muy gustoso à distribuir lo que havia pescado entre todos los del Presidio. Con esto los alentaba para que no estuviessen atenidos solamente à los socorros que venian de la otra vanda, que por muchas contingencias se solian retardar. No havia por este tiempo sementeras en Californias, y ocasion huvo en que apretó la necessidad de tal suerte, que no teniendo el Padre Ugarte de que hechar mano, huvo de tomar su sobrerropa, y embiarla á la otra vanda, para que vendiendose alli, traxessen el precio de ella empleado en alimentos. A tales aprietos como estos llegó, y en ellos quiso Dios poner á la vista à los operarios evangelicos un exemplo muy ilustre de magnanimidad, y constancia en las empressas arduas, y dificultades de la gloria divina, y salud de las almas.

Todos estos afanes, aunque tan crecidos, no impidieron á el Apostolico Padre Ugarte, que se aplicara con estraño conato á el estudio de los idiomas barbaros de aquel inculto païz. Empezó por la lengua usada en el Presidio de nuestra Señora de Loreto, que es una de las quatro universales de aquella tierra, y la mas dificil de todas. A este se aplicó el Padre, aun siendo assi, que le podia servir poco fuera de esta Mission. Luego, que la generosa piedad, y zelo christianissimo del insigne bien hechor

ior de la Compañia el muy ilustre Señor Marquez de
illa Puente (quien en habito secular, ocultaba un espi-
tu apostolico, y anhelaba con fervorosas ansias, y de-
os por la conversion de los gentiles, propagacion de
estra santa fé, y reformacion del christianismo) fundó
tras Missiones, hasta siete, penetró el Padre la tierra, y
rendió la otra lengua universal con todas sus variacio-
s, aplicandose á estas, como si acabara de venir, y em-
zara á estudiar la primera. Esto no pudo ser sin excessi-
o trabajo, no haviendo arte, ni vocabulario alguno, y tal
ez huvo de valerse el zelo del fervoroso Padre de una bien
eregrina industria, como fue el imponer, con especial es-
ero, á un niño Californio en nuestro castellano, para que
spues este le fuesse declarando lo que no entendia el Pa-
e de su barbaro Idioma. Assi se ajustó al consejo de S. Pa-
o, de hacerse ignorante para ser sabio verdaderamen-
, aprendiendo de los mismos á quienes iba á enseñar la
biduria del Cielo. El mismo teson, que observó el Pa-
e en aprender, y perfeccionarse en las lenguas, lo man-
uvo en el trabajo, trabajando tan esforzada, y conti-
uamente al fin, como al principio. Nunca ponderó
s trabajos, antes los disminuia siempre, y muchos de
llos contaba como diversiones: con todo escribiendo
n los ultimos años de su vida al Señor Fiscal de Guada-
xara Don Joseph de Miranda, le dice: Señor, ya yo
stoy viejo; mas sepa V. S. que la necessidad me hace
abajar como mozo. A otro Sujeto de la Compañia,
ue le preguntó por su edad, y por el tiempo, que lleva-
a de Missiones, le respondió: mi edad son sesenta, y

ocho años, ha treinta, que vine á Missiones, y tengo s
senta de Missionero; porque puede creer V. Reverenci
que treinta años de Californias son sesenta. Y con t
da verdad puede decirse, que considerando lo much
que hizo el Padre, fueran pocos sesenta años para ell
y es marabilla lo que hizo en los treinta, como se ve
en el decurso de su vida.

CAPITULO X.

Passa el Padre Juan de Ugarte á la Missio de San Francisco Xavier, y lo que hizo en ella.

HAVIASE DADO YA PRINCIPIO A L
fundacion del Pueblo, y Mission, que llamare
San Francisco Xavier; por justos respectos, que para ell
huvo, ordenó el Venerable Padre Salvatierra al Padr
Ugarte, que se encargase de continuar dicha fundacion
Partió luego para allá, y aqui fue donde todas las furia
infernales se conjuraron contra el Siervo de Dios; per
supo vencerlas con generoso, y magnanimo corazon asi
do siempre à la proteccion divina. Para reprimir, y con
tener la insolencia de los Indios Serranos, fieros, y vale
rosos, que hacian guerra, y se oponian à la fundacion d
la Mission, subieron los Soldados á la Sierra llamada d
San Xavier, castigaron à algunos de los Indios, y se au
yentaron los demás, quedó haciendo escolta à el Padre
para resguardo de su persona, una esquadra. Los poco
Indios, que estaban antes juntos, y sujetos, parte ame
drenta

entados por los Soldados, parte engañados del demo-
o, huian de la Miſſion, tanto, que en ſeis meſes no pa-
ció alguno. Aqui fue donde el Señor acriſoló la virtud
eroyca de ſu Siervo, y el Padre deſcubrió los mas ſubi-
os quilates de ſu admirable paciencia. Veìaſſe ſin In-
ios, para cuyo bien, y remedio havia venido: la vecin-
ad de los Militares, con las continuas contiendas, riñas,
diſſenciones, que ſemejante gente tiene como inſepa-
bles de ſu empleo, y la licencia, que para todo ſe to-
nan, le era de inexplicable moleſtia, y lo mortificaba
n lo mas vivo. No podia el Padre apartar de ſi à los Sol-
ados, embiandolos al Preſidio, por haverſelos pueſto
l Superior, y eſtár aun inquietos los Indios. No hallaba
eſtos el Padre, ni podia buſcarlos: aſſi no lograba el fin
e ſu venida, ni cogia de ſus trabajos mas fruto, que
xercitar la paciencia. Entonces (ſegun el miſmo Padre
ixo á otro Padre Miſſionero ſu confidente) fue quando
evantando à Dios el corazon, y humillandoſe profunda-
nente en ſu divina preſencia, empezó à decirſe á ſi pro-
rio. Ves aqui eſtás ya en Miſſiones nuevas: anhelabas
empreſſas glorioſas, y converſion de la gentilidad, no
uerias Miſſiones antiguas; ſi no nuevas, que te coſtaſſen
u ſudór, y trabajo: ves aqui, que nada puedes, nada ha-
es, ni lo harás, ſi no acabas de deſengañarte, que nada
uedes, y nada harás, ſi no lo hace Dios.

Con eſtos afectos de humildad, y otros, que el Se-
ior ſave, ſu Mageſtad, que pone ſiempre los ojos de ſu
iedad en los humildes, ſe dió por obligado para abrir las
uertas tan ſerradas à la converſion de los Gentiles de la

Sierra

Sierra de S. Xavier, y consolar à su Siervo el P. Ugarte
Fue el principio un gracioso chiste, propio de la agudez
del Padre. Deseaba mucho; pero no podia despedir la e
quadra de Soldados, que estaban de escolta, y servian d
espantajo â los Indios. A este tiempo tenian en el Pres
dio de nuestra Señora de Loreto cierta obra entre ma
nos, para la qual se necessitaba el instrumento â que lla
man los oficiales esquadra, el qual tenia el Padre Juan d
Ugarte, embiaronle un recado en esta forma: tenemo
aca una obra entre manos, y para ella se necessita la e
quadra, V. Reverencia nos la embie. Muy bien entendi
el recado el Padre, y se puso en lo que pedian; pero va
liendose del equivoco logró la ocasion, para quitar de all
aquel estorvo, que tanto lo acozijaba, y auyentaba á lo
Indios. Dixo luego al Cabo de la Esquadra, que se fues
sen à Loreto; porque de allá embiaban á pedir la Esqua
dra. Opusose el Cabo, y los demás Soldados, represen
tando al Padre el graviſſimo riesgo en que quedaba entr
los Indios alvorotados; pero él resueltamente les dixo: y
no me meto en como quedo, de allá piden la Esquadra
y ha de ir. Con esto partieron luego los Soldados, y ha
llandose con ellos en el Presidio, despacharon al Padre
otro recado, diciendole: no pedimos acá la Esquadra de
Soldados, sino la de palo, para la obra. A lo qual respon
dió el Padre Ugarte: qué mas de palo là quieren que la
que fue? Allá se puede quedar, y va ahora la que piden,
y es necessaria para la obra. Luego que se fueron los
Soldados, á la noche vino un Indio, y se quedó à la puer
ta, como azechando desde alli, sin atreverse á entrar.
Luego

uego que el Padre Ugarte lo vió, le pareció haver visto un Angel del Cielo. (con estas formales palabras lo di- después al Missionero arriba mencionado) llamólo n grande afabilidad, y cariño, lo acarició, y regaló, eguntóle donde estaba la gente! Dixole, que fuesse à mar á los demás, y les dixesse, que no tenian porque mer, que ya podian venir seguros. Alentados con es- los Indios, y con las noticias, que su Compañero les ba de la buena acogida, que le havia dado el Padre, fue- n poco à poco viniendo, con lo qual por entonces se enó un tanto la borrasca, y el Padre prosiguió con ande fervor, instruyendolos en los mysterios de nues- santa fé, y doctrina christiana.

Pero siendo, como es, tan grande la inconstancia aquella gente barbara, parte por la innata veleidad de volubles genios; parte por los muchos ministros del monio, con quienes trata familiarmente, como un igo con otro, y estos con perniciosas supersticiones, y suaciones falsas alteran, y alvorotan al volgo, presto suscitó otra terrible tempestad, en que todo estuvo pa- perderse, y corrió grande riesgo la vida del Padre garte, que huviera perdidola, à no haverla Dios defen- do con singular providencia. Atumultaronse los Indios n resolucion firme de matar al Padre, y à todos sus ompañeros, armados ya con sus arcos, y flechas, se pu- ron en fila delante de la casa del Padre, y aun aquellos uchachos domesticos, que assistian de ordinario al Pa- e, desamparandolo en esta ocasion, armados tambien n sus arquillos fueron à incorporarse con el resto de la

gente, y todos eſtaban ya en punto de acometer. A e
te miſmo tiempo ſin ſaverſe como, ó por donde, oyó
Padre Ugarte dos tiros de eſcopeta, perſuadioſe, que ſ
ria el Padre Juan Maria de Salvatierra, que venia co
alguna eſcolta de Soldados, quienes, como tenian de co
tumbre, havian diſparado ſaludando à San Francíſc
Xavier, ſubió luego al campanario, y comenzó á rep
car las campanas, que ni aun eſſo havia otro que lo hici
ra, deſde alli vió dos Soldados ſo'os, y llegando al ſiti
adonde ſe les podia hablar, les dixo el Padre. Que es e
to? Como, ó para que vienen uſtedes? A eſto reſpo
dieron ellos, venimos Padre de retirada: Eſta noche p
ſada hemos andado por eſſos llanos, y hay tan grand
alvoroto de Indios, que no nos atrevimos à parar, y po
que no nos deſcubrieran hizimos fuego en un hoyo,
deſcanzando un poco alli, hemos retrocedido para ac
Admirando entonces el Padre Ugarte la oportuna pr
videncia del Señor, que diſpuſo la venida de aquell
hombres en tan apretado lance, les dixo: No ſon uſted
hombres, ſino Angeles, que Dios embia en eſta ocaſio
en que nos hallamos en el mayor conflicto. Y es aſſ
que fue diſpoſicion de la divina providencia; porque
vér à los dos Soldados los Indios, ſe perſuadieron á qu
ya ſu maldad eſtaba de antemano deſcubierta, y creye
ron, que tras aquellos venian otros, con lo qual atemo
rizados ſe retiraron, y huyeron. Volvió á quedar ot
vez ſolo ſin Indios el Padre Juan de Ugarte, teniend
en eſtos lances mucho que ſentir el mal logro de ſus tr
bajos, y el poco fructo, que ſe ſacaba de aquella gent
ta

n inconstante, anhelando tanto por el bien de sus al-
as, que por el, las mayores incomodidades, y fatigas,
nia por su mayor descanzo.

Increible parece lo que este Venerable Varon
bajó por reducir, y traher al rebaño de Christo estas
vejas descarriadas. El hizo poblar una tierra apenas
abitada de las fieras, plantó la cruz en donde solo pa-
ce, que podian llegar las aves Muchas fueron las al-
as, que reduxo à nuestra santa fé; pero fueron impon-
erables los trabajos, que necessitó tolerar para el logro
e cada una de ellas, y de este zeloso Missionero se pue-
e con toda razon, y propriedad decir que huvo menes-
er ir al desierto por cada una de las ovejas errantes, y fu-
itivas. No hay duda que se hallan en las historias Va-
ones Apostolicos, que hayan convertido mas almas; pe-
o tambien es cierto, que no será muy facil de encontrar
uien las haya convertido á costa de mayores afanes.
El trabajo que à muchos costó una poblacion, se puede
ecir, que costó al Padre Juan de Ugarte cada una de
as almas, que reduxo, y aunque estas fueron muchas, y
antas, que se numeran por millares, no hay guarismo
ara sus trabajos, y sudores, y solo puede contarlos aquel
eñor, que es remunerador fidelissimo de los que traba-
an por su gloria. Solia decir el Padre, que los que no
avian visto las Californias, solo por especies agenas po-
ian hacer concepto de lo que eran, y esto mismo se pue-
e decir de sus apostolicos trabajos, como lo asseguran
os que fueron testigos oculares de muchos de ellos.

Nunca supo rendirse á dificultad alguna, por ar-
dua,

dua, que fuesse, ni huvo jamás temor, que acobardasse
magnanimo corazon, conservandose imperterrito e
medio de los mayores peligros. Parece que tenia razo
de haverse amedrentado con el revelion referido de lo
Indios; pero estuvo tan lexos de esto, que viendose si
ellos solo, y sin hacer fructo en sus almas, salió à caza d
ellos, buscandolos por los montes como á fieras, acari
ciando à los que topaba para atraherlos, y reducirlos: as
volvió de nuevo á juntarlos, para que viviessen como ra
cionales, y fuessen instruidos en la ley de Dios. Per
bien era menester el animo tan constante, y valeroso de
Padre Ugarte, para vivir con aquellos barbaros, entre
quienes siempre estaba mal segura su vida. De ellos con
razon podia el Padre decir lo que decia el invicto Mar
tyr San Ignacio, de los Soldados, que lo guardaban: *Qui
bus cum benefeceris pejores fiunt.* Mirabalos no solo con
piedad de Padre, sino con tierno amor de cariñosa Ma
dre, solicitandoles el sustento, dandoles con que cubrir su
desnudez, curandolos, y assistiendolos personalmente en
sus enfermedades, todo por ganarlos para Dios, y redu
cirlos á vivir christianamente; pero prevalecia en ellos el
desseo de la libertad, y el amor á la vida de salvajes, á
que estaban acostumbrados en su gentilidad; y por esso
estaban mal hallados con quien tanto bien les hacia, y se
atumultuaban con frequencia. A mas del alvoroto referi-
do, huvo otro, en que por algunos dias anduvo el Padre
con bien fundadas sospechas de que trataban nueva con-
juracion los Indios, y pretendian matarlo. Estando una
noche durmiendo, se le entró un muchacho en su casa, y
dess

ſpertandolo á gran priſa, le dixo: mira Padre, que hay
enen los Indios á matarte, no tuvo el Padre mas tiempo
e para meterſe debaxo de la cama, y ocultarſe alli, del
odo, que pudo, y luego entrando los Indios, diſpararon
ecido numero de flechas á la cama, ſuponiendo que eſ-
ba en ella el Padre, á quien diſcurrieron ya muerto, y
ra certificarſe, llegaron á tocar la cama, y no encon-
andolo en ella, ſalieron furioſos desfogando ſu rabia en
a imagen de lienzo de San Franciſco Xavier, á quien
rojaron muchas flechas, y ſe fueron huyendo. Llega-
la mañana, ſalió el Padre, y viendo quan deſtrozado
via quedado el quadro, ſe perſuadió á que el Santo Apoſ-
l havia querido recivir en ſu imagen las flechas, para
ertarlo de ellas, y conſervar ſu vida, para mayores tra-
jos, y ſe le hizo mas creible la eſpecial proteccion del
nto en eſte tan peligroſo lanze, al reflexar en que no
nocia al muchacho, que lo havia deſpertado, ni pudo
ber quien fueſſe, y buſcado, con exquiſitas diligencias,
unca lo pudo hallar. Salió de ſu caſa el Padre Juan en
uſca de los Indios; pero ya ellos aquella miſma noche,
eſpues de executada ſu maldad, ſe havian remontado,
omo lo tenian de coſtumbre, hallandoſe ſin ellos, ſe fue
zia la rancheria, donde ſolo encontró à un Indio ſenta-
o, y muy confuſo: acercandoſe à él el Padre, con gran-
e afabilidad, le preguntó, que haces aqui? A lo qual
eſpondió el Indio: Padre yo eſtoy ciego, nada veo deſ-
e anoche, yo ſoy uno de los que fuimos á matarte, y
e diſparé flechas al Santo, y deſde entonces quedé cie-
o, por eſſo me dexaron aqui mis parientes, y ſe han ido;

porque le tienen mucho miedo. El Indio tenia claro los ojos, y con todo nada veia, y esta fué especial providencia del Señor, que obscureciendole los ojos del cuerpo, quiso alumbrarle los de la alma, para que entrara en ella la fé catholica; porque era gentil. Llevólo consigo á su casa el Padre Juan, lo agazajó, y regaló, fuelo instruyendo en la doctrina, y hallandolo ya capaz del santo baptismo, hizo que se lo administrasse, la primera vez que vino, el Padre Juan Maria de Salvatierra, lo qual hizo este Venerable Varon, con singular consuelo de su espiritu, pusole por nombre Ignacio, y vivió quatro años despues de baptizado; pero quedó ciego hasta morir.

Con summo afán, y à costa de muchos pasos, y fatigas, reduxó el Padre Ugarte á los restantes Indios, y los hizo volver à la Mission, donde, con grande cuydado, los instruya, y cathequizaba, baptizando á los que hallaba estár ya bien dispuestos. Uno de estos Indios, tenido por grande hechizero entre los suyos, havia instado mucho sobre que le baptizasse el Padre, el qual lo reusaba, no havia querido hacerlo; porque desconfiaba mucho de el, que envejecido en sus maldades, y supersticiones no les havia de dar de mano facilmente. Sucedió, que estando un dia el Padre Juan de Ugarte en compañia de otro Padre Missionero, que havia venido á vérle, leyendo un papel, que les havian embiado, en que se contenian varias noticias à cerca de los ritos de los Chinos, llegando el Indio se puso delante de los Padres, preguntóle el Padre Juan, que queria? A lo qual respondió: vengo à que me baptizes; porque yo quiero ser christiano. Di-

xole

le el Padre, yo no quiero baptizarte; porque tu no me
ieres decir tus cosas, y qué piensas, que no me las dice
le papel? Atonito el Indio replicó; pues si tu sabes ya
is cosas, para que te las he de decir yo? Tu por tu
oca me las has de decir, si quieres ser christiano, le aña-
ó el Padre. Con esto se resolvió el Indio á declarar sus
persticiones, y descubrió todas las cosas de su religion,
ue hasta entonces havian ocultado con profundissimo
encio. Estuvólo cathequizando el Padre algunos dias,
untó las cosas que le havia descubierto, para conferir-
s con el Venerable Padre Salvatierra, y hallandolo ya
ien dispuesto, le administró el santo baptismo. Viendo-
el Indio ya christiano, le dixo al P. ya yo no me voy
e aqui, y entrandose en la Iglesia, se metió en un rincón
e ella, de donde por ningunas instancias quiso salir; por-
ue decia, que lo havian de matar sus parientes, por las
osas, que havia descubierto. Sin desamparar su puesto,
i de dia, ni de noche, se mantuvo como dos meses, al
abo de los quales murió. Dispuso el P. darle sepultura
n aquel mismo sitio, en que havia perseverado tan cons-
ante, y le hizo entierro publico, y solemne, para exem-
lo de los otros Indios, á quienes mandó llamar, y les
ixo, que vieran el modo con que se enterraban los
hristianos; porque la usanza de ellos en su gentilidad era,
n muriendo alguno, poner fuego al cadaver, hasta que
uedaba hecho ceniza.

A los afanes que tenia el Padre Ugarte en la inf-
truccion, y enseñanza en lo espiritual de los Indios, se
untaban otros muy crecidos, siendo forzoso instruirlos
en

en todo, y assi para que trabaxassen ellos en la fabrica d
la Iglesia, y casa, y en hacer chozas donde vivir, era ne
cessitio, que personalmente trabajasse el Padre con ellos
Y viendo que no era facil reducirlos à la doctrina, y vid
racional, y christiana, no haviendo que darles de come
en el Pueblo, estando necessitados á salir como bestias
los montes, en busca de sustento, puso todo su esmero e
allanar esta dificultad. A este fin, en quanto el sitio l
permitió, para una poca de agua, que entonces corria
hizo una presa de cal y canto, siendo él mismo el mae
tro, atajó la agua, abrió zanjas, y conduxó por ellas e
agua á algunos parajes, que laboreados, regados, y sem
brados, rindieron tan buenas cosechas de maiz, y de tri
go, que huvo no solo lo que vastaba para la Mission,
para dar á los Indios, que acudian à la doctrina; sino qu
huvo tambien para socorrer al presidio muy necessitad
por entonces.

Assegurado ya el alimento de los suyos, con soli
cita providencia de amoroso Padre, emprendió el reme
diar su desnudez. Era esta como la del estado de la in
nocencia; porque los hombres andaban totalmente des
nudos, y aunque las mugeres trayan un como delanta
de nudos de cañas ensartados, estando estos pendiente
del hilo con que se ciñen, sin mas union, que estár una
sobre otras à qualquier movimiento, no teniendo gran
de cuydado, quedaran totalmente desnudas. Deseand
pues el Padre Ugarte remediar tan grave necessidad, de
terminó armar unos telares, solicitó que de las Missio
nes del Rio Yaqui le traxessen lana, y ovejas, y llegó
tene

ener hasta dos mil cabezas, enseñó á los Indios á texer ezadas, y otros texidos, para que assi tuviessen con que ubrirse, y algun reparo contra los temporales. Esta gran- e solicitud, y cuydado, que tenia el Padre en atender á s Indios ya reducidos, no le impedia el salir, como lo acia muchas veces, á distancia de treinta, y quarenta guas, á descubrir parajes acomodados para nuevas po- aciones, y amansar con el trato, y comunicacion á los ndios montaraces, metiendose en peligros, donde solo udiera entrar su animosidad grande, y ardiente zelo del bien, y salvacion de las almas.

CAPITULO XI.

De otros Pueblos, que fundó el Padre Juan de Ugarte.

ESTANDO YA LAS COSAS ESTABLECI- das en el Pueblo de San Xavier, sobrevino una rande seca, por no haver llovido en espacio de cinco ños, con esto se secaron los veneros, de tal modo, que o solo faltó agua para regar la tierra, sino tambien para eber. A esta tan lamentable desgracia huviera desca- do qualquiera otro animo menos valeroso, viendo to- o el trabajo perdido, y que no servia ya la Iglesia, la ca- a, y lo demás, en que alli se havia trabajado; pero no or esso faltó el animo al Padre Ugarte; passó á otro pa- aje distante de alli tres leguas, donde fundó el Pueblo e San Pablo, aun que con los mismos trabajos, con ma-

yores conveniencias de las que ofrecia la Miſſion de San Franciſco Xavier. Aqui edificó una Igleſia toda de cal y canto, con inexplicables afanes, por ſer la tierra deſtituida de un todo: hizo llevar la cal deſde la playa, que diſta nueve leguas de aſperiſſimo camino, las vigas ſe llevaron deſde el Puerto de Matanchel al Preſidio de nuestra Señora de Loreto, y deſde ay, por montes, y ſierras muy aſperas, haſta San Pablo. Deſmontó un meſquital tupidiſſimo, y conduciendo el agua por una targea, obra propria de ſu grande ingenio, reduxó á labor la tierra, que parecia incapaz de dar fructo alguno, y previendo al miſmo tiempo, que por ſer poca la tierra, y colgada, que en pooos años podia eſterilizarſe, con la corriente de las aguas, plantó unas ſepas en la orilla de la targea. En otro paraje incapaz de ſiembra, puſo un parral, de que cogió abundantes cofechas; pues haviendo repartido con los demás Padres Miſſioneros muchas tinajas de vino generoſo, embiado lo demás á la otra vanda, havia para ſocorrer muchas neceſſidades de la Miſſion. Cogió tambien muy buenas cofechas de maiz, y trigo, con que ayudó á los del Preſidio, para que ſalieran de muchos ahogos en que ſe hallaban. Todo eſto alentó grandemente á los demás Padres, para que procuraſſen hacer en ſus Miſſiones lo miſmo, en quanto lo permitia el paraje, de ſuerte, que llegaron á concevir firme eſperanza de poder mantenerſe, aun quando les faltaſſen de fuera otros ſocorros.

Con tan glorioſos trabajos, y ſudores del Venerable Padre Ugarte, floreçia mas cada dia, y ſe augmen-

la christiandad; pero como negociante Evangelico,
e trataba en preciosas margaritas, con una codicia
nta; anhelaba siempre á nuevos logros, no perdonando
diligencia, por conseguir nuevas ganancias de almas.
or este fin prosiguió el Padre entrando en lo interior de
s sierras en vusca de gentilidad, llegó al sitio, que inti-
laron Santa Rosalia, donde fundó otro Pueblo con los
anes, trabajos, y contradiciones, que havia fundado los
emás. En esta fundacion del Pueblo de Santa Rosalia,
vió en otro peligro de la vida, no menos apretado, que
s antecedentes. Embiaron á llamar al Padre unos In-
ios, que vivian distantes, cerca de las playas del Occea-
o del Sur, que llaman contra costa, á distincion del gol-
o Californio, ó mar lauretano. Puso se luego el Padre
n camino para allá, con grande consuelo suyo; pues te-
ia todo su gusto en ganar almas para Dios. Haviendo
egado adonde lo esperaban los Indios, aunque estos de
rimero lo recivieron de paz, á poco rato, instigados del
demonio, y de sus ministros, comenzaron á alvorotarse,
los que eran entre ellos principales, persuadieron á los
emás, que mataran al Padre. Comenzaron luego á gran
risa cada qual á disponer su arco (que porque no rebien-
e le suelen tener floxo, quando no salen á cazar) toma-
on las flechas, y cercaron al Padre. Iba su Reverencia
compañado de dos muchachos, que le servian en casa,
y de otro Indio grande, llegóse este muy afligido al Pa-
dre, y á los dos chiquillos, y les dixo: cuydad bien al Pa-
dre, que lo matan, matan al Padre los Indios. Oyó estas
voces el Padre Ugarte, y vió que en realidad era muy

estre-

eſtrecho el lance; pero con aquella ſu innata mãgn
nimidad, y corazon verdaderamente grande, y valeroſ
no ſolo no dió mueſtra alguna de acobardarſe; ſino qu
alentando ſu voz, que de ſuyo era bien alta, y corpulent
con eſtraño brio comenzó á decirle al Indio. No m
matan; porqué me han de matar? Ellos me llamaron,
por eſſo vine, no me matarán. Eſtas voces dichas ta
animoſamente, ó para decirlo mejor, Dios valiendo
de ellas, infundió terror en los animos de aquellos barb
ros, y los hizo mudar de intento, contuvieron ſu diabol
ca furia, y acercandoſe al Padre uno de los principales,
dixo: No tienes miedo? No reſpondió el Padre, qu
miedo he de tener, ſi voſotros miſmos me embiaſteis
llamar? Y ahora ſea, que el dicho Indio hablaſſe á l
demás, y los aquietaſſe, ahora (y es lo mas cierto,) qu
Dios aplacó con eſpecial providencia ſus deprobados an
mos, ellos ſe apaciguaron, y el Padre libre de rieſgo ta
terrible, ſe volvió á ſu Miſſion de Santa Roſalia. Al
llegando à ella, no acavaban de perſuadirſe, â que era
Padre, los miſmos, que lo veian; porque ſe havian ya e
parcido las voces, y corrido por cierto, que el Padr
Juan de Ugarte havia muerto â manos de los Indios e
la contra-coſta. Al miſmo tiempo, que el zeloſiſſim
Miſſionero ſe vió en tan peligroſo conflicto, y ſalió co
felicidad, lo manifeſtó nueſtro Señor en Mexico à un
fierva ſuya Religioſa Capuchina de probada virtud, d
quien lo ſupo el Venerable Padre Juan Maria de Salva
tierra, quien ſe hallaba por entonces alli con el emple
de Provincial; y deſpues volviendo el Padre à California

informó del caso, preguntando al Padre Ugarte, si en realidad se havia visto en aquel riesgo, y cotejando el empo, halló ser el mismo en que la Religiosa lo havia cho.

Vuelto à su Mission de Santa Rosalia el Padre garte, à pocos dias, recivió una embaxada de los mis- os Indios sobredichos, en que de nuevo le llamaban; as el Padre respondió al mensajero: díles, que no quie- ir, que vengan ellos acá, yo fui allá, porque me llama- n, y ellos me querian matar. Es Padre, replicó el em- ado, que no te conocian, y por esso te querian matar, ora ya te conocen. Pues díles, que vengan, respondió Padre, que yo aqui los regalaré. Volvió el Indio con embaxada, y luego à pocos dias vino una numerosa pa de gentiles, à quienes recivió cariñoso el Padre garte, los regaló quanto pudo con aquellos regalos, de e gusta aquella gente barbara, y despues de bien cathe- izados, é instruidos en la doctrina christiana, los bap- zó, ganando para Dios, y dando con grande compla- encia suya la vida del alma, à los que havian intenta- quitarle la del cuerpo.

Assi el Señor, que mortifica, y vivifica, consoló à Siervo, que por su amor exponia su vida à tantos ries- os. Ni fue sola esta tropa de gentiles la que el Vene- ble Padre logró lavar con las aguas saludables del bap- smo, en el Pueblo de Santa Rosalia; fueron muchos tros los que baptizó, y reduxo à vida racional, politica, christiana, y en todo fue colmado el fructo, que hizo li. Para conseguir tan buenos, y deseados efectos, ha-

cia marabillosamente servir á su apostolico abrasado z
lo, todos los dones naturales de que estaba adornado
las habilidades, que tenia, y nada hay para que no la
viera. Era forzoso, no solo hacerse amar de aquell
barbaros, sino tambien darse à temer, y respectar; pa
esto le sirvió á el Padre Juan ser hombre de extraor
narias fuerzas, y tanto, que de ellas quentan marabill
quantos lo conocieron, y le vieron hacer cosas de assom
bro. De estas sus estrañas fuerzas hizo en algunas oc
siones alarde á vista de los Indios, para ponerles mied
Es aquella nacion inclinadissima à luchar. Sucedió u
vez, que haviendose travado dos Indios de dos distint
rancherias, fue tan prolongada la lucha, que en todo
espacio de una tarde, no pudo hechar por tierra á su co
trario alguno de los luchadores: hallabasse presente
Padre, y llegandose á ellos, con cada mano tomó á c
da uno de ellos de los cabellos, y teniendolos por un ra
levantados de la tierra en alto, despues á uno de un l
do, y á otro del otro, los arrojó en el suelo con grand
admiracion de los circunstantes, que eran muchos.

Otra vez fue llamado el Padre à confessar á un e
fermo en un paraje, que distaba de su Pueblo algun
leguas, salió en una bestia, que aunque estaba por de
mar, y haviendo caminado algun trecho, volvió los oj
azia la espesura de un bosque, donde descubrió á un an
mal hechado en el suelo, quiso llegar á reconocer si er
por ventura alguna cria de las yeguas, que havia en l
Mission, aplicó las espuelas á la bestia, en que iba; per
por ningunas diligencias la pudo hacer, que se acercara,

, que por el olor havia raſtreado ya lo que aquello era.
lechóſe el Padre á pie, y al irſe acercando vé levantar á
n Leon, que amagaba ya á acometerle; pero no ſe tur-
ó en lance tan peligroſo, tomó dos piedras, y luego
iſparó una con tanto acierto, que dió con ella al Leon
n la frente, y lo atarantó, iba ya à querer acometer con
as furia, y diſparandole la ſegunda piedra, anduvo eſ-
tan certera, que dió el golpe en la miſma parte, que
primera, y dió en tierra con aquel bruto medio muer-
, llegó entonces, y poniendole el pie en el peſcueſo lo
abó de matar el Padre Juan, á quien ſi muchos con ra-
on llamaron el Atlante Californio; por eſta, y otras ſe-
ejantes hazañas de ſu animoſidad, y valor, pudieron
on el miſmo derecho, tambien llamarlo el Hercules.
ivia confiado ſiempre del poderoſo auxilio del muy al-
, y lograba la proteccion del Señor de los Cielos, y aſſi
aviendo andado ſobre el aſpid, y baſiliſco infernal, y
ollado al dragon del abyſmo, quitando de ſu poder tan-
s almas; puſo tambien ſus victorioſas plantas ſobre la
ıviz altiva de aquel Leon, ſimbolo del que anda ſiem-
e en torno, buſcando anſioſo á quien tragarſe, á quien
ara hacerle la reſiſtencia, es neceſſaria la fortaleza toda
e la fé, que andaba plantando en aquellos paramos in-
ltos el Venerable Padre Juan de Ugarte. Eſte aſſi que
deſembarazó del miniſterio á que iba, volviendo por
miſmo paraje, le pareció conveniente llevar al Pueblo
deſpojo de ſu victoria; pero en eſto havia no poca di-
cultad, por ſer, como diximos, indomita la beſtia en que
aminaba, y por el natural horror, que todas las beſtias,

aun-

aunque sean muy mansas, tienen á estas fieras; pero
Padre Ugarte, para quien se puede decir, que no hav
imposibles, discurrió traza para llevar el Leon muer
sobre la vestia serrera, y fue, que apeandose, se qui
el cingulo, y amarrando con él al Leon, lo colgó de
arbol con lazo corredizo, volvió á montar en su bestí
y la forzó á passar por alli, haciendo que al passar caye
el Leon sobre la silla. Al principio se le hizo á la bestí
insufrible la nueva carga, y con muchos reparos procur
ba sacudirla; pero por fin rendida, huvo de llebarla hast
el Pueblo, quedando mansa de aquella vez, sin que se ne
cessitasse mas de domarla. Vieron los Indios el Leon,
quedaron admirados, conciviendo con esto grande te
mor, y respecto al Padre, que mostraba tanto valor e
todo.

Assi como se valió de sus fuerzas, y natural an
mosidad para bien de las almas, aplicó tambien para ut
lidad de ellas todas sus habilidades. Apenas hay ofici
mecanico, q no exercitasse como Maestro, y lo enseñass
á los Indios el Padre Ugarte, quien siempre salia feliz
mente con todo quanto intentaba. Ya se dexa enten
der de una gente inculta totalmente, y barbara, nacida
y criada entre los brutos en los montes, que vivian mas
que como hombres, como fieras, que nada haviau de sa
ber, y era fuerza, en los principios especialmente de aque
lla Conquista, enseñarselo todo. Aplicóse el Padre á
exercitando por si los oficios, para que despues ellos lo
fuessen aprendiendo. Fue necessario, como ya se dixo
armar telares, para que tuviessen con que cubrir su desnu
dez

z, y el Padre Ugarte exercitó el oficio de texedor, haſ
que aprendieron los Indios. Para la fabrica de las Igle
s, y caſas era neceſſario ſaver de arquiteetura que ni por
nombre conocia aquella gente, aplicóſe por ſi
iſmo el Padre à abrir cimientos, à levantar paredes, y
gando el tiempo de techar, por ſu propria mano labró,
acepilló las maderas, haciendo muy bien el oficio de
rpintero: para que eſtuvieſſe decente el pavimento
las Igleſias, por ſus manos tambien formó hornos el
dre, y ſacó muy buenos ladrillos. Deſpues ſe dedicó
undir campanas, que ſalieron muy buenas. Y cono
endo la rudez de aquella gente, que aun para ſu pro
a utilidad, y conveniencia, les faltaba la habilidad, aſſi
eſte Pueblo de Santa Roſalia, como en los otros, les
zo caſillas, para que havitaſſen los que antes ſolo ſe
arecian baxo de los arboles; para formar eſtas chozas
puſo el Padre perſonalmente à hacer los adoves, de
e ſe componen, y le duró eſte trabajo, haſta que
rendieron los Indios.

En eſte Pueblo de Santa Roſalia diſpuſo Dios en
a ocacion eſpecialmente, que huvieſſe teſtigo, que ſu
eſſe admirar, y edificarſe de la humildad, con que el
nerable Padre Ugarte ſe ocupaba guſtoſo en los mi
ſterios mas abatidos. Eſte fue ſu Hermano el Padre
dro. Havian quedado ſolos en todas las Californias
dos Padres, por haver venido à Mexico el Venerable
dre Salvatierra à exercitar el cargo de Provincial; y el
dre Franciſco Maria Picolo eſtár empleado en la vi
a de la Provincia de Sonora; eſtaban diſtantes uno del

otro, como treinta leguas, y haviendo passado de
meses sin verse, resolvió el Padre Pedro ir à vér à
Hermano para tener consuelo en su espiritu confessa
dose, y algun alivio en su soledad comunicandolo
Pusóse en camino, y al ir llegando â la cercania d
Pueblo de Santa Rosalia, descubrió â lo lexos un hom
bre, que le pareció Español, hizole fuerza; porq
savia muy bien, que el Padre Juan à ninguno ten
en su Mission, que no fuesse Indio, con la curiosidad
reconocer quien era, se acercó, y vió que era su Herm
no, que estaba embuelto en una capa vieja, que le havia
dado de limosna, ceñido con un orillo, con un azadó
en la mano, descalzo de pie, y pierna, metido hasta l
rodillas en el lodo, haciendo una pressa para recoger
agua, para aprovecharla en sus sementeras. Enternec
grandemente este expectaculo al Padre Pedro, y lo su
pendió por algun rato la admiracion. Y no era para m
nos el caso; porque qualquiera se havia de admirar vie
do las mas realzadas prendas, y los talentos mas escog
dos sepultados en el lodo. Digno era de admiracion, v
un azadón en aquella mano, que debia ocuparse con u
delicada pluma, declarando los mas subtiles conceptos
su nunca bastantemente celebrado ingenio, cogien
agua para regar la tierra, el que havia allegado cau
muy quantioso de ciencia, que podia difundir en copi
los raudales, y hecho siervo de unos barbaros, el q
merecia estár colocado en los primeros goviernos de
Provincia. Pero como despues que la eterna sabidu
se encubrió en el barro de nuestra naturaleza, la ver
de

ra gloria es imitarle, estos empleos humildes hicieron Padre Ugarte mas glorioso; que lo huviera hecho el cimiento de sus talentos incomparables. Libre un tan de la admiracion el Padre Pedro, se acercó á saludar á Hermano, y le preguntó: que es esto Padre Juan? Co o está V. Reverencia de essa suerte, y en esse traje? stoy assi, respondió el humilde Padre, por la decencia eligiosa, porque no tengo mas sotana, que la que vé . Reverencia. La dicha sotana era solo un cuello vie simo con unas tiras muy rotas, que traia, para darse á nocer por Religioso, y lo restante se cubria con la ca a vieja, que havia recibido de la limosna.

Correspondiente á este vestido fue muchas veces calzado del Venerable Padre, pues huvo ocasiones en ue gastandose del todo las suelas de los zapatos, andaba lo con el cordovan viejo, cubierto el pie. Por esto, y or socorrer á los otros Missioneros, de quienes en todo uydaba, y se persuadia, que les sucediera lo proprio, se plicó el Padre Juan al oficio de zapatero. Emprendió ambien el hacer ollas, y demas obras de barro, y salió on ello. Esto, como otras cosas, llegó á noticia del Se ior Fiscal de Guadalaxara, Don Joseph de Miranda, con uien el Padre tenia frequente correspondencia, por ser nsigne bienhechor de aquellas Missiones, y aun el titulo de Procurador de ellas, le da en algunas cartas el Padre Ugarte: en una que este Señor escribió al Padre, le da os parabienes, de que haviendose aplicado á Alfahárero, huviera salido tan bien de su empeño, y luego añade: *mas quando no fue para todo el Padre Ugarte?* A esto respondió

el

el Padre Ugarte con aquella humildad profunda, que d
ba el mayor realze á sus talentos, y prendas: *Señor, la n
ceſſidad tiene cara de hereje, lo que puedo decir á V. S. es, q
ſi el inventor de las ollas neceſſitó de tanto, como yo para la pr
mera, muy agradecidos debemos vivir por su cuydado.* De a
verá V. S. quan para nada soy; *pues lo que hace un Indio du
miendo, apenas lo puede hacer el Padre Ugarte deſvelado.* Hà
ta aqui las palabras de la carta, en que se vé lo poco, qu
estimaba sus talentos, el que era de todos estimado.

CAPITULO XII.

De la fundacion del Pueblo de San Miguel, otros trabajos del Venerable Padre.

GRANDE FUE, Y MUY COLMADO E
fructo, que en la Sierra de Santa Rosalia hizo
Venerable Padre, y mucha la gentilidad, que recogió,
baptizó; pero quiso el Señor todavia descubrirle otr
campos espaciosos, en que se dilatasse su zelo, esparcien
do la semilla evangelica, para alzar cosechas quantio las
con que avastecer los graneros del soberano Padre de fa
milias. Fundado ya el Pueblo de Santa Rosalia, vinie
ron à buscar al Padre los gentiles de las sierras, donde hoy
está el Pueblo de San Miguel, y es tierra aspera sumamen
te. Fue luego el Padre muy gustoso, anduvo por varia
partes reconociendo la tierra, para vér qual fuesse el siti
mas acomodado para fundar un Pueblo; baxó á la cost
del Sur, cathequizó, y baptizó á muchos gentiles de aque
Il

a playa, y volvió por fin al sitio en que hoy está el re-
tido Pueblo de San Miguel, donde se recoge, y gana
ra Dios la gentilidad de aquellos contornos. El fun-
r aqui Pueblo era negocio tan arduo, que el pensarlo
lo parecia desatino; pues siendo estremada la aspereza
l territorio, todo de quebradas, y barrancas profundis-
mas, no havia sitio alguno para siembras, ni agua con
e regar, y faltando que darles de comer, no era possi-
e reducir á los Neophitos á que viviessen juntos como
cionales. Pero si del amor profano se dixo, que lo ven-
todo; mucho mejor sin comparacion save facilitar im-
ssibles el amor de Dios, y el ferviente desseo del reme-
o de las almas, que redimió Christo con su sangre. La
neroſa llama de este sagrado amor, y este fervoroso
sseo, havian ocupado enteramente el noble corazon
l Padre Ugarte, y assi no se le proponian dificultades,
r arduas, que fuessen, que no acometiesse animoso á
encerlas. Aqui verdaderamente dió todo el lleno de
rfeccion á su nombre, y manifestó, que con razon se
maba Juan; pues como otro Precursor en el desierto,
daba el Padre Ugarte en aquellas soledades de Cali-
rnias, hecho voz, que sin cesár clamaba, para que abries-
n, y preparassen al Señor el camino los corazones de
gentiles, para que entrasse su Magestad á hermosear,
adornar sus almas con su gracia santissima. Endereza-
s ya estas sendas, hizo vér, aun materialmente cumpli-
, lo que vaticinó Isaias, y predicaba el sagrado Precur-
r, que havia de florecer en los valles la abundancia, que
vian de humillarse los montes, y convertirse en cami-
s llanos las asperezas.

Lo que principalmente impedia la fundacion de Pueblo, era un horrendo precipicio en una muy profun da barranca, que impedia todo comercio. Para allan este precipicio, hechó el Padre veinte y dos mil carg de piedra, y diez y ocho mil de tierra, y esto no com sobreestante, que aun assi fuera trabajo muy excessiv sino trabajando personalmente con la barra en la mano lo qual junto con los excessivos calores de aquella tierr y a se dexa entender quales serian sus sudores, y qua crecidos sus afanes. Para beneficiar las aguas, que tiempo de lluvias baxan de las Sierras, hizo una pres bastante para atajar, y revalsar las avenidas, las qual son formidables, por ser la tierra toda montes, y assi f menester para detenerlas una roca. De otro precipic hizo el Padre un ameno verjel con ciento y sesenta m cargas de tierra, que conduxo de otras partes, lo qual si vió para amansar, y domar las primeras mulas, que a tuvo. A este sitio despues, con gracia, llamaba el Pad su Aranjuez, y con razon; porque alli havia plantado, visto fructificar quantos generos de arboles pudo con guir, y apenas hay fruta de la Nueva-España, que alli se diesse muy sazonada. Las parras fructificaron de modo, que assegura un Padre, que algunos años despu sue de Visitador â aquellas Missiones, que hallando presente à la vendimia de este Pueblo, en compañia otro Padre, que consigo llevaba, vió que se cogier quarenta y ocho tinajas de vino, despues de haver rep tido el Padre Ugarte muchas ubas entre los Indios, q concurrieron de todas las rancherias. Todo esto le d

ba su zelo fervoroso para tener cevo con que atraher â miserables Indios, que por su pobreza suma, y esteri. ad grande de la tierra, andaban todo el año entre los ontes, para buscar en las frutas silvestres su sustento.

Allanada la tierra, y assegurada el agua, sembró aiz, y trigo, quanto juzgaba necessario para el gasto nual de su gente. El trabajo, que costó todo esto al enerable Padre, no hay voces para encarecerlo. Basta cir, que assi como se vió necessitado á exercitar todos s oficios mechanicos, de albañil, carpintero, y los de. ás, de la misma suerte le fue forzoso emplearse en to. os los ministerios campestres; no hay oficio, que pida cuydado, y cultivo de una hazienda, que no exercies. . Un dia era harriero, otro pastor, otro baquero; un a estaba arando, otro regando, otro sembrando; ya ma. ejaba la hoz, ya la hazada, ya la reja, y veces havia en ue lo hacia todo. Esto le fue necessario â los princi. ios; porque aquella gente criada en suma libertad, sin aver lo que era trabajar, rehusaba el trabajo sumamente; ero el exemplo del Padre, que trabajaba para que ellos uvieran que comer, los fue reduciendo insensiblemente sacudir la pereza, que los ocupaba. Fue esto de mane. a, que como assegura el Padre Visitador, arriba dicho, quando estuvo en aquella Mission su Reverencia, estaban ya los Indios muy diestros en todas las faenas del campo, y trabajaban con grande gusto. Y es necessario, que fues. se assi, porque veîan, y tenian ya por larga experiencia conocido, que quanto la tierra producia, no solo de se. millás necessarias, para el sustento; sino tambien de fru-

tas

ras nunca vista de ellos, ni conocidas, todo era para q
ellos comieran. De aqui solia tomar ocacion el Padr
para exhortarlos al aprecio, que devian hacer de sus t
mas; pues unicamente por el bien de ellas se havia ven
do de Mexico, donde sin trabajo, ni afán alguno, tuvie
aquellas frutas, y otras muy regaladas.

Es tanta la incapacidad de aquellos miserables, q
llegaron tal vez á persuadirse, que el Padre por comer,
por servirse de su trabajo, se havia venido à aquellos p
ramos incultos. En una ocacion un Indio viejo llamad
Leopoldo, hablando con el P. le dixo: tu tienes algun p
cado muy grande. Porqué hijo? Le replicó el Padre Jua
porque yo, dixo el viejo, he visto, que el Padre Salvatie
ra, y otros Padres han ido à Mexico, y tu nunca vas, cō
que sin duda tienes algun delicto, porque te tienen e
nuestra tierra desterrado. El delicto, que yo tengo, re
pondió á Leopoldo el Padre Ugarte, es, que el amo, q
tengo, que es Dios, me manda, que cuyde de ti, y de tu
parientes, para que no se pierdan, sino que los enseñe á qu
le sirvan, para q̄ assi se salven, y vayan à vérlo allá en el Cie
lo; y assi, por ti, y por tus parientes estoy aqui, para ha
cerlos buenos. Quedó admirado el Indio con la respue
ta, y desde aquel dia mostró mas amor, y reconocimien
to al Padre, que al fin, aun las fieras se dan á los beneficio
por obligadas.

El que les havia hecho el Padre en facilitarles e
sustento, era grande, y ellos, aunque barbaros, lo cono
cian; y assi los ganó por la voca como buen Pescador Evan
gelico. Fueron muchissimos los gentiles, que recogió, y
bap

ptizó en este Pueblo de San Miguel. En el despues de
egurado el mantenimiento, hizo Iglesia, casa, y cho-
s para los Indios. Mas como estos son inconstantes, y
aneros, y les tira siempre el amor al ocio, y libertad,
que se criaron, recelaba el Padre, que despues de fun-
do con tantos afanes el Pueblo, algunos, ó todos lo de-
nparasseu, y se remontassen de nuevo á vivir como fie-
. Para impedir esto, en este, y en los demás Pueblos
fundados, halló traza, con que arraigarlos. Y si bien
verdad, que todo lo que en los Pueblos havia, y quan-
s fructos se cojian era para ellos, es cierto tambien,
ie mas afecto, que à lo comun, se le tiene á lo que ca-
uno tiene como proprio. Por esso hacia el Padre
garte, que los Indios tuvieran sus cabras, ovejas, y ga-
nas, y sus pedazos de siembra, y consiguió en muchas
ncherias, que sembraran maiz, y calabazas, y otras co-
s utiles para sustentarse, y aunque nunca cogian lo bas-
nte para poderse mantener largo tiempo, ya por su
nata floxera, ya por la falta de agua, y otras penurias
aquel esteril territorio, servia con todo, para que ellos
aficionassen al sitio, y al Padre le sirvió mucho para
saber à otros, que bien hallados en su libertad, no havia
rma de reducirles á que vivieran en el Pueblo. Quan-
alguno de estos venia, le decia el Padre: mira à fula-
como tiene ya su maiz, y no necessita de ir á buscar,
ie comer al monte; mira al otro, que ya tiene sus ga-
nas, y vendiendolas tiene con que vestirse; ya el otro
ne ovejas, y tu pudieras tener lo mismo, si quisieras
vir en compañia de los demás. De esta suerte consi-

guió el que se reduxessen muchos, y suavemente los fu
inclinando al trabajo, que ellos tanto repugnaban. Co
lo qual se establecieron, y grandemente crecieron lo
Pueblos, que se havian fundado.

Mas el Venerable Padre, no solo miraba com
suyos, para el cuydado aquellos Pueblos, que adminiſtr
ba, y que estaban con especialidad á su cargo, sino qu
se tuvo por obligado siempre á hacer nuevas diligencia
y á trabajar incesantemente, para socorrer á las dem
Missiones. Apenas hay alguna en todas las California
de que no pueda decirse Fundador, ó à lo menos insig
nissimo Bienhechor. Siempre la Mission, en que estab
el Padre Ugarte era perenne fuente de felicidades pa
todas las otras; porque en las que se fueron fundando, d
alli tuvieron la finca en que se asseguraba la manute
cion del Missionero, y de los Indios. Antes que vinies
el sugeto, á quien se havia de entregar la Mission, ya
Padre Ugarte le tenia prevenidas bacas, ovejas, cabra
mulas, caballos, y todo lo demás, que podia serle nece
sario, para que sin el cuydado de essas cosas pudiera m
libremente emplearse en atender á lo espiritual, y á l
enseñanza de los Indios. Y siendo assi, que es comun e
los Missioneros el prestar essas cosas, con la intencion d
restaurarlas, quando la Mission, á que las prestan esté y
bien abastecida, y abundante. A lo qual los obligan la
graves necessidades, que suelen padecer; en el Padr
Juan no huvo mas quenta, que la de su ardiente charidad
que lo traia siempre desvelado con la solicitud cuydado
de que nada faltasse á los otros Missioneros. De los so
corro

ros, que al Presidio embiaba, despues que se consi-
ió el que por quenta del Rey nuestro Señor, se pagasse
os soldados, podia justamente demandar la paga, para
ıer esso mas en su Mission; pero estuvo tan lexos de ha-
ılo, que antes saviendo tal vez, que havia aportado
i alguno de especiales habilidades, y que no se con-
ntaba con el sueldo, que se le assignaba por exercitar
oficio, el Padre Juan le añadia algun emolumento de
Mission, le hacia frequentes regalos, y se valia de
antos medios le dictaba su zelosa industria, para te-
ılo grato; porque decia, que un hombre con alguna, ó
gunas habilidades, era muy apreciable en aquel desam-
ro, donde podian aprender los que de todo estaban ig-
rantes.

La charidad, y amor à los Indios, y el desseo fer-
roso de establecer, y dilatar la christiandad, era el es-
ritu, que animaba las acciones todas del Venerable Pa-
e, y esto le hacia no perdonar diligencia, que juzgasse
il para su desseado fin, por esso tambien continuamen-
discurria, que medios serian apropósito para penetrar
o mas remoto de la gentilidad, y alumbrarla con las
ces del Evangelio. En una ocacion, sin declarar cosa
guna de la derrota, que llevaba, salió sin compañia, ni
às vastimento, que unos tasajos, y anduvo veinte dias
ntre gentiles, con evidente peligro de su vida, y aun
orrieron voces, que havian ya acabado con ella aque-
os barbaros, por cuyo bien se exponia á tantos riesgos,
on imponderables trabajos, y no menores riesgos, des-
ubrió el paraje en que se fundó la Mission de San Igna-
cio.

cio. Allególe á estos grandes trabajos, el haverle seña
lado la obediencia por Visitador de aquellas Missiones
Empezó á exercitar su oficio por la tierra, que despues
siguieron los trabajos de el amar, atravesó para este efec
to los mas elevados montes, sierras, y precipicios, qu
tienen las Californias, andando muchos de estos cam
nos á pie, y en muchas partes le fue fozoso el ir á gatas
arrastrandose, y teniendose con las manos, ya de las pie
dras, ya de las ramas. Registró las tierras, reconoci
las alturas, peso las aguas, y examinó los sitios, que ofre
ciendo comodidad para siembras, podian ser apropósit
para fundar nuevas poblaciones, en que se recogiesse
los muchos gentiles, que andaban por los montes vagean
do como fieras.

CAPITULO XIII.

Sale á un descubrimiento por la parte del Sur
Venerable Padre, y de un suceso notable, que
acaeció en la jornada.

TAN DESMEDIDOS AFANES, TAN CON
tinuados peligros, y tan repetidas fatigas, era
mas que bastantes para quebrantar las fuerzas mas robus
tas, y consternar el ánimo mas valiente; pero nada era
bastante para acobardar el magnanimo corazon del qu
con razon podia llamarse Hercules Californio, que sali
de unos trabajos, para entrar en otros, y el acabar con al
guna heroyca hazaña, era para acometer otra glorios
em

ppreſſa. Si allá el Hercules fabuloſo peleaba con el gi-
nte Anteo, hijo de la tierra, acá el Padre Ugarte cho-
ba con la tierra miſma, afanandoſe ſiempre por deſcu-
ir ſus mas remotos paramos, y ſus mas ocultos rinco-
s, para ſujetarla toda al imperio de Chriſto, y enar bo-
r en todas partes el eſtandarte de la Cruz, para terror, y
panto del infierno. Havia hecho muchas correrias el
enerable Padre con los trabajos, y ſudores, que ſe ha di-
o, ſiempre con la mira de recoger à el apriſco de la
nta Igleſia, la numeroſa gentilidad, que andaba por
uellos paramos diſperſa, y como ſi lo hecho no baſta-
por el mes de Noviembre del año de 1705. diſpuſo
a entrada por la playa del mar del Sur, que llaman, co-
o ya ſe ha dicho, contra-coſta, à diſtincion del golfo Ca-
ornio. Dió motivo à eſta empreſſa una cedula del Rey
eſtro Señor, en que mandaba ſu Mageſtad ſe hicieſſen
ligencias para vér ſi ſe hallaba algun puerto, en que pu-
era hacer eſcala la Nave de Philipinas. Para eſte fin
dió el Padre Ugarte al Capitan general de la nacion
aqui quarenta Indios ſoldados de ſu ſatisfaccion, y en
miſmo barco, en que fue la peticion, vinieron acom-
añados del miſmo Capitan. Hechas todas las preven-
ones neceſſarias para la jornada, à mas de los referidos
aquis, ſalieron otros ſoldados del Preſidio, y algunos
ndios Californios. Con eſta tropa ſalió el Padre Ugar-
, acompañado de otro Jeſuita. Iban en ſeguimiento
e ſu demanda, y deſpues de varios lances, á los onze
as de camino llegaron à eſtár enfrente de la Isla de
an Lazaro, al deſembeque de una grande caxa de rio;

pero seco, sin que corriesse agua alguna; pero havia al
cerca en el mismo paraje una gran poza de agua dulc
Desde aqui despachó el Capitan del Presidio D. Estev
Rodriguez Lorenzo, á un Capitan reformado con tr
soldados, á que exploraſſen por la costa si se descubr
tierra por donde proseguir el viaje, con orden de que
se alexaſſen mas, que de diez, á doze leguas. Salier
los exploradores, y volvieron al siguiente dia trayen
por noticia, que à distancia, como de diez leguas, en u
grande ensenada havian hallado muchos Indios, que l
recivieron de paz, y los regalaron con pescado, y pit
hayas passadas, y para muestra traxeron del regalo á
comitiva; pero añadieron, que en todo aquel paraje
havia mas agua, que la de un pequeño pozo, incapaz
dar basto á tanta gente, y que ni alli, ni en todo lo d
más, que havian andado, havian descubierto aguaje p
ra tantas bestias como llevaban.

Con esta noticia se resolvió el que subieran
guiendo la caxa del rio, azia la Sierra, la qual por l
muchos carrizales, y zarzas, que tenia, indicaba hav
abundancia de agua en lo mas alto, y desde alli pensab
hacer nuevo reconocimiento azia el Sur, para descubr
senderos por donde seguir el viaje. Con estos designi
salieron muy de mañana, vispera de la Immaculad
Concepcion de nuestra Señora; pero á ninguno de tant
que iban en la tropa, se le ofreció tener la providencia
sacar agua de aquel paraje; por lo que pudiera sucede
y es, que daban por cierto el que la toparian breve, fi
dos en el engañoso arroyo, que no acababan de desc
bri

r. Fueron á toda diligencia, y con la possible accele-
cion, en busca del agua, y haviendo caminado hasta el
edio dia sin encontrarla, determinaron cavar la tierra,
hacer un pozo, en parte que les pareció util para el in-
nto; mas despues de mucho trabajo, reconocieron, que
havian afanado sin provecho; porque á poco andar
ron en piedra viva, sin asomo, ni aun de humedad.
endo que se havia frustrado aquel arbitrio, prosigue-
n caminando: iban todos fatigados sumamente de la
d, irritada con los ardores del Sol, y las fatigas del ca-
mo; pero se alentaban à caminar con la esperanza de
e toparian la agua, que prometia la caxa del rio, que
an siguiendo; pero viendose ya cerca de la noche sin
scubrirla, y no siendo possible desandar todo lo que ha-
n andado aquel dia (que havia sido mucho) para vol-
r á el paraje de que salieron, determinaron que dexada
engañosa caxa del rio, se buscasse algun sitio del mon.
que estuviesse despejado, y limpio para poder hacer
o, y descansar aquella noche, y desde alli pensaban se
rian nuevas diligencias, en orden à su intento, si les da-
Dios el socorro de la agua, de que estaban necessita-
s. A poco trecho hallaron paraje, como lo desseaban,
icieron alto, y antes que del todo faltara la luz, toda
gente de la comitiva salió, esparciendose todos por el
ntorno, cada qual por su lado en busca de agua, con
uella solicitud, y cuydado á que les obligaba una tan
ave, como urgente necessidad; pero entre tantos no
vo uno, que hallasse, no solo agua; pero ni aun alguna
aquellas frutas silvestres, que por ser jugosas podia un

tan-

tanto engañar la ſed ardiente, que padecian, volvier
todos por extremo deſconſolados, y ya juntos, ſe det
minó, que á la mañana ſiguiente cada uno de ſu par
hicieſſe las diligencias, que les permitian ſus debilitad
fuerzas, para hallar ſu remedio, ſin eſperar á orden mi
tar alguno. Entre tanto hicieron ſus lumbradas; porq
ya les apuraba el frio, y á poco rato el Cavo de Eſquad
aviſó al Capitan del Yaqui, que muchos de los ſuyos e
taban deſmayados; pero no huvo mas remedio, que ap
carles, que alentarlos con buenas palabras, y exhortarl
á que tuvieran confianza en la piedad, y liberal miſerico
dia del Señor.

Entonces el Padre Juan de Ugarte hablando c
el Jeſuita, que lo acompañaba, le dixo: que tenia reſe
vada una vinajera de agua para la Santa Miſſa del dia t
grande, y ſolemne, como el ſiguiente, de la Puriſſim
Concepcion de nueſtra Señora; pero le añadió, que d
daba ſi ſeria mas del agrado de la Soberana Reyna, el q
con aquella vinagera ſe ſocorrieſſe á los neceſſitados, q
lo dexaba á ſu parecer. A eſto le reſpondió ſu Comp
ñero, que ſi tan poca agua pudiera baſtar para ſocorre
los á todos, ó aunque fueſſe á uno ſolo, ſe debiera entor
ces ſocorrer, aquella extrema neceſſidad, aunque no
dixeſſe Miſſa; pero viendo, que era tan poca, que ni p
ra uno ſolo era baſtante, ſeria mejor reſervarla para el f
para que la havia guardado, de celebrar el Santo Sacrif
cio de la Miſſa. Entonces el Padre Ugarte con mueſtra
de conſuelo, y ſingular confianza, dixo: muy tempran
diré la Santa Miſſa, y ſin inquietar, ni llamar á algun

de estos pobres, entre los dos compondremos el Altar.
Aquí añade el sugeto, que esto informa, y es el mismo,
que en compañia del Padre Ugarte se halló en esta ex-
pedicion. De donde, ó como tuvo el Padre la tal vinage-
a de agua, Dios, y su Reverencia lo saven: mas ya, que
no queramos atribuirlo à milagro, ni à cosa sobrenatural,
o qual no desdecia de la Vida Apostolica del Venerable
Padre, y pueda creerse, que al salir del paraje, en que tu-
vieron agua, se proveió de aquella poca, sin decir nada á
u Compañero, no se puede dudar, que quando fuesse
ssi, esta prevencion fue con especial instinto, ó particu-
ar mocion de Dios, que inspiró al Padre aquella provi-
dencia, quando todos iban tan confiados, de que hallarian
gua, que à ninguno le ocurrió el pensamiento de hacer
rovision de ella.

Ya que se iba acercando el dia, segun tenia dis-
puesto el Padre, comenzó con su Compañero à disponer
l Altar portatil para celebrar el Santo Sacrificio de la
Missa, y sin llamarlos acudieron luego á ayudarles los de
a comitiva, en quienes parte el sosiego de la noche, y
arte el grande frio, que hacia, les havia mitigado la sed.
Luego que amaneció dixo el Padre Ugarte con grande
ernura, y devocion, la Missa, à que todos assistieron, y
cabada, entonaron las Letanias de la Señora, pidiendo-
e afectuosos, que los mirasse con ojos de piedad, y no los
exasse perecer en su dia; sino que socorriesse la gravissi-
na necessidad, en que se hallaban. No se hizo sorda la mi-
ericordiosissima Madre; antes bien manifestó quan
ien le quadra á los nevados candores de la incomparable

pureza con que se concivió, el elogio con que el divino Esposo la celebra, llamandola profundo pozo de aguas vivas, que con precipitada corriente baxan presurosas del Libano. Y siendo siempre para nosotros manantial perenne de favores, en el dia dichoso, que es el fundamento de sus glorias, no havia, ya se vé, de negarse al socorro, de los que afligidos, y necessitados implotaban su clemencia. Acabadas las Letanias, dixo el Padre Ugarte busque cada uno su remedio, que ya hemos hecho las principales diligencias, que es dirigirá el Cielo nuestras suplicas. Era ya entrado el dia, y empezaban á enfillar las bestias para partirse, quando uno de los Indios de Yaqui, á grandes voces, comenzó á decir en su lengua: agua, agua. Oyólo el Capitan General, que estaba cerca al Padre Ugarte, y le dixo: ya un Indio se ha vuelto loco. Pues que es lo que dice? Preguntó el Padre. Dice que hay agua. Pues Señor, replicó el Padre Ugarte, dale un vaso, y que nos traiga de ella. Entregosele al Indio el vaso, y lo traxo lleno de agua muy hermosa, y christalina, la qual tomando el Padre en sus manos, dixo: demos gracias á la Santissima Virgen, y Madre de misericordia, que tan prontamente nos ha socorrido; sin duda le debemos este socorro á la fee con que algun pobre Indio se lo pidió á la Señora en las Letanias.

La mas notable circunstancia en este caso, fue, que la agua milagrosa se halló en aquel mismo lugar, puntualmente, en que la noche antes puesto de rodillas el Padre, havia rezado con su Compañero el Rosario, y estaba poco mas de un tiro de piedra del sitio, en que h

in dormido la noche antecedente. Estaba en una poza, fue sobrada para que todos satisfacieran su sed, y para ue bebieran quanta quisieron las muchas bestias, que onsigo llevaban; y á mas de esso hicieron provision pa- las jornadas siguientes. El paraje del descubrimiento staba seco totalmente, y todos sus contornos, sin que en llos se viesse otra cosa, que las pisadas, y rastros de la aballada, que havia andado por alli. Todos quedaron onitos del prodigio, como que eran testigos de vista, e que la noche antecedente no havia tal agua, ni era lu- r en que naturalmente podia haverla. Y á no haver ios, por medio de su Santissima Madre, dadoles tan portuno socorro, muchos, sin duda, huvieran perecido; nes saliendo de aquel lugar al medio dia, y caminando asta la noche, no volvieron á hallar gota de agua, ni la allaron el dia siguiente, hasta el medio dia. Y es nue- realze del prodigio, que buscada despues de vuelta, on especial cuydado, la agua en que tuvieron el oportu- socorro, nunca mas pudieron hallarla en el paraje. uelto despues al Presidio hicieron solemne accion de racias, cantando el Padre la Missa, para agradecer á la eyna de los Cielos aquel tan señalado beneficio.

El fin de la caminata, que fue, como ya se ha di- o, descubrir puerto para que hiciera escala la Nave de ilipinas, no se consiguió por entonces; á mucho andar escubrieron en un paraje unas tinajas, y algunos frag- entos de Nave destrozada, que se creyó ser alguna, que avia perecido por alli, sin saverse el rumbo, que lleva- ; mas para el Padre Ugarte fue la jornada muy gusto-

sa,

sa, por haver logrado en ella el principal fin de todas su empressas, que era ganar almas para Dios, y hacer, qu los miserables gentiles lograran el seguro puerto de la felicidades, reduciendose á la obediencia de la fé catho lica, y entrando en el gremio de la Santa Iglesia. Co ocacion de esta jornada halló dos rancherias de Indio gentiles, à quienes reduxo para que se hicièran Christia nos, y vivieran en vida racional, y politica, y este tuv por sobrado logro de aquel penoso viaje. Y es cierto que no fueron pocas las incomodidades, que toleró en é Porque siendo assi, que era tan cuydadoso de otros, de mismo, no solo no cuydaba; sino que trataba su persor con positivo desprecio. Quando el Padre salió de su Pu blo de San Xavier, para ir à esta expedicion, no hizo m prevenciones, ni salió de otra suerte, que como solia sa quando lo llamaban á confessar à algun enfermo. L prevencion que se hizo para la comitiva era para d meses de camino, y el mortificado Padre no llevó siqui ra algun reparo contra el frio, para abrigarse de noch pues entonces era lo mas rigido del hyvierno. Lueg que paraban salia à buscar personalmente leña, y la tr ìa cargada para hacer su lumbrada, sin permitir, que ot se ocupasse en servirle: no usaba de otra cama, que el d ro suelo, sirviendo por cabezera la silla del caballo, y en buelto en la capa se recostaba cerca del fuego, y este e el alivio todo del trabajo del dia. Su comida era la m ma, que se daba de racion á los soldados: vizcocho municion, y carne seca, azada en las brazas. De esta s este passó diez y siete dias con tanta serenidad, y alegri

omo si tuviera los mayores regalos, sin desnudarse, ni ndarse ropa, ni procurar alivio en cosa alguna: porque do su alivio, y su descanso lo tenia puesto en trabajar or Christo, y en amplificar su Reyno, ganandole mu- as almas, y assi pareciendole pocas las que havia en lo escubierto, se afanaba siempre por nuevos descubrimien- s: y podia decirse mejor, que del grande Alexandro, ue todo un mundo, le parecia muy poco á su abrasado zelo, para espirituales conquistas.

CAPITULO XIV.

De las graves dificultades, que venciò el Padre Juan de Ugarte en la construccion de una Valandra.

DESPUES DE TAN PENOSAS FATIGAS, que al Padre le costó la empressa de atravesar de arte á parte toda la California, le era muy debido el descanso; pero entonces fue quando le sobrevino el ma- or trabajo. Fue este el haverse perdido el Varco, en ue venian á las Missiones los socorros, y la necessidad bligaba á hacer otro. Estaba el Presidio sumamente ecessitado por esse tiempo, estabanlo tambien los In- ios, y mucho mas los Padres Missioneros. El adquirir tro varco se juzgaba muy dificil, el fabricarlo álli, se ha- ia siempre juzgado impossible. Y aunque era dicho co- un, que no havia impossibles para el Padre Ugarte; pues onseguia quanto intentaba, y ponia por obra quanto dis-

corria; con todo se tuvo en esta vez por cierto, que q
daria desairado, y que seria dar motivo á la risa el e
prender tal fabrica. Hombre huvo, que se ofreció á
quemado con las astillas del varco, que el Padre fabric
se alli, y en realidad, otro que no fuera el Padre Ugar
no huviera salido con la empressa, que con razon se te
por incapaz de poder salir con ella.

Qualquiera se havia de hacer el juycio de que
podia tener buen exito, viendo, que trazaba el Padre
cer un varco en una tierra, en que un clavo se mira co
alhaja preciosa, que una tabla no es despreciable. Qui
lo veia sin hierro, sin madera, sin instrumentos, sin ofici
les, y aun sin Maestro, en una pobreza suma; y con to
esso idear un varco, juzgaba bien, que solo pudiera s
con su intento teniendo en sus manos la divina Omnip
tencia obradora de marabillas, y no siendo assi, la e
press parecia delirio. El sujeto de quien se ha hec
mencion otras veces, que fee Visitador de aquellas M
siones, y navegó en la misma valandra, que emprend
el Padre Ugarte, dice de esta suerte en su relacion: suf
el Padre muchos trabajos en el empeño de frabicar
Californias una valandra, como la consiguió, llevan
la tablazon, y maderaje de distancia de veinte y cinco
treinta leguas, por unos cerros, y barrancas inacceffibl
en que ningun Principe de la Europa se atreviera à emp
ñar su caudal para salir con el intento: yo vi el sitio, y
tuviera á embuste el que de alli se huvieran llebado m
deras à la playa; si no supiera ser cierto. Hasta aqui
clausulas de aquella relacion, por donde se conoce hav

mado él Padre un empeño, por todas partes impo-
ble.

Lo único, que en lo humano le pudiera ayudar, era
limosna anual, que se da á los Misioneros; pero esta
o havia venido el año antecedente, y en aquel, por ha-
r dado altraves el varco, no havia esperanza de que vi-
era. Por todas estas circunstancias se impossibilitaban
el Padre Ugarte sus designios; pero los mismos impos-
bles estimularon mas su alentada confianza en la bon-
d divina. La fé animosa save trastornar los montes, y
brar portentosas marabillas: el amor, y desseo de la es-
bilidad, y extension de la fé, y catholica religion, era
nien ponia á el Apostolico Varon en tan arduos empe-
os, y assi nunca temió salir de ellos deslucido. Alentado
mo San Pablo, con la firme creencia de que lo podia
do en el Señor, que lo confortaba, y confiado en la pia-
osa liberalidad del Omnipotente, puso manos á la obra.
untó quanto hierro pudo entre los Padres de las Missio-
es cercanas, y quantas bestias tenia en la suya, y hecho
rriero las fue conduciendo á unas sierras, aun á los ojos
naccesibles, adonde el que suba uno solo, causa admira-
ion. Aqui el Padre hecho el Maestro del corte, comen-
ó á manejar la hacha, y fue cortando los arboles, que le
atecian utiles, y en esta empressa executó una accion de
ucha edificacion, y exemplo, propria de su grande hu-
nildad, y fue, que no hallando otro modo de subir unos
naderos, se unció, como buey con un Indio, y assi entre
os dos consiguieron el efecto. No necessita de ponde-
aciones este acto tan heroyco, pues el mismo hecho es-

tá

tá diciendo, que supo muy bien el Padre Ugarte imit
los mas glorioſos Heroes de nueſtra Compañia. Imi
ba el abraſado deſſeo de la mayor honra, y glor'a de Di
y bien de las almas, que fue el eſpiritu, que animó â
eſtro Santiſſimo Patriarcha, y Padre, San Ignacio. I
taba el fervoroſo zelo, trabajos, y apoſtolicas corre
de San Franciſco Xavier. Imitaba tambien aqu
profundiſſima humildad, que fue como caracteriſtica
San Franciſco de Borja, de quien las hiſtorias refieren,
llegó á humillarſe tanto, que en cierta ocacion ſe un
con un buey, y junto con el tiro del arado.

Tambien en eſta glorioſa empreſſa ſupo muy b
el Venerable Padre valerſe de ſus extraordinarias fuer
ayudandoſe de ellas, fue el primero, que levantó las
gas, y las conduxo à las cimas de los ſerros, ſirviend
de cabreſtantes, y aparejos reales. Un carpintero de
vera, que alli havia, y era el que havia de ſer el Artifi
y que havia de maeſtrear la obra, ſe acobardó en gr
manera, y dixo lo ſiguiente, que el miſmo Padre Ug
te eſcribió deſpues à un confidente ſuyo: Padre, yo
más he hecho navio alguno, anque he trabajado en ell
con todo, dixe à V. Reverencia, que haria lo que alca
zaſſe; pero veo, que no es poſſible; pues á mas de eſt
la playa cerca de treinta leguas, y de eſtos caminos,
lo el baxar un palo de eſſa ſierra, no lo ha de hacer V. R
verencia con mil hombres, y doſcientas yuntas de bu
yes. Todos eſtos imposſibles venció el zelo del Pad
Ugarte; cortó la madera, la labró, hizo caminos para b
xarla de la ſierra, la baxó, y la conduxo haſta la playa,

el corto espacio de quatro meses estuvo la balandra abada perfectamente.

Lo que gastó el Padre en esta obra, fue quanto via trabajado en su Mission, y tenia por entonces, que an tres mil pesos, y assi gastó quanto tenia, y aun lo e no tenia; porque se vió obligado á contraher mu- as deudas, y despues tuvo que trabajar al doble para esempeñarse, y satisfacer á todas. Hasta un poco de ocolate que le havia quedado lo repartió entre los ofi- ales, ó por mejor decir entre los aprendices, que tales an los que le ayudaban; pues el Padre fue el Maestro, carpintero, el herrero, y el que exercitó todos los ofi- os, que requiere la construccion de una nave. Fuera al trabajo excessivo de conducir hasta la playa los mate- ales, y estár toda aquella temporada el Padre en una oza, ó enramada, abrasandose con los ardores del Sol, on los vochornos de la fragua, à que con frequencia as- ista, y con el continuo trabajo, fue tanto lo que tuvo que frir de molestias, impertinencias, sinrazones, y pesa- umbres, que un Padre, que alli estaba, llegó à decirle: adre Juan, yo no se como V. Reverencia tiene pacien- ia, ya yo huviera dado altraves con el navio. A esto spondió el Padre Ugarte: esto le parece à V. Reveren- ia mucho? Pues no es mas, que una astilla de la cruz, ue me espera, aun me falta todavia lo demás, y los cla- os para que me crucifiquen. Y fue como lo dixo; por- que despues fueron muy graves, y de superior gerarchia as pesadumbres, que le sobrevinieron, y fue necessario odo su magnanimo corazon para tolerarlas. Los hom-

bres grandes, y las heroycas obras, que emprenden, sien
pre trahen consigo la emulacion, y siempre son los m
perseguidos los que mas de cerca siguen à aquel Seño
que desde su nacimiento fue puesto por señal de contr
diccion, y fue el blanco á que asestó sus tiros la emula
cion, y embidia. Huvo quien informara siniestramen
de la obra del Padre Ugarte al Padre Provincial, y es
llevado de los informes le escribió una carta tan agri
que algunos años despues tocandole el punto un Mi sio
nero su confidente, asségura, que le faltó poco para llora
y con notable ternura le dixo: el Padre Provincial m
trató en la carta como yo meresco, entre otras cosas m
decia, que poco le faltaba para mandar, que luego ha
chassen á pique la valandra. Assi dispuso Dios, que e
que se parecia á los otros astros de primera magnitu
Jesuitas, resplandeciesse tambien como un Regis, sufrien
do contradicciones, y tolerando persequciones.

Andan por aquellas partes muchos codiciosos d
las perlas, que alli se cogen, y acaso huvo entre estos al
gunos, que imaginaron les haria mal tercio con su nuev
embarcacion, el que solo buscaba aquellas margarita
preciosas, en que empleó todo su caudal el mercade
Evangelico, y de hay se levantó contra el Padre la bou
rasca de persequciones, imposturas, y siniestras delacio
nes. Pero quanto perseguian al siervo de Dios los hom
bres, tanto por el contrario manifestó su Magestad, qua
agradables le fueron sus trabajos; pues siendo assi, qu
quando se huvo de hechar à la agua la valandra, el qu
estaba de superintendente no se atrevió à embarcarse
di

liciendo, que estaba fuera de su quenta; entonces el Se-
ior dió á vér, que estaba por la suya: pues ella fue desde
quel tiempo asilo entre las borrascas, y quando los
tros varcos, y navios han encallado, varado, dado al-
raves, y naufragado; esta valandra ha ido muchas ve-
es, y vuelto, sin el menor desastre entre las mayo-
es tempestades, y tormentas. Hablando de ella el Pa-
re Visitador, citado yà otras veces, dice: esta es la
alandra, con la qual entró al estrecho el Padre Ugar-
e, y la que hasta hoy dura, haviendola librado Dios
e infinitos riesgos: en ella me embarqué yo para ir
Loreto, fui á la paz, y volvì á esta vanda, y siendo
ssi, que era mas seguro el varco del Rey, por la confian-
a grande que yo tenia, de que no podia perderse, por
aver le costado tantos sudores al Padre Juan, tuve por
nas acertado el navegar en ella. El mismo Sugeto asse-
gura, que en el espacio de doce años havia hecho con to-
da felicidad sasenta viajes la valandra, y duró hasta nue-
e años despues. A esta le dió por nombre el Padre Ugar-
e el triumpho de la Santa Cruz, quizá porque le havia
ido muy pesada, y le dió mucha materia de sufrimien-
o. Y si la Santa Cruz es el poderoso instrumento de
os triumphos mas glorioſos, le vino muy ajustado el
nombre á la embarcacion, en que el fervoroso zelo del
Padre Ugarte venció las dificultades mas arduas, y trium-
phó de los que se pensaban impossibles. Vastabale solo
para merecerlo, el haver ella servido para la heroyca em-
presa, de que se tratará en el Capitulo siguiente, de haver
salido el Venerable Padre á descubrir si la California, era

Is-

Isla, ó tierra firme. Esta era prueba vastante de que lle
vaba consigo á San Telmo, y no faltaron algunos, qu
asseveraron haverlo visto en algunas de las tormentas
que corrieron en esta entrada. El mismo Padre Ugart
hablando confidencialmente con otro sugeto de esta em
presa, y de su valandra, le dixo: unas tres, ó quatro vece
vimos sobre la grimpola una hermosissima estrella, qu
los Marineros decian, que era San Telmo, y yo tuve po
cierto, que era San Francisco Xavier.

CAPITULO XV.

*Sale el Venerable Padre á descubrir el Golph
Californio, y de otros trabajos, y peligros, que tu
vo en el mar.*

HAVIA EL PADRE JUAN DE UGART
con animo generoso, y constancia invencible, to
lerado quantos trabajos se pueden sufrir en descubrir nu
evas tierras, emprendiendo frequentes viajes, en que ex
ponia su vida á continuados riesgos. Havia en gran pa
te experimentado aquel largo cathalogo de penalidade
que refiere de si haver padecido el Apostol, escribiend
á los de Corintho; y para que en él nada se hechasse me
nos de tan prolongada serie de fatigas, determinó tam
bien experimentar los peligros del mar, para dar á
Apostolado todo el lleno. Acabada ya la valandra, qu
le havia costado tan crecidos afanes, y sudores, quand
havia de tomar el descanso, que le era muy debido, se re
so

olvió á salir á descubrir el seno, ó golpho Californio, por
ér si la California era Isla, ó tierra firme, deseando su-
tarla toda à el imperio de Jesu-Christo, y ansiando
empre por hallar nuevas gentes, que hacerle tributarias,
ue nunca á su abrasado zelo le parecia mucho lo que tra-
ajaba, y hacia; antes bien el mundo todo era muy corta
sphera para dilatarse, extendiendo, y amplificando la
loria del Señor.

Resuelto pues á esta empressa juntó quantas de-
carciones han hecho de aquellos mares los Cosmogra-
hos, y Nauticos para dirigirse por ellas; aunque de po-
o, ó nada le sirvieron; porque al segundo dia de nave-
acion empezaron à faltar, y al quarto dia, nada de lo
ue ponian encontró. Quan excessivos fueron los traba-
os, quan graves los peligros, que passó en esta navega-
ion tan penosa, no se puede decir mejor, que con las pa-
bras con que el mismo Venerable Padre los describe
n una carta, que escribe à otro Padre su confidente, en
ue dice assi: la valandra se hechó á la agua el dia de la
xaltacion de la Santa Cruz, dia en que se ajustaba el
ño, que sali de Loreto à cortar las maderas. Entró en
Baia con admiracion de aquellos, que decian quando
e iba à fabricar, que los quemassen con las astillas del
arco, que se fabricasse en Californias; mas parece, que
Dios quiso, que fuesse de esta tierra, y fabricada mas á
osta de trabajos, y sudores, que de reales, para que sir-
iesse al descubrimiento de este golpho interno; sin gas-
os tambien, ni de su Magestad, ni de otras Missiones, ni
e algun otro particular, para que se conociesse, que era

obra suya, como se conoció en el discurso de lo que suce
dió en el viaje. Varios Marineros havia de Europa, otr
de la China, que havian navegado los mares del Nort
que havian passado el estrecho de Magallanes, que h
vian andado varias veces la carrera de Philipinas; un
havian ido hasta la Batavia, otros á Terra-nova, y otr
á la India, y todos asseveraban, que aqui empezaban á
ver lo que eran peligros de la vida, y que cada dia que n
librabamos de un riesgo, era un nuevo milagro. A esto
llegó el que enfermó la gente, yo me llené de llagas,
pensé morirme. El que prometió los vastimentos fal
tambien. Mas en esto se vió, que la obra era de Dio
pues destituidos de todo socorro humano, entre tant
enfermedades, necessidades, y peligros, llegamos á pa
sar el rio colorado, y á descubrir quantas mentiras se h
dicho hasta ahora de estas tierras. En donde hay Isla
ninguna ponen, y en donde no las hay las ponen. Pon
la Isla del oro, y en tierra firme, quasi en el mismo p
ralelo la laguna del oro sin coger, siquiera por cosa esqu
sita para una sortija, para las manos de su Magestad. P
nen en tierra firme el Reyno del Rey Coromedo, el gr
Tepuayo, la gran Quivira, las siete cuevas de donde
lieron los Mexicanos, la Sierra de los minerales, y pa
que no faltasse para su beneficio, ponen immediatame
te el cayo de los azogues. Nada de esto vimos, ni sen
de que huviera Reynos; pues antes bien lo que repar
mos, fue un desierto, y despoblado immenso. Por
contrario en las costas de Californias vimos muchissim
gente, llegamos á treinta y seis grados de altura. No pu

eguimos adelante; porque tenia el mar ya poco fondo; on que yo creo, que la California es Peninsula, y que n la creciente del mar se aisla toda; bien, que esto es onjetura; mas segun lo que vimos, bien fundada. Hasta qui la referida carta, que se ha puesto à la letra, para que se vea el exito, que tuvo aquella expedicion, y el paadero de la empressa.

En ella se manifiesta bien, que haviendo sido tan exorbitantes los trabajos, y peligros, que padeció por ierra el Padre Ugarte, por solicitar el bien, y remedio de las almas; si no fueron mayores los que padeció por mar, fueron por lo menos iguales. Por ellos con mucha razon se mereció el renombre de Apostol, que todos à voca llena le daban; pues hizo resonar el sonoro clarin del Evangelio, en los ultimos terminos del orbe, y en ellos fixó el estandarte de la Cruz, y el no haver passado á otro mundo, fue; porque le faltó agua el mar; pero no faltó el animo al fervoroso Predicador de Christo; pues á no faltar el fondo necessario para navegar, y aislandose aquella tierra en creciente, segun sus generosos designios huviera passado á la Asia. Contentóse, à mas no poder, con levantar la Santa Cruz, y erigir el trophéo del Señor, en donde jamás se havia venerado, dandole á el cargo todo el lleno, y mereciendo por mar, y tierra el esclarecido nombre de Apostol.

Manifestó Dios, que hacia bien este oficio el Padre Ugarte, y es prueba de ello un sucesso bien raro, que le acaeció en esta jornada, el qual si no quiere calificarse de milagro, será porque en la vasta esphera de lo possible,

ble, es factible un estraño conjunto de circunstancias que lo hagan natural. Sucedió pues, que haviendo dado fondo la valandra en los ultimos terminos de la Pimeria se levantó un viento tan recio, y vehemente, que hecho á la agua el vauprés. Fue muy sensible á todos la desgracia, no solo porque no les era facil hacer otro, sino porque en su remate tenia la primera Cruz, que se formó de la madera de la valandra. Como los mas de los que alli iban eran diestros nadadores, y muy acostumbrados al buzeo, se hecharon muchos al agua, y registraron toda la ensenada, con diligencia, y cuydado notable, no solo una, sino varias veces; pero no tuvo efecto su solicitud; porque nada hallaron. Estaba el Padre esperando en la playa, y preguntando si la havia encontrado alguno. Estando en esto, llegó un gentil de aquella tierra, y acercandose al Padre puso en sus manos la Cruz, que con tanto afán se buscaba, y sin decir palabra prosiguió su camino. Tomóla con grande jubilo el Padre Juan, y dió à nuestro Señor las gracias. Ya se hecha de vér bastantemente, que por Indio, por gentil, y por incapaz, poco distaba de un cangrejo, que en otra playa restituyó à el grande Apostol San Francisco Xavier el Crucifixo, que havian arrebatado las olas, y se conoce, que el que andaba en esta playa era una copia fiel de aquel peregrino original.

Imitaba el Padre Ugarte al glorioso Apostol del Oriente en las correrias, y empressas apostolicas, y procuraba serle muy semejante en las virtudes; por esso le hacia nuestro Señor favores parecidos à los que recivió San

ian Xavier. Siempre daba de sí buen olor de Christo el Venerable Padre, y de muchas de sus virtuosas obras impidió las noticias el haver andado solo, ó acompañado de ales personas, que no savian admirarlas, ni darles el peso de estimacion, que merecian. Entre otros casos de dificacion, que se pudieran referir de esta jornada, fue dmirable un prodigioso exemplo de humildad, y obediencia, que dió, y dicho con las mismas palabras con que l Venerable Padre lo refirió en confianza á otro Padre confidente, dixo assi: quando fui en la valandra à descubrir el golpho, llegamos á la Isla del Tiburon en aquel esemboque, que llaman, *Sal si puedes*. Quinze dias estuvimos sin poder desembocar, yo me hallaba tan lleno e llagas, que juzgué morirme, como la tierra estaba erca, determiné de embarcarme para vér si en tierra meoraba. Assi sucedió; porque lo mismo fue poner el pie n tierra, que irme aliviando; pero el Piloto me dixo, que he volviera á embarcar. Yo por una parte veia, que no avia viento, que el Piloto iba á mis ordenes, y no yo á os suyos, que en embarcarme me iba la vida; y la salud n quedarme en tierra. Todo esto se me ofreció por na parte, quando por otra hize reflexa, que nuestro Santo Padre manda obedecer á los enfermeros, por los visos, ue tienen de Superiores en las enfermedades; luego mbien yo deberé obedecer al Piloto, por los visos de uperior, que tiene en una nave. Con esto me puse de odillas, ofrecí á Dios mi vida en la obediencia, y me embarqué. Pero su Magestad me premió luego; pues no solo me hallé mejor de mis achaques, sino que luego sopló

el viento, y salimos del estrecho. Hasta aqui el Venera
ble Padre, quien dió bien á entender en este hecho, qu
estaba en los mas menudos apices de nuestras santas re
glas, y que su observancia la estimaba mas, que la pro
pria vida. Se ostentó buen hijo de aquel Inclyto Padre
que desseaba, que fuesse la obediencia la virtud caracte
rística de los suyos, y en este caso dió á conocer el Padr
Ugarte, que desseaba imitar á nuestro gran Patriarcha S
Ignacio, que estando gravemente enfermo en Roma,
conociendo, que le erraba el Medico la cura, moria co
solado por obedecerle.

Ni fue sola la ocacion de esta empressa quand
experimentó el Padre Ugarte los riesgos, y peligros d
mar, en otras varias ocasiones manifestó su constancia,
le ostentó imperterrito entre terribles tempestades,
tormentas, tanto, que no tenian voces con que explic
la magnanimidad de su corazon los Marineros, que
havian acompañado. Haviendo en cierta ocacion sa
do para la Mission de Santa Rosalia, á pocas horas
viaje, entró un temporal deshecho, en que perdido el g
vernalle, y la jarcia, havian perdido del todo la espera
za de salvarse los Marineros. Desesperados ya, y s
aliento no hacian diligencia alguna, discurriendo, que
hallaban propassados del termino, donde hasta ento
ces no huviesse llegado embarcacion. En tan gran
conflicto solo el Padre se mantuvo con marabilloso alie
to, y grande confianza en Dios, animando á la gente,
diciendo, que no era possible el que se perdiessen. D
dias enteros havian corrido sin haver probado vocado

a de necessidad perecian; pero quando menos pensaron, e hallaron, sin saver como, en el Puerto de Guaimas. Aquí huvo el Padre mas de un mes comiendo solo el pescado, que traìan los Indios, baptizó à muchos parvulos, aprendió algo de la lengua de aquella gente, hizo una pequeña Capilla para que se pudiesse alli administrar, como se ha administrado despues, fundandose un Pueblo de visita. Deseó quedarse alli el Padre, y se huviera quedado, si los Superiores se lo huvieran permitido. Aquí probó Dios la paciencia, y tolerancia de su fiel siervo, con grandes afficciones interiores, fuera de los graviſſimos trabajos corporales, que lo afligieron, y una total falta de lo necessario. Fue esto de tal modo, que el mismo Padre, algunos años despues, asseveró á otro Padre, que no havia merecido mas en toda su vida, que lo que mereció en aquel tiempo, y que nunca podia acordarse de los Guaimas sin ternura. Està el referido Puerto no muy distante de las Missiones del Rio Yaqui, que están bien avastecidas, y con haver el Padre avisado à los Missioneros de la pobreza, y desamparo en q̃ alli se hallaba, huviera sido socorrido largamente con religiosa charidad; pero estuvo tan lexos de hacerlo, que no permitió, que Indio alguno fuesse à dar aviso à los Padres. La razon, que el Padre daba de hacerlo assi, era porque decia, que no queria serles gravoso, y era tambien, porque no queria malograr la buena ocacion, que Dios le ofrecia de padecer.

En otra ocacion navegando desde Santa Rosalia à Loreto, en una canoa le entró un recio temporal, con que desmayados los Indios la dexaban à el arbitrio de las olas,

olas, pensando ellos librarse á nado por no estár la tierra muy distante. Cogió entonces el Padre el timón, levantó lo que se podia de vela, y haciendose mas azia el mar salió de entre las olas, y se puso en paraje, desde donde entró á una caleta, que estaba defendida del viento, que sosegandose despues, se acavó aquel peligro. De estos acasos experimentó muchos otros, por los quales era muy comun entre los que havian navegado con el Padre, decir, y asseverar, que no havian conocido hombre de mayor corazon, y serenidad, aun entre los viejos, que por su profession se havian criado en el mar, y vivian muy acostumbrados á sus peligros.

CAPITULO XVI.

Del modo, y orden con que administraba sus Pueblos el Venerable Padre, quando estaba en ellos.

OCUPADA HASTA AHORA LA PLUMA en seguir sus passos apostolicos á este fervoroso Missionero en nuevos descubrimientos, y Conquistas, nada se ha dicho del bien ordenado methodo, prudencia, zelo, y discrecion con que administraba, y governaba los Pueblos, que havia fundado el tiempo, que en ellos residia. Exercia con toda perfeccion los oficios de amoroso Padre, cuydadoso Maestro, y Pastor vigilante. Mucho era el cuydado, solicitud, y esmero, que tuvo, en que los hijos, que havia engendrado en Christo tuvieran que comer, y con que cubrirse; pero fué sin comparacion ma-

yor

or su desvelo en solicitar su bien espiritual; antes bien ra este el fin á que aquello se ordenaba, como medio. rocuraba el Padre siempre tener bien avastecida su Mision, para que viniendo los Indios con el interés de la comida, fuessen frequentes en assistir á la doctrina. A esta ssistian mañana, y tarde, y juntos todos à la noche rezaban el Rosario de nuestra Señora. De los mas juycios, y bien instruidos havia señalados algunos para avisar al Padre de los que faltaban. Siempre, aun en su edad mas abanzada, acostumbró el Padre predicar, y explicarles los mysterios de nuestra santa ley, los Sabados, y Domingos, y era tan grande su humildad, que aun siendo ssi, que estaba ya muy diestro en hablar la lengua de os Indios, assi por lo mucho, que para todo le ayudaba u grande capacidad, como por la mucha practica, y exercicio, que de ella tenia, llevaba con todo en la mano su quaderno manuscripto, en que tenia la doctrina, y oraciones, puestas en el Idioma, y haviendo ido Visitador à aquella Provincia, en su presencia salia el Padre Ugarte à hacer las platicas, llevando en las manos los papeles, como si se hallara totalmente ignorante de la lengua. Bien que esta su humillacion traya una utilidad, que no se le escondia al Padre, y era, que con su exemplo se alentaban à hacer lo mismo los Padres, que de nuevo entraban en aquellas Missiones, deponiendo la verguenza, hasta tanto, que se hacian dueños del Idioma.

Tres veces al dia, el Padre mismo por su mano, distribuya à los Indios la comida, que ellos llaman pozole, y esta accion no la fiaba de otro, si no era al Padre Salva-

tierra, como por obsequio, quando lo venia á visitar, y haviendolo fiado tal vez á el Padre Visitador, á pocas ve ces, que exerció el oficio, se lo quitó el Padre Ugarte diciendo con gracia: no tiene V. Reverencia talento para repartir, mis talentos son para estas cosas, y yo le ten go ya tomado bien el pulso al cucharon. Recogia el Pa dre las niñas huerfanas de las rancherias, y las criaba e una casa, que tenia destinada para este efecto; procurab quanto podia, que tuviessen Maestras, que las instruyes sen, y enseñassen bien los oficios proprios de su sexo, cuydaba, sobre todo, que aprendiessen bien la doctrin christiana, para que casandose despues fuessen ellas la Maestras en las rancherias. El mismo cuydado tenia co los niños, en quienes logró colmados fructos. El P. qu visitó aquellas Missiones, de quien se ha hecho varia veces mencion, assegura, que quando estuvo en la de Padre Juan tenia un Indiecito tan capaz, que no tenien do mas de cinco años savia ya leer bien la cartilla, y pocas veces, que assistió immediato al ayudante de Mis sa, aprendió á ayudarla, de modo, que ya despues el er el ayudante de dicho Padre Visitador.

Era extremado el amor, y charidad, con que e Venerable Padre miraba á los miserables enfermos, soli citando por todos modos sus alivios, aplicandoles las me dicinas, que aquellos paramos permiten, y tratandolo con todo el regalo de que es capaz aquella gente barba ra. Pero, sobre todo, era indecible su esmero, y solici tud en assistirlos, y procurar, que tuviessen la necessari disposicion para el trance terrible de la muerte. Havien

o llegado al Presidio de nuestra Señora de Loreto el Pa-
re Visitador, quando fue â exercer su oficio, se halló aco-
metido de una maligna fiebre, tan aguda, que creyó, que
ra la precursora de su muerte, y assegura el dicho Pa-
re, que la mayor pena, y desconsuelo, que sentia, era
morir sin conocer al Padre Juan de Ugarte, de quien ha-
ia oido tan grandes cosas. A instancias del Padre, que
staba en el Presidio, condescendió el Padre Visitador,
ue le avisasse de su llegada, y de su enfermedad al Pa-
re Ugarte, lo qual no havia querido antes permitir, por
o darle el trabajo de andar nueve leguas de penosissimo
amino. Llegó á el Padre Juan la noticia, y luego sin
nas esperar partió á Loreto à vér al Padre Visitador, á
uien la primera salutacion, que hizo con su acostumbra-
a gracia, y afabilidad, fue decirle, con mucha ternura, y
uasi llorando. Padre mio, una fineza grande me debe
V. Reverencia, pues por vérlo he dexado á un hijo enfer-
no de mucho cuydado, y aunque ya está dispuesto, y
onfessado, ha sido rigor grande el dexarlo solo en tan
errible riesgo. Dentro de pocas horas vino un mensaje-
o con la noticia (segun el orden, que havia dexado el
adre de que le avisassen) de que el enfermo se havia
gravado mucho, y estaba muy malo. Entonces el Pa-
re Ugarte con grande ternura, y muchas instancias pi-
ió al Padre Visitador le dexasse volver à administrar
quel pobre la extrema-uncion, dando muestras de estár
an solicito, y cuydadoso de su bien, como que lo miraba
omo á hijo. Pareció crueldad à el Padre Visitador, que
el Padre Juan ya anciano, y aquexado de ahogió vol-
viesse

viesse tan presto á desandar las nueve leguas, de tan m
lo, y aspero camino, que acavaba de andar; mas por n
tener penado, y desconsolado á su desseado huesped, h
zo, que el Padre, que residia en Loreto fuesse á assistir
enfermo, y administrarle la santa uncion. Con esto qu
dó consolado el Padre Juan, cuya vista, y amable trat
le fue al Padre Visitador tan gustosa, que con ella se ac
bó la fiebre, que havia ya comenzado á remitirse con so
la la esperanza de vérlo. El concepto, y estima, que d
cho Padre Visitador formó del Padre Ugarte desde es
primera visita, fue muy elevado, y le sucedió lo mismo
que á la Reyna Sabá quando se vió en presencia de Salo
mon, que hechó de vér, que havian andado cortas la
voces de la fama, y era en la realidad mas de lo que
decia. Esto se hechará de vér por las palabras del mism
Padre, cuyo informe dice assi: los pocos dias, que se e
tuvo conmigo en Loreto, conocì, que anduvieron mu
cortos los que me havian hablado antes del Padre Uga
te; de su amor al bien de las almas, zelo de la religion
ciencia, actividad, comprehension, y prudencia, hiz
juycio, que era digno de governar toda la Compañia,
que la permanencia, y estabilidad de las Missiones d
Californias, se debia, despues de la providencia de Dios
al fervor, animosidad, y constancia, con que dió princi
pio, y continuó hasta su cansada ancianidad trabajando
y venciendo los imposibles, que se ofrecian, para esta
blecer de assiento las Missiones en una tierra la mas a
pera, esteril, y seca, de quantas por ventura avrá en el mun
do. Hasta aqui las clausulas de aquel informe.

Y volviendo â el cuydado, y solicitud, que tenia con los enfermos el Padre Ugarte; havia en su Pueblo una casa, ó como llaman los Indios, un jacál, que servia de hospital, ó enfermeria, donde hazia traher â todos los que enfermaban en las rancherias, y en el mismo Pueblo, alli los agazajaba, assistia, y regalaba, empleando en ellos todo quanto adquiria su industria. El cuydado primero, que tenia quando lo venia à vér algun Indio de las rancherias, era preguntar si havia algun enfermo en ellas. En los ultimos años quando se hallaba ya muy gravado de penosos accidentes, quando no podia ir en persona adonde havia enfermo, le embiaba algun regalito, y daba providencia para que se traxesse á la enfermeria, quando no tenia essos impedimentos, luego à la primera noticia, que tenia de algun enfermo, partia presuroso á buscarlo, y le sucedió muchas veces ir á alguna rancheria distante mas de veinte leguas del Pueblo en busca de alguno de essos, y no hallarlo en el paraje, en que le havian dicho, que estaba, ni topar quien diesse razon de él. Entonces era necessario andar mas leguas, siguiendo las huellas, que se veian en la tierra, hasta dar con el enfermo, y sucedió en varias ocaciones hallarlos ya moribundos; porque ellos de proposito havian huido por no esperar al Padre, temiendo, que en los santos oleos traya algun hechizo con que abreviarles la vida, y hacerlos morir presto. Error muy comun, que ha introducido el demonio en aquella gente miserable.

El mismo trabajo de haver de andar mas, despues de hecha una larga jornada, le sucedió otras muchas ve-

ces al Padre, en especial en ocaciones de algunas epide
mias, que huvo; porque haviendo llegado á vér, y con
fessar algun enfermo, le avisaban, que mas delante havi
otro, y assi se veìa obligado á seguir caminando. Y co
mo en estos lances, ni es facil volver á el Pueblo para pro
veerse de comida, y aunque lo fuera, suele ser tan urgen
te la necessidad del enfermo, que no permite dilacion
se veía necessitado el Padre â tolerar terribles ambres
siendole muchas veces preciso valerse de las frutillas si
vestres para entretener un tanto su grave necessidad
Huvo vez, que caminando con otro Padre por cerros,
barrancas, yendo descaminados, perdidos, y muertos d
hambre, hallaron acaso, y lo tuvieron á grande fortuna
un venado muerto de muchos dias; pues estaba ya ta
corrupto, y hediondo, que no era tolerable al olfato, d
este tomaron unos pedazos, y azados los comieron, te
niendolo por grande regalo en necessidad tan urgente.

Quien á costa de tan crecidos afanes, y propria
incomodidades solicitaba el bien de los enfermos, qu
estaban lexos; en los que estaban cerca, y de assiento r
sidian en el Pueblo, ya se dexa entender qualés serian lo
charitativos esmeros del zeloso Padre. En estos reluci
muy bien la buena crianza, instruccion, y enseñanza, qu
les daba. El Padre, de quien se ha hecho muchas vece
mension, que visitó aquella Provincia, dice haver visi
en el Pueblo de San Pablo á un Indio enfermo, el qu
despues de haver hecho en su nativo Idioma una confe
sion general con el Pàdre Ugarte, llamó diversas vece
à dicho Padre Visitador para reconciliarse en lengua ca
tell

ellana, que medianamente savia, y con encarecidas sú-
licas, y ruegos, le pidió, que viniesse de noche á rezar
lli el Rosario, que rezaba con toda la gente del Pueblo,
xpressó el motivo de su peticion, y era, que queria, que
a Santissima Virgen Madre de misericordia, le alcan-
zasse de su divino Hijo una buena muerte, y afirmaba, que
lesseaba morir entonces; porque le parecia, que estaba
ien dispuesto, y se iria à el Cielo, y de no, temia mu-
cho, y se rezelaba, que podria volver à sus malas costum-
res antiguas; con muestras de grande compuncion pidió
erdon à sus parientes de los malos exemplos, que les hu-
viesse dado, exhortólos fervorosamente à vivir sujetos, y
obedientes al Padre, observando lo que les decia, y ense-
iaba para su bien: dixoles, que se acordaran, que eran
Christianos, y que vivieran como tales. Estas, y otras
expressiones de devocion, y piedad, que repetia aquel po-
bre, enternecieron á el Padre Visitador, y no era para
menos, que para derramar copiosas lagrimas de ternura,
vér á un Neophito nacido en suma barbarie, tener para
morir unas disposiciones, que fueran apreciables, no so-
lo en qualquier Christiano viejo, sino aun en un Religio-
so muy fervoroso, y ajustado. Estos eran los sazonados
fructos, que le rendia á el Cielo aquel terreno, regado
con los copiosos sudores del Venerable Padre, y cultiva-
do con sus afanes. Este era el descanso de sus fatigas, el
refrigerio de sus ansias, y el alivio de sus congojas.

El haver logrado muchos como este, engendró en
el Padre el inexplicable amor, que les tenia á los Indios,
que hasta le costaban lagrimas, y aquel grande corazon,

que

que no acobardaban riesgos, ni aterraban trabajos, y e
capaz de abarcar todas las aficciones del mundo, no p
dia sufrir, que á sus hijos se hiciesse la mas lijera vex
cion, ni podia disimular la pena, y dolor, que sent
quando ellos enfermaban, ó morian, y parece, que l
desseaba immortales. Efecto fue del grande cariño c
que miraba á aquellos pobres, y tambien de su docilida
y amable condicion, que procuraba darles gusto á tod
en todo quanto no era contrario á las buenas costum
bres, ni perjudicaba à los progressos de la christiandad
Havia formado el cuerdo, y prudente dictamen, de qu
todas aquellas costumbres antiguas de los gentiles, q
no se oponen á la religion catholica, ni contiene
error alguno, se les debian permitir; pues tenian e
ellas su gusto, y recreacion. Suelen pintarse los C
lifornios, assi hombres, como mugeres, teniendo es
por una grande gala. Dexemoslos pintar, decia el Pa
dre Ugarte, pues essa costumbre, y el gusto, qu
tienen en ella, es herencia de sus Padres, y Abuelos, y e
nada es contraria á la ley de Dios, y el que se afean po
niendose assi, ni yo, ni otro se lo ha de persuadir facil
mente. Es tambien antigua usanza de aquella Nacio
luchar unos con otros, compitiendo en fuerzas, y dando
la gloria á el que pone en tierra à su contrario, y lo vence
Luchen en buena hora, decia el Padre, que ninguno d
estos nació para leer los tomos de Santo Thomás, ni pa
ra registrar concilios, sino para trabajar, y el que mas
fuerzas tuviere lo hará mejor, y es gloria de essa gent
parecerse à los antiguos Romanos en los juegos. Acos
tum

umbraban tambien sus vailes en su modo rustico. Que ailen, decia el Padre, con tal, que se quiten todas las ocaiones, que puede haver de culpa, ó de menos decencia n los vailes. No podemos desde luego reducirlos á que ivan tan ajustados, y sean tan devotos como unos Noicios. A modo de esta, tenia otras maximas prudentísmas, y con esta grande amabilidad discurria siempre á avor de sus hijos, condescendiendo todo lo possible con os que aun eran tiernas, y delicadas plantas en la fé, y eligion.

Mas esto no quitaba el que tambien usasse de seeridad quando convenia, y que cediesse la ternura de su fabilidad, á las asperezas del rigor, quando era necessaio corregir, y castigar sus excessos. Bien, que esto, como todo lo demás, savia hacerlo con extremada prudenia, sin que la reprehension, ó el castigo excediesse un punto à lo que el delicto merecia. Como los amaba verdaderamente, les desseaba el verdadero bien, y no permitia en ellos mal alguno; pero ellos por su incapacidad, y por sus malas inclinaciones, daban frequentes motivos à la indignacion del Padre, que siendo de genio eficaz, ardiente, y vivo, no podia menos, que prorrumpir en acres invectivas contra sus desordenes. Assi de los del Pueblo, como de los que andaban en las rancherias, venian muchos con sus delaciones, y querellas, y todos estos daban motivo à el Padre para tronadas, que este era el nombre, que daba à sus enojos, los quales ordinariamente eran truenos sin rayo; porque si bien algunas veces les hacia dar unos azotes, ó algun otro castigo moderado, lo mas comun

era, que despues de amedrentar con grandes voces á los delinquentes, y pronunciar sentencia de horca, ó de galeras, de amenazar deguellos, carceles, grillos, cadenas y otros grandes castigos, con que les horrorizaba, en viendolos compungidos, y que mostraban arrepentimiento, acababa la tempestad en darles tortillas, viscochos, algun otro de los regalitos, que para ellos solia tener el Padre, y assi corregidos, y muy gustosos se volvian á sus casas, y rancherias.

Todo el importe de la limosna annual, que á los Missioneros se embia, hacia el Padre, que se lo embiasse reducido â sayal, bayeta, y palmilla, todo lo qual distribuya en los Indios, en quienes empleaba tambien todo lo que con su industria, y trabajo sacaba de los fructos de la Mission. En la distribucion de la ropa guardaba orden mejorando á aquellos, que eran en el trabajo mas constantes, lo qual hacia tambien con los que eran Governadores, ó exercitaban algun cargo de Justicia en las rancherias. A los muchachos, que el Padre criaba, y eran sus domesticos, para assistirle immediatamente nunca les dió, ni les permitió especial gala, ó adorno; porque decia, que con esto se enfobervecian ellos, y que era razon, que de su casa saliesse el buen exemplo, que los suyos havian de ser conocidos, no por el vestido, y traxe exterior, sino por las buenas costumbres, prendas, y habilidades. Este su desseo se le logró à el Padre; porque muchos de estos, que crió en su casa, salieron tan buenos, tan habiles para todo, que el Español mas capaz, y dispuesto pudiera preciarse de saver servir como ellos. Pero co-

m

lo Dios en todo queria mortificado á su fiel siervo, dis-
puso su Magestad, que à todos se los arrebatasse la muer-
te, quedando en un total desamparo, sin tener quien le
ayudasse en cosa alguna.

CAPITULO XVII.

Del porte, que tuvo el Venerable Padre en su Persona.

EN MEDIO DE LA GRANDE SOLICITUD, esmero, y afán con que el Venerable Padre procu-raba el bien, y las comodidades de otros, cuydaba tan poco de su Persona, como si fuera la mas desconocida, y estraña. Quanto de benigno, suave, y apacible con los demás, tanto tenia de aspero, rigoroso, y severo consigo. El que tanto cuydaba de que comieran los Indios, la ordinaria comida, que tenia, era tasajo cosido de toro, no queriendo matar vacas, ó terneras; porque no hicies-sen falta para la Mission; el pan eran unas tortillas de maiz tan prietas, y tan gruessas, que necessitaban el robusto estomago de un Indio Californio, para digerirlas. El chocolate le faltaba muchas veces, y entonces substitu-ia en su lugar la leche de algunas cabras, que havia criado. No obstante, quando le venia al Padre algun honrado huesped, como sucedió en la ocacion, que estuvo el Pa-dre Visitador en su Pueblo, y en otras en que los demás Missioneros lo visitaban, savia ingeniosa su mucha chari-dad dar trazas, y hallar arbitrios con que desempeñarse,

y,

y regalarlos con variedad de platos muy bien sazonados y no haviendo alli mas cozineros, que los Indios, la buena sazon era dada del Padre, y á todo se aplicaba, y de todo savia, y su profunda humildad no se desdeñaba de empleatse en la cozina para obsequio de sus hermanos. Ni es mucho, que exercitasse este ministerio, quien no se dedignaba de otros mas vajos, como sucedió algunas veces, que viniendo algun Padre, y no haviendo de prompto quien lo hiciera, desensillaba la bestia, y la metia en la caballeriza. En estas ocaciones de huespedes, solia con gracia, y donaire decir, Dios traiga muchos Visitadores y muchos Padres á mi Mission, para que sepan portarse mis hijos, y yo saque el vientre de mal año.

Tenia el Padre talento para obras de Architectura, como lo mostró en las Iglesias, que hizo sumptuosas quanto es possible en aquellos paramos; pero jamás quiso emplear su talento en hacer para si alguna habituacion acomodada. La casa toda en que vivia, y en que le vi en la Mission de San Pablo el Padre Visitador, era un aposentillo de adoves, como de seis varas de largo, y quatro de ancho, techado con paja, y una reca marita donde estaba su pobre cama, y la ropa, que tenia siempre de prevencion para distribuir entre los Indios. El adorno todo de su aposento, eran dos estampas de papel, y lo demás estaba ocupado con hachas, azadones, hoces, y demás instrumentos de campo, con los de carpinteria, y otros oficios, que solia exercitar. En la ocacion, que andaba el Padre en la ardua, y glorioſa empresa de descubrir el golpho Californio, casualmente con-

curri

ntrieron en la Mission de San Xavier, que estaba por ntonces à su cuydado, dos Padres, y el Capitan del Presidio, Don Estevan Rodriguez, vinoles gana de vér, y esembolver la cama del Padre Ugarte, y uno de los ue alli estaban asseguta, que por buen rato no pudieron ontener la risa; bien, que esta se convirtió despues en ina muy seria admiracion, y edificacion grande de vér l desprecio, que hacia de su persona, el que era tan preciado, y justamente venerado de todos. El colchon o merecia el nombre; porque aunque en otro tiempo o havia sido, entonces era solo un ardrajoso saco de lienzo con unas quantas bolas de lana dentro, sueltas, y apelmazadas, y en la actualidad servia de acomodado hospedaje à los ratones, ni podia servir de otra cosa; porque ara el fin de servir al descanso, y conciliar el sueño, estaba tan desproporcionado, que solo podia servir para tener un rato de mortificacion, y penalidad, y para excitar las vigilias. A el colchon acompañaba una sola sabana, aunque tampoco esta merecia llamarse assi, pues era solo un hàtapo tan viejo, roto, y deshecho, que solo pudiera servir para enredar, y molestar, mas no para el abrigo. La almohada era correspondiente à lo demás. Y es de advertir, que esta era la cama regalada quando estaba de assiento en la Mission, que en los caminos, que le eran frequentissimos, assi por las expediciones á que salia, como por las muchas confessiones de enfermos á que lo llamaban, la cama era el duro suelo, sirviendo de cabezera algun tronco, ó la silla en que caminaba.

El ordinario vestido era una sotana muy raida, vieja,

vieja, y llena de girones, y nuvo veces, en que de el
no le quedó mas que el cuello, como fue en la ocacio
que lo encontró su hermano el Padre Pedro, metido
el lodo para formar la presa. Otra vez para poder e
trar con alguna decencia en el Presidio, huvo menes
pedir prestada su capa á un soldado. Con este tenor
vida tan trabajosa, y tan poco como el Padre cuydaba
si, aunque era de complexion robusta, llegó á ponerse t
exhausto, que se desfiguró notablemente. Vino en cie
ta ocacion á Loreto, donde residia el Venerable Pad
Salvatierra para vérlo, y tratarle algunos negocios; m
viendolo el Padre Salvatierra tan flaco, y consumido, c
el semblante tan malicento, que parecia otro del q
era antes, se afligió de tal suerte, que por no tener á
vista objeto tan lastimero, que le ocacionaba notab
pena, pretestando alguna urgente diligencia se ausent
yendose á otra parte. Lo mismo mutuamente acaec
á el Padre Ugarte, cuyo benigno corazon quedó atrav
sado de agudo dolor, y sentimiento, al vér qual havi
parado los trabajos, y fatigas al Venerable Padre Salv
tierra, y assi sin mas esperar se volvió á su Mission de S
Xavier, de donde havia venido, y assi los que mucho
amaban, y estaban unidos con estrecho vinculo de cha
dad, y amor, fueron huyendo el uno del otro por no vé
se. Ofrecióse despues de algunos dias una forzosa co
currencia, y preguntandose los dos mutuamente; porq
havia sido tan breve la visita passada, respondió el Pad
Ugarte al Padre Salvatierra: estaba V. Reverencia t
que por esso me fui. A mi me passó lo proprio, dixo
P

adre Juan Maria, estaba V. Reverencia tan consumi-
o, tan macilento, y flaco, que nó pudo mi corazon su-
ir el vérlo, y por esso busqué motivo para ausentarme.

Ya en los ultimos años de su vida, en que notable-
ente se agravaron sus males, se vió reducido el Padre
Ugarte á vivir en el Pueblo de San Pablo, sin poder salir
omo antes á sus correrias Apostolicas. Aqui estaba co-
no sepultado en vida, por estár dicho Pueblo cercado
le altissimos cerros, cuya elevacion es tanta, que hace
uy corto el dia; pues dos horas despues de haver sali-
ó el Sol, llegan sus rayos à aquella tan profunda hoya, de
onde se retiran otras dos horas antes de ponerse el Sol.
En esta soledad vivia gustoso el que con sus glorio sas
roezas, y apostolicas correrias se havia acreditado per-
ecto, y imitador del grande Apostol de las gentes San
Pablo, y ultimamente, estaba reducido á un Pablo el
Hermitaño, à quien imitaba tambien en la fervorosa
oracion, meditacion atenta de las cosas del Cielo, y to-
al abstraccion de las criaturas. Mas no lograba el privi-
legio de tener el cuervo, que le traxera el pan; porque
para tener una tortilla le era necessario hacer diligencias,
y estaba en un desamparo grande, quando por su canса-
da edad, y muchas enfermedades, necessitaba de mucho
regalo, y assistencia. Viendole tan desamparado, y des-
timido de quien lo cuydara, movido à compassion el Pa-
dre Visitador le ofreció varias veces, que daria orden pa-
ra que algun soldado, ó alguno de los sirvientes mas ha-
biles del Presidio vinieran à servirlo, y assistirlo; pero
suspendió su Reverencia esta disposicion: porque hechó

de

de vér, que el executarlo, no solo no seria de alivio, sin
antes bien de mas mortificacion para el Padre Ugart
quien dió à entender, que el traher quien lo cuydasse, n
seria mas, que augmentarle el cuydado de que fues
atendido, y assistido el que venia à cuydarlo. Assi enc
bria el Padre su grande mortificacion, y el desseo que t
nia de padecer, y en esto tambien miraba por sus Indio
quienes conocia, que havian de llevar pesadamente, q
huviesse alli otro, de quien hiciesse el Padre mayor apr
cio, y mostrasse mas estimacion, y seria darles ocasio
de perniciosos zelos.

Experimentó el Padre varias epidemias, en q
demás de hacer los oficios de Medico, enfermero, coz
nero, y los demás, que los enfermos necessitan, se hal
tambien obligado muchas veces à hacer el oficio de
pulturero, abriendo por su mano los hoyos, ponien
en ellos, y volviendo à cubrir con la tierra los cadaver
En estas epidemias le quitó nuestro Señor los Indio
que havia criado, y havian salido segun su genio, sirvie
do en lo que se ofrecia con expedicion, y con grande
delidad, y amor. Ultimamente le havian quedado d
y quedaron para examen de su paciencia, y prueba
su heroyco sufrimiento, y tolerancia: porque eran p
extremo floxos, infieles, y distraidos. De estos, à m
no poder, se valia el Padre para la assistencia de su pe
sona, lo qual trataban ellos indignamente. Unas vec
à las diez de la mañana, ó antes, le daban la comida, otr
á las dos de la tarde era temprano para darla. En m
chissimas ocaciones avisaban, que no havia que come

si se havia encendido lumbre; porque decian haver fal-
ado quien traxesse leña. Todo esto le apuraba poco á
l Venerable Padre, y no se daba por ofendido de la in-
uria, tosquedad, y villania de aquellos Indios salios,
uienes por haverse criado en la casa del Padre, no tenian
isculpa de tan tosca rudeza; afligiale si el que no cuyda-
an de lo que ellos mismos, y los otros Indios havian de
omer, y por esta causa desde una ventanilla observaba
on frequencia si ardia lumbre en la hoya en que se hacia
a comida de ellos. Con su mucha prudencia, y alta
omprehencion el Padre estaba instruido en el dictamen
de que era necessario, que conociessen los Indios, que
ara cosa alguna, que fuesse de su proprio provecho, co-
modidad, ó gusto, no los necessitaba, ni los havia menes-
er para otra cosa, que para enseñarlos à salvarse, y asse-
gurar el bien eterno de sus almas; fundado en esta maxi-
ma se cuydaba poco de que le sirvieran, y assi tenia mu-
cho, que sufrir, y padecer.

CAPITULO XVIII.

Santa Muerte del Venerable Padre Juan de Ugarte.

LA MOLESTA, Y LARGA NAVEGACION, que emprendió el Padre para la gloriosa empressa de descubrir el Leno, ó golfo Californio, le ocasionó, no solo las penosas llagas en las piernas, de que tuvo mu-
cho, que padecer, sino que fue causa tambien de otros

achaques, que contraxo desde entonces. Vuelto de ta
trabajosa jornada volvió á trabajar, como si comenzar
entonces, y nada huviera hecho hasta alli; con esto recr
decieron los accidentes de que quedó lisiado, y volvie
ron á abrirse de nuevo las llagas. Eran estas tales, qu
movieran à compassion, ternura, y lastima al corazo
mas duro; solo el mortificado Padre parece, que no
compadecia de si proprio, pues como si estuviera su r
medio en el trabajo, entonces trabajaba mas, ó por l
menos las circunstancias hacian parecer su trabajo mayo
No es exageracion, ó hyperbole, sino relacion sincera d
un Padre, que le trató por largo tiempo, el qual por ex
tremo lastimado, y compadecido de vér à el Padr
Ugarte con las piernas, y pies llenos de llagas, unas qu
se iban encancerando, y otras, que ya lo estaban, le d
xo: Padre V. Reverencia no está ya para trabajar, ni c
minar. A lo qual respondió el Padre Ugarte, el descans
y quietud me hace padecer mas; para que vea V. Rev
rencia, que andar, y trabajar lo tomo por alivio; porq
assi siento menos dolor. Padecia mucho el Padre, pe
con tan heroyca paciencia, sufrimiento, y constancia, qu
no se le oìa una quexa, ni se lamentaba de su mal; ante
bien otro Padre, que en varias circunstancias lo acomp
ñó, reparó no sin grande admiracion, y assombro, qu
tropezando tal vez en alguna piedra, ó rozandose co
algun ramajo, ó tronco, ó ensangrentandose entre lo
espinos, y zarzas; porque no solo no podià sufrir el re
guardo de las botas, que de todas estas cosas defiende
pero ni podia aguantar medias, jamás le oyó expressio

guna de queza, ó demostracion de impaciencia, ni en-
do, que suele ser tan natural en lances repentinos. Pe-
o si en estos obran los habitos, bien se conoce quan ha-
ituado estaba el Venerable Padre à sufrir con paciencia,
dversidades, y trabajos, pues en estos casos desprevenidos, no se alteraba, ni se descomponia un punto, sino que
rosiguiendo, quando iba acompañado, su discreta, y en-
eretenida conversacion, sacaba la espina, que se havia
lavado, con la serenidad, que suele sacudirse una mota
el vestido; si havia sido algun encuentro por mucho do-
or que le huviera ocasionado, lo disimulaba, como que
ada le huviera sucedido.

Por el dilatado espacio de diez años tuvo el Pa-
dre que tolerar la penosissima mortificacion de sus lla-
gas, haciendoselas muy llevaderas la tierna, y afectuosa
memoria de las de nuestro Redemptor, y no escusandose
por ellas de sus Apostolicas correrias, y arduas empres-
as, que tomaba para dilatar la fé, y sacar de sus tinieblas
à la ciega gentilidad, y traherla à que conociesse al ver-
adero Dios. Mas ya que las llagas no impidieron sus
passos, los impidió otro accidente no menos penoso, y
fue una toz asmatica, que le sobrevino, que lo moleста-
ba de dia, y no lo dexaba de noche descansar, viendose
sufocado muchas veces, este mal lo reduxo à estár ya sin
poder salir de su Pueblo, y le fue debilitando las fuerzas,
hasta postrarlo del todo, y dexarlo sin aliento alguno.
Reconoció el Venerable Padre, que ya se acercaba su
fin, y el termino de sus glorioſos trabajos, y teniendo fir-
memente colocada en su seno aquella misma esperan-

za,

za, que tenia el Apostol, de que le esperaba la corona, qu
el Señor justo Juez havia de darle, se consolaba en s
ansias, y fatigas, y viendose ya cercano à la muerte, di
á los muchachos, que le assistian: Yo estoy muy mal
el dia que amaneciere muerto, lo que han de hacer
vestirme, como quando voy à decir Missa, enterrarm
y despues avisar á los Padres, pero mientras no me vé
morir, no avisen, aunque me vean agonizando.

En esto se conoce bien la grande tranquilidad
su animo, la serenidad de su buena conciencia, pues
un trance tán apretado, y terrible, no le acusaba en co
alguna, y pudiendo, aunque con alguna incomodida
tener consigo alguno de los otros Padres Missionero
para que lo confessara, y ayudara, no lo juzgó necessari
Quien dudara, que havendo imitado el fervor, y zel
los trabajos, sudores, correrias, y empressas Apostolic
de San Francisco Xavier, quiso tambien imitar la sol
dad, y desamparo con que murió en la Isla desierta d
Sanchón? Pero como ya otras veces se havia visto e
peligro de muerte en otras enfermedades graves, qua h
via padecido, y se savia su dictamen, y determinacion
que no llamassen à alguno de los otros Padres, se sup
tambien de su misma voca el motivo, que para ello t
nia, y es de no poco exemplo, y edificacion. No qui
ro, que llamen á alguno para que me assista; porque l
Padres son pocos, el trabajo mucho, la tierra necessitad
no es razon, que por assistirme á mi se ponga algun P
dre á peligro de enfermar. Muchos exemplos de virtu
son los que en este solo dictamen resplandecen; porq

no pequeña humildad no querer incomodar á otros pa-
ser assistido en lance tan peligroso: es no leve argu-
ento de la heroyca, y ardiente charidad del Padre, el
uerer carecer de consuelo, quando mas lo necessitaba;
orque otro no corriera peligro de padecer algun detri-
ento en su salud, y el conocer, y reflexar en el corto
umero de Padres, le hacia presente, que podia neces-
rlos algun otro enfermo de los Indios, y assi posponia el
onsuelo de su proprio espiritu, al bien, y provecho de
s otras almas. Heroycidad no muy desemejante á la que
xecutó la charidad de Moyses, y de San Pablo. Maxi-
a propria de fiel discipulo, y verdadero Hijo de aquel
atriarcha grande, que mas bien, que entrar á poseer los
ozos perdurables del parayso, queria incierto de su sal-
acion quedar en el mundo para servir á Dios, y ayudar
salvar á sus proximos.

Ya el Venerable P. Ugarte tendido á la fuerza del pe-
oso mal, no podia, como antes, atender al bien, y espiri-
ual provecho de los Indios, y para que huviera quien lo hi-
iera, no queria ocupar consigo á otro, y se privaba del ali-
vio, y consuelo, que podria tener con alguno de sus herma-
os. Pero Dios, que aun de los cabellos de la cabeza de
us escogidos tiene providencia especial, y no los dexa
erecer, tuvo especial cuydado de su fiel siervo. Y no
olo en esta ultima enfermedad, sino en otras, que como
rriba se insinuó padeció el Padre, se hechó de vér, assi
el descuydo, que tenia de si, como la providencia singu-
lar con que el Señor lo cuydaba. Estando en la Mission
de San Xavier lo assaltó una muy aguda, y maligna fie-

bre, que á passos muy ligeros lo consumia, no havia avi
sado de su dolencia, ni de ella havia noticia alguna. A
Padre Salvatierra, que estaba en el Presidio se le ofreci
una urgencia, que lo precisó á partir aceleradamente
el Pueblo de San Juan, con esta ocasion, el compañero
que tenia consigo, que era un hermano Coadjutór, e
qual despues ascendió al grado del Sacerdocio, le pidi
licencia para ir â visitar al Padre Ugarte, diciendo, qu
despues de Missa el siguiente dia, que era festivo, estari
en el Presidio de vuelta, dió el Padre Salvatierra con gu
to, y aun con accion de gracias la licencia, y salió el He
mano á su visita, y suponiendo á el Padre en el Pueb
de Santa Rosalia, que es mas distante, procuró acelera
el passo; en llegando al Pueblo de San Xavier, sin apea
se de la bestia, preguntó á un Soldado, que alli se hallab
si el Padre Ugarte estaba en Santa Rosalia. No está
no aqui, respondió el soldado, y está muriendose. Mu
riendose el Padre Ugarte, y no nos avisan? Dixo el He
mano muy afligido, à lo qual satisfizo el soldado, dicien
do: el Padre lo tiene ordenado assi, y no quiere, que
avise; porque no peligren los pocos Padres, que hay e
este territorio, ni padesca su salud algun detrimento
Entonces el Hermano escribió al Padre Salvatierra lo qu
passaba, dió orden de que viniesse uno que sabia sangra
y se acudió al enfermo con todos los remedios, que pu
dieron hacersele, y luego aquella misma noche lleg
alli el Venerable Padre Salvatierra, y otro Padre, quie
nes le assistieron hasta dexarlo libre de aquel inminent
riesgo.

Lo mismo con poca diferencia sucedió dos años despues, si bien entonces, antes, que el peligro fuera tan grande, llegó al Presidio la noticia de que havia enfermado el Padre, y estando alli por entonces uno, aunque no muy perito, algo exercitado en la Medicina, lo embiaron para que assistiesse, y aplicasse algunos remedios al Padre, quien con humildes expressiones manifestó el sentimiento, que le causaba el que hicieran de su persona tanto aprecio, y cuydaran de su salud, y su vida. Estos exemplares tenian y a cuydadosos, y sobre aviso á los Padres, y assi en la ultima enfermedad quando estaba ya el Padre para morir, se hallaron alli dos, que le assistieron con grande amor, y charidad, y tuvieron mucho que admirar sus buenos exemplos. Administraronle los santos Sacramentos, que recivió el Padre con devocion, y ternura muy notable, y con sosegada paz, y tranquilidad entregó su alma en manos de aquel Señor, que para tanta gloria suya la havia criado, y fue à recivir el galardon de sus excessivos trabajos, y fatigas. Fue su muerte el dia 29. de Diciembre del año de 1730. à los 67. años, cinco meses, y nueve dias de su edad, y 50. años, quatro meses, y quinze dias de su entrada en la Compañia, 34. años despues de su solemne Profession de quarto voto, y á los 30. de haver entrado en las Californias. Corta edad, y abreviado tiempo, si se mira lo mucho, que este Varon admirable, y zelosissimo Missionero, hizo, y trabajó para dilatar, y estender la gloria del Señor, y amplificar la religion catholica. Las muchas, arduas, y dificilimas empressas, que acometió, y concluyó felizmente,

pa-

parece, que requerian un siglo para su execucion, y e trabajo de muchos. Por muchos trabajó el Venerable Padre Ugarte, quien haviendo hecho tanto en corto tiempo, se puede bien decir, que consumando en breve la carrera de su apostolica vida, llenó en ella la prolongada duracion de muchos tiempos. La pena, dolor, y sentimiento, que ocasionó su muerte, no solo en los otros Padres Missioneros, y en los soldados; pero aun en los Indios, no es facil el decirlo. Todos lloraban la falta de comun Padre, en quien hallaban socorro en todas sus necessidades, consuelo en sus aflicciones, alivio en sus trabajos, consejo, y direccion en sus dudas. Lamentaban todos el que havia faltado con su vida la columna firme en que estrivaban las Californias, y ninguno havia que no expresasse su afliccion con dolorosas expressiones. Llegada la noticia de su muerte á la Provincia, en ella tambien fue universal el sentimiento, y todos lamentaban la perdida de un sugeto, que tanto la ilustraba con sus glorioſos trabajos, con que se hizo perfecto exemplar de fervorosos Missioneros, y un espejo clarissimo de admirables virtudes, como en adelante se dirá.

CAPITULO XIX.

De la viva fé, y esperanza del Venerable Padre

AQUELLAS VIRTUDES SOBERANAS, QUI por el altissimo objeto, á que inmediatamente no dirigen, tienen el esclarecido nombre de Theologales son el necessario cimiento, y la basa principal en que es trib

riba la excelsa maquina de la christiana perfeccion; por
sso estas deben ser las primeras, que se admiren en el
Venerable Varon, que aspiró siempre á remontarse á la
levada cumbre de la santidad. Sin la fé nos dice San
ablo, que es imposible agradar á Dios: y assi el princi-
io de agradárle se toma de la fé. Muy agradable fue,
n duda, á la divina Magestad la vida toda del Venerable
adre Juan de Ugarte, en quien reynó siempre la fé.
sta fue el norte, y guia de todas sus acciones. Y siendo
l mas abonado testimonio de la fé las obras, sin las qua-
es está como muerta, se colije bien, quan viva seria la
é, que le hizo hacer cosas tan prodigiosas, y emprender
roezas tan dificiles, todas ellas son argumentos de su
é. Quantas dificultades insuperables venció para exten-
erla, quantos gravissimos trabajos toleró gustoso para
lantarla, y quantos peligros experimentó para dilatar-
a, todas son evidentes pruebas de su viva fé, y como
ttas tantas professiones de ella.

Pero para hablar con alguna mas individualidad
le los exemplos, que dió de esta divina virtud, de ella
rovenia aquel esmero grande, solicitud, y cuydado con
que el Venerable Padre entendia en las cosas del culto
divino. Llegó á estár hasta sin sotana; pero los orna-
mentos eran los mas decentes, y aun los mas ricos, que
podia adquirir su pobreza. Oyó decir en cierta ocasion,
que havia havido quien notara, que para Missiones era es-
cusado tanto esmero, y que no era necessario tanto cuy-
dado de los ornamentos. A esto exclamó el Padre; antes
en ninguna parte se necessita mas, que aqui; pues con

esso se excita la fé en los Neophitos, y ellos hacen algu
concepto de las cosas sagradas, y que tocan al culto d
Dios. Ya diximos las Iglesias que edificó, en las qual
trabajó personalmente, maestreando á los Indios, y co
duciendo con inmenso trabajo las maderas, por sierras,
montes inaccesibles. Entre estas la que hoy se vé en
Mission de S Xavier es de piedra de mampostería, con
vigueria de cedro muy fino, y oloroso. Fue exactissim
en observar las fiestas, ritos, y ceremonias sagradas, y
cuydaba solo de que los ornamentos, y demás alhajas pe
tenecientes á la Iglesia, fuessen por su materia decente
sino que procuraba, que todo estuviera muy aseado,
limpio. Para celebrar con quanta veneracion se podi
enseñó á los Indios á leer, y cantar; procuró que apre
diessen á tocar varios instrumentos, para que tocand
los mientras se celebraba el Santo Sacrificio de la M
sa, esta tuviera toda la possible solemnidad, y con e
atractivo assistieran á ella los Indios mas gustosos. I
merabasse con especialidad en solemnizar los sagrad
dias de la semana santa, y de antemano procuraba ten
buena prevencion de cera la mas fina, y limpia, que p
dia conseguir, y para que los Indios no entrassen, con
suelen andar descudos en la Iglesia, tenia prevenido c
que se cubriessen para assistir decentemente á la Proc
sion del Santissimo Sacramento, Jueves, y Viernes Sa
to, y adorar de dos en dos la Santa Cruz.

El Santissimo Sacramento del Altar, que es an
nomasticamente el Mysterio de la fé, arrebató siemp
el corazon, y los afectos del Venerable Padre. En su a
gu

uſta venerable preſencia, gaſtaba arrodillado muchas ho-
as, contemplando ſu inefable grandeza, y admirando ſu
nfinita bondad. Salvo que alguna grave indiſpoſicion, ó
lgun otro grave impedimento en ſus correrias ſe lo eſ-
orvaſſe, todos los dias celebraba el Santo Sacrificio de
a Miſſa, lo qual hacia con grande ternura, y devocion,
precediendo una preparacion muy cuydadoſa, y ſiguien-
doſe la accion de gracias, devota, y dilatada. Pero quan-
do dió mayores muestras de ſu viva fé, y tierniſſimo amor,
y devocion al Santiſſimo Sacramento, fue en los ultimos
dias de ſu vida. En ellos haviendole ocupado la multitud
de humores el cerebro, no ſolo perdió la reflexa con que
trecataba ſiempre ſu interior, ſino tambien la advertencia
en lo que hacia, y entonces ni penſaba, ni trataba de otra
coſa, que de decir Miſſa. Mas eſto fue pocos dias antes
de ſu muerte; porque antes era coſa digna de admiracion,
que ſiendo de abanzada edad, y eſtando moleſtado de
tan graves dolores, y aquexado de tantos accidentes, que
no lo dexaban ſoſegar, ni dormir, conſervaba ſu juycio
muy entero, no ſolo para las advertencias, ſino aun para
las mas delicadas reflexas. Preguntóle por eſte tiempo un
Padre, que havia en una coſa, ſin dar á entender, ni ma-
nifeſtar qual era ſu intencion en la pregunta. Mas advir-
tió luego el Venerable Padre el animo, que podia tener
el que le preguntaba, y dixo: eſſo admira á V. Reveren-
cia? Mis coſas ſon coſas de fé, no hay fundamento, que
parezca, Dios lo hizo. Yo lo mas que hize fue confiar
en ſu divina Mageſtad.

Eſta confianza fortaleció á el Padre en todas ſus
accio-

acciones. Vivió siempre confiado de la bondad, y pal
bra de Dios, que remunera con fidelidad á los que le si
ven, y assi aun en los mas peligrosos lances, teniendo
muerte à los ojos, se hallaba muy seguro, y confiado d
que havia de recivir el galardon eterno. Confiado en
divina proteccion, ni lo acobardaban dificultades, ni
amedrentaban peligros, ni lo arredraban contradiccio
nes, ni havia mal alguno, que temiera; antes bien le de
cia á Dios con el Propheta: *Non timebo mala, quoniam*
mecum es. Quasi sin esperanzas de conseguirse llegó
estár la conquista de Californias, y la grande confianz
en Dios del Padre Ugarte allanó los que parecian in
superables impedimentos. Se reputaba impossible fabr
car un navio en aquella tierra, y confiado en Dios l
emprendió, y lo acabó, de modo, que sirvió muchos año
No parecia creible, que se pudiessen allanar precipicio
y profundas barrancas, erigir templos en sitios de aspere
inexplicable, cogerse sazonadas mieses, donde solo havi
peñas, y pedregales, y todas estas dificultades tan ardua
las deshizo la grande confianza en Dios, que tenia el Pá
dre. Por esso se hizo comun el decir, que no havia im
possibles para el Padre Ugarte; porque conseguia quant
intentaba, y le salia bien quanto emprendia. Quando
hallaba mas destituido de medios humanos, quando ma
desamparado de los hombres, entonces con mas ardo
acometia las mas dificiles empressas, entonces mas con
tento, y alentado daba la cosa por conseguida, esperan
do, que aquel Señor por cuya gloria trabajaba, que no ha
viendo para su Magestad cosa impossible, havia de faci
lita

tar, lo que naturalmente no parecia capaz de conse-
uirse. Esto con especialidad se hizo patente en la cele-
re expedicion del descubrimiento del golfo Californio.
laviale prometido un sugeto, que saldria á esperarlo á
ierto paraje de la costa, con provision bastante de vasti-
ientos para proseguir la navegacion, y sobre este segu-
o no hizo mas prevencion el Padre, que de aquello, que
uzgó suficiente hasta llegar à aquel sitio, donde havia
e aguardarlo el referido sugeto. Este no cumplió lo pro-
uetido, y haviendo costado mucho trabajo el arribar á
quel paraje, estuvo el Venerable Padre tan sobre si, que
n alterarse, ni hacer demostracion alguna de sentimi-
nto, viendose en medio de la navegacion desprovei-
o, dixo con grande paz. Yo me alegro de lo sucedido,
on esso se verá quien lo hace. Y aun antes de que esto
ucediesse al despachar dos soldados, que fueron embia-
os à vér si venia la prometida provision, se explicó con
ias expression, y claridad, diciendoles: vayan, aunque
o tendré grande consuelo, que no haya tales vastimen-
os prometidos; para que se conosca, que el viaje no cor-
e de quenta de los hombres, sino de Dios, y aunque sea
omiendo cangrejos haremos este servicio à Dios, y al
ey, que Dios no desampara à los que confian en él. Assi
ue.

Assi lo experimentó el Padre en quanto puso ma-
no, que nunca le faltó la proteccion divina. Con esta
scapó la vida en quantas ocasiones se la quisieron quitar
os barbaros, que fueron muchas, y à mas de las ya referi-
as, otra vez, que iba de camino el Padre, haviendo he-

chò alto en un paraje, y ya desenfilladas las bestias, se halló derepente movido á dexar aquel sitio, no obstante, que estaba acomodado para descansar, y dixo á un Indio, que le acompañaba, aqui no estamos bien, vamos otra parte. Volvieron luego â enfillar las bestias, y se fueron á otro sitio distante, y aquella misma noche fue un grande multitud de Indios á aquel sitio primero en que havia hecho mansion el Padre, buscandolo con el depravado intento de quitarle la vida, la qual defendia Dios, el passo, que por amor suyo la arriesgaba su fiel siervo, confiado en su divina providencia. En otra ocasion, que tambien iba de camino el Padre, haviendo una tarde hecho mansion en un paraje, vió derepente venir una tropà de Indios, armados de arcos, y flechas, que venian matarle; pero sin inmutarse, ni dar señal alguna de temor, tan lexos estuvo de evadir con la huida su peligro que antes determinó salirle al encuentro, y animado con su grande confianza en Dios hizo frente â los barbaros enemigos, valiendose, como ya otra vez lo havia hecho, de su voz alta, y corpulenta, y reprehendiendoles su maldad con tan grande energia, que los aterró su reprehension, de suerte, que no solo desistieron de su depravada resolucion, sino que llenos de temor, y susto huyeron presurosos á refugiarse entre los montes. Y no paró aqui la triumphante confianza del Venerable Padre ni se contentó con la victoria, sino que despues, como havia hecho con otros, los hizo venir â la Mission para reprehenderlos de nuevo, y darles consejos saludables para que se enmendaran.

CAPITULO XX.

De su eximia charidad.

SI BIEN TODAS LAS VIRTUDES, COMO astros luminosos resplandecen, y adornan una alma ista para que sea digna morada, y habitacion de Dios, la haridad las excede á todas, tanto quanto el Sol material brepuja en luz, y claridad à todas las estrellas. Como es- ellas brillantes lucieron en el Padre Ugarte todas las irtudes, que hicieron lucido, y claro el senderó de su vi- a, hasta formar el hermoso dia de la perfeccion chris- iana. Para formarlo reynó en su corazon el resplande- iente Sol de la charidad, tanto, que siendo el Padre en odo grande, era dicho comun de los que le conocieron, trataron, decir, que el Padre Ugarte todo era charidad. Todo era charidad, y amor para con Dios, y como este mor necessariamente trahe consigo eslabonado, y en- azado otro amor, todo tambien era charidad, y amor con los proximos. En el amor de Dios ardia, y se abra- aba como un amante Serafin. La prueba mas segura, y el mas abonado testimonio del amor son las obras. De las muchas heroycas, grandes, y excelentes, que hizo el Padre Ugarte, se arguye bien el ardiente amor, que á Dios le tuvo. Empleado estuvo siempre en cosas de su servicio, y obsequio, haciendo quanto juzgaba ser de su agrado, à imitacion de Christo, que hacia siempre el be- neplacito de su Padre eterno. Quanto hizo, y obró el

Vene-

Venerable Padre, fue con pura, y recta intencion, sin tener otro blanco sus acciones, ni atender á otro fin sus deseos, que el de alabar incesantemente, y glorificar á Dios. Aun siendo assi, que fue por extremo cuydadoso en ocultar sus grandes virtudes, como no es facil de ocultar el fuego, no podia esconder los amorosos incendios de su amante corazon, y assi á pesar de la grande reflexa con que vivia, y encubria las demás virtudes, varias veces se le oyó este apotegma: *Quidquid agis bene age, & laudasti Deum.* Has bien hecho todo quanto hicieres, para que sean tus obras alabanzas del Señor, en que manifestó bastantemente, y dió á conocer, que el fin que llevaba en sus acciones todas, era alabar sin cesar á Dios. En todas sus peticiones, y suplicas añadia esta condicion, si es para gloria de Dios. Si ha de ser para alabarle, si es para honra suya, si conduce á su servicio. Estas, y semejantes expressiones se leen á cada passo en sus apuntes, donde expressó su pluma los incendios de su amor, y el ancioso desseo de unirse intimamente, y estrecharse con el sumo bien, que era el imán de su corazon, y el centro de su voluntad.

La union con Dios se consigue con el intimo trato con su Magestad, y no hay duda, que estaba muy unido con Dios el Padre Ugarte; pues de continuo se ocupaba en el trato, y comunicacion con el Sr. Es buena prueba de esto el papel que se halló escrito de su mano, quando era Novicio, y guardó el Padre para excitarse á no desfallecer en sus fervores primitivos, en él se manifiesta que vivia en continuada oracion; y se demuestra tambien

quan

ıan fino era ſu amor. El mayor, y mas fino, que pue-
haver, por voca de la eterna ſabiduria, ſabemos, que
el dar guſtoſamente la vida por el amado. Deſde No-
cio ofreció ſu vida el Venerable Padre para perderla
or amor de Dios, y como conſta del referido papel en
corto eſpacio de un mes no cabal hizo ſacrificio de
la, pidiendo con todo ſu corazon mil treſcientas, y
nquenta veces la gracia de morir por Chriſto, y ſi no
egó el caſo de dar la vida, no fue porque le faltaſſe al-
una vez el animo; pues como ya ſe ha viſto, jamás hu-
ó el cuerpo â los peligros; antes bien intrepido ſe arro-
ba á los mayores rieſgos, y hacia frente ſin acobardar-
e á los enemigos. Aceptó Dios la buena voluntad, y el
fecto, y no quiſo la execucion, guardandole la vida pa-
a que la empleara en mayores obſequios de ſu divina
Mageſtad, y trajera muchos à ſu conocimiento, y amor.

El ardiente deſſeo de hacerlo aſſi, hizo arder en ſu
orazon aquel abraſado zelo de la converſion de los in-
ieles, y de la reformacion de los pecadores, excitó aque-
las anſias de conquiſtar todo el mundo para Dios, y
aquella ſanta inſaciable codicia de lograr almas para
Chriſto, deſſeando á todos ſu eterna ſalvacion, y deſſean-
do á los proximos el mayor bien, que ſe puede deſſear,
manifeſtó bien el ſolido, y verdadero amor, que les te-
nia, y ſu eximia charidad, la qual bien puede explicarſe
con los miſmos terminos, con que explica el Chriſoſto-
mo la del Apoſtol San Pablo: *Quaſi ipſe univerſum orbem
genuiſſet, omnes ſic curabat, ſic feſtinabat in regnum Dei in-
ducere.* Aſſi ſe afanaba, y apreſuraba por introducirlos

á todos en el reyno celestial, como si fuera el comun Pa
dre, que huviera engendrado á todos los que habitan e
la redondez de la tierra. Imitó perfectamente este fe
voroso anhelo del Apostol el Padre Ugarte, y assi no d
xó piedra por mover para cooperar à el bien, y remedi
de las almas, y salvacion de los proximos. Quando n
podia de otra suerte ayudarlos, los ayudaba con instan
tes suplicas, y fervorosas oráciones, con lagrimas, mort
ficaciones, y penitencias, con que movia à la divina cl
mencia, y obtenia de Dios el remedio de los perdido
Quando pudo trabajar por si, no perdonó à trabajo, y
con buenos consejos, y exhortaciones, ya con el tesó
en el confessionario, ya con platicas, y sermones, ya
los hospitales, y carceles; reduxo à bien vivir à mucho
los hizo apartar del camino espacioso de los vicios, q
lleva á la eterna perdicion, y los conduxo por la send
aunque estrecha, de los mandamientos divinos; pero s
guta para obtener la perpetua felicidad.

El ardiente desseo de la salvacion de las alma
entonces desamparadas, de los miserables Indios Ca
fornios lo sacó de Mexico, dando de mano, y renuncia
do gustoso las mayores estimaciones, y aplausos con q
huvieran lucido, y se huvieran celebrado sus admirabl
prendas, y extraordinarios talentos, con que tenia exte
sion para llenar los empleos mas honorificos de la P
vincia. Se desterró gustoso á aquellos incultos, y desi
tos paramos, y conociendo que era necessario para intr
ducir en aquellos barbaros gentiles la ley de Dios, y ra
carlos en ella, y hacerlos vivir christianamente, el q
el

los se reduxeran à vida racional, y politica, no es ponderable lo que esto le costó â el Venerable Padre, y ya hemos visto los esmeros de su solicitud, y lo que le costó fundar los Pueblos, y hacer que vivieran en ellos los Indios. Por recogerlos anduvo mas de trescientas leguas entre montes, barrancas, y precipicios, y como si esto no bastara, se arrojó tambien á surcár un mar desconocido, y cero, todo con el desseo de salvar muchas almas.

Muchissimas fueron las que por su mano lograron tener patentes las puertas de la fé, y de la salvacion en el sagrado baptismo. En solo el Pueblo de San Pablo sacó el Padre Visitador por los libros, que havia baptizado el Padre, entre parvulos, y adultos, mil, quinientas cincuenta y quatro personas. En los otros Pueblos, que fundó, y administró, de San Xavier, Santa Rosalia, y San Miguel, ya se entiende, que serian muchos. Muchos fueron, sin razon de dudar, los parvulos, que baptizó en las entradas varias, que hizo á los parajes, que hoy son de Missiones fundadas, y entonces estaba por todo aquello esparcida la gentilidad. Muchos otros tambien baptizó en las expediciones, que se le ofrecieron, como quando salió por la parte del Sur á buscar puerto para escala del navio de Philipinas, y en otras semejantes.

Tambien á esmeros de la charidad heroyca del Venerable Padre lograron muchos una buena disposicion para morir por medio de los santos Sacramentos, cuya administracion le costaba los crecidos afanes, y sudores, que hemos visto, siendole necessario andar por una tierra asperissima con imponderable fatiga, y â veces

muer-

muerto de hambre, hasta llegar el caso, como ya se dixo, de vérse obligado à comer carne hedionda, y corrupta, hallada por casualidad. Ni pararon sus charitativos esmeros en solo mirar el bien de las almas; pues atendia al bien del cuerpo de los proximos; si bien este cuydado del bien corporal lo hacia medio para conseguir, y facilitar el bien espiritual. Para que tuvieran que comer los Indios, ya se ha visto las trabajosas industrias con que reduxo a tierra laborìa, y fructuosa, los que eran asperrissimos pedregales, afanandose, y trabajando personalmente en todos los oficios campestres, para que aprendiendo ellos, asseguraran su sustento en lo por venir. No poca solicitud puso en darles abrigo para su desnudez, y hacer que anduvieran con alguna decencia los que andaban antes, como estuvieron en el estado de la inocencia nuestros primeros Padres. Finalmente, el cuydado todo del Venerable Padre, fue socorrer los en sus necessidades, remediarlos en sus desamparos, consolarlos en sus afliccìones, y se puede con toda verdad decir, que sustentó à los Indios en cuerpo, y alma, teniendo para con ellos no solo las veces de cuydadoso Padre, sino haciendo tambien los amorosos oficios de cariñosa Madre.

Ni fueron los Indios solamente los que experimentaròn los benignos influxos de la charidad ardiente del Venerable Padre; participaron tambien de ellos, todos quantos havia en la comarca, los sirvientes del Presidio, los marineros, los soldados, para todos era el comun refugio su casa, à ella ninguno acudia, que volviera desconsolado, todos sacaban el socorro, que necessitaban, el con-

suelo

uelo, que deſſeaban. Á mas de tener el Padre, como ya
e dixo, deſtinada una caſa para enfermeria de ſus Indios,
i propria caſa era un hoſpital ſiempre franco, y patente
ara qualquier marinero, ſirviente, ó ſoldado, que en-
crmaba, y lo miſmo para los Indios de las otras Miſſio-
es. Con eſtos miſerables enfermos, parece, que á ſi
miſma ſe excedia la charidad heroyca del Venerable Pa-
re, quien á un tiempo hacia con toda perfeccion los ofi-
ios de Medico, enfermero, y cozinero, y eſclavo humil-
e del hoſpital. A todos acudia, curaba, daba por ſu ma-
o de comer, y no ſe deſdeñaba de limpiar por ſu mano
os vaſos mas inmundos. Serviales de dia, y de noche
on grande amor, agrado, y benevolencia, combidando
u afabilidad á todos á que acudieran à ſu amparo.

Pero aunque fueron eſtas obras tàn realzadas, don-
le manifeſtó mas ſubidos quilates el oro finiſſimo de ſu
haridad ardiente, fue en el cryſol de ſu paciencia, á que
dió materia muy abundante la ingratitud, y mala cor-
eſpondencia de muchos. Grandes fueron los beneficios,
que hizo à todos el Venerable Padre; pero no fueron me-
nos las graves peſadumbres con que muchos le pagaron.
Y eſto no ſolo los Indios, quien ya ſe ſupone, que por
er barbaros, incultos, y de malas inclinaciones, havian
de darle mucho en que entender, ſino tambien aquellos,
que en aquellas partes les llaman gente de razon. Eſtos
uſaron tantas ſin razones, y lo mortificaron de manera,
dandole mucho que ſufrir, que llegó el Apoſtolico Padre
á aſſegurar, que eſtos havian ſido los que le havian oca-
ſionado la mayor pena, y el toleralos havia ſido entre

sus trabajos el mas grave. Y para que no causse admiracion era no solo porque assalariados, para que quedassen en l Mission mientras andaba el P. en sus escursiones, y apostó licas correrias, ellos maltrataban, y destruyan quanto havi afanado, y hecho con trabajo summo; sino tambien por que con sus escandalos, y malos exemplos pervertian los Neophitos, y hacian malograr el fin de todos los afa nes, y sudores, que le havia costado el que vivieran chri tianamente. Si sabia el Padre, que alguno de estos pade cia despues algun trabajo, ó se hallaba en alguna necessi dad, á ninguno assistia con mayor promptitud, que á aquel ninguno con mas franca mano llevaba el socorro, que ha via menester. Era esto tan sabido, y tan notorio, qu uno que havia sido de los que mas havian exercitado l paciencia, y ocasionadole graves mortificaciones, hallan dose despues muy necessitado, y en una summa pobre za, escribió al Padre una carta, y en ella le dice lo sign ente: *Veo mi Padre, que por lo que he dado que hacer á V. Re verencia, todo lo desmerezco; mas tambien se, que no puedo al gar titulo mayor, para que la grande charidad de V. Reveren cia me socorra.* Assi escribió aquel, y fue su alegato mu apropositō para mover el generoso, y charitativo cora zon del Padre, quien le embió un competente socorr

No obstante esta su tolerancia, como lo que pri cipalmente miraba, y atendia, era el bien de las alma si havia alguno que perjudicara à este notablemente, corregido, y avisado, perseverab a contumaz en su m vivir: assi cōmo el Apostol desseaba vér arrancados, separados de los fieles á los que los conturbaban, tambie

Padre Ugarte procuraba apartar estas piedras de escan-
alo, y separar en la heredad del Señor la zizaña del buen
igo. Mas aun quando era necessario despedir á alguno
e estos, y hacerlo salir de la California, entonces tam-
ien relucian los brillos de la charidad ardiente del Ve-
erable Padre; porque el despedirlo lo hacia con tal mo-
o, que no iba infamado el despedido; porque valiendo-
e de algun honrado pretexto, no tomaba en boca sus de-
ictos; si algo debia á la Mission, le remitia la deuda, y si
ra esta en el almazen del Presidio, se hacia cargo de pa-
garla, y le daba lo necessario para el camino.

Entre estos huvo uno, cuyos enormes delictos, y
naldades lo havian desterrado á Californias, y haviendo
ecivido grandes beneficios del Padre, alvorotó la tier-
a, y le machinó la muerte; pero por lo mismo se esmeró
despues el Padre en hacerle bien, y favorecerlo en todo,
hasta hacerlo mudar de genio, y de costumbres. A algu-
nos soldados, que no eran buenos para el Presidio, y en
las demás Missiones los desechaban, los llevaba á la su-
ya, donde con su afabilidad, y amable trato, los trocaba
en otros, siendo su charidad benigna, y paciente por ex-
tremo. A los soldados, y marineros desterrados trataba
de tal suerte, que les ganaba las voluntades, y se hacia
dueño de sus corazones, curando las llagas de sus vicios,
y costumbres depravadas, con tal industria, que quedaban
aficionados al medico piadoso, que tan suavemente los
curaba, usando no de rigor, sino de amor; no de indig-
nacion, sino de sufrimiento. Con esto logró evitar en-
tre ellos muchos amancebamientos, y pleytos, discor-
dias, y malas voluntades, y otros desordenes. Pa-

Para todos era benigno, suave, y apacible, ni s
mansissimo corazon le permitia afligir à nadie, no sol
con obras, pero ni con palabras aspetas, y quando esta
ba enojado, ó tenia algun sentimiento de alguno, de
fogaba con otro su afliccion, con tales terminos, que n
daba á conocer à el culpado, ni declaraba el motivo de s
indignacion, ni duraba su enojo mas, que un breve rato
y aunque algunas veces, como se dixo, atemorizaba à lo
Indios con severas amenazas de rigorosos castigos, e
para ponerles miedo solamente, para que se enmenda
ran de sus yerros, y al fin paraba el enojo en regalarlos
Solia decir el Apostolico Padre, que con un tato de con
sideracion, que tuviera, no le seria facil afligir à el que l
huviera hecho la mayor injuria, ni con la mas ligera pa
labra. Y no hay que dudar que assi seria; pues no sol
disimulaba sus injurias, sino que se oponia á que otros to
massen satisfaccion de ellos, Tal vez los Indios abusan
do de su bondad, y fiados de su misma grande charidad
se propasaron á matarle muchas rezes, y hurtarle com
petente numero de bestias. Llegando á noticia del Ca
pitan este desafuero, quiso executar un exemplar castig
en los reos; pero sabiendolo el Padre Juan, con ruegos
y suplicas les alcanzó el perdon. En otras ocasiones, qu
los Indios por necessidad havian hurtado algunos gana
dos, no permitió, que los castigaran, pagando por ello
con los que tenia en su Mission.

Havia hecho suyo el oficio de Abogado de pobres
quando venia al Presidio las mas veces, tenia que inter
ceder con el Capitan, y perorar à favor de los soldados

otros que tenia presos. A uno, que finalmente apelo-aron por cierto enorme delicto, hasta lo ultimo lo de-ndió el Padre, esforzando todo lo possible su eloquen-a para librarlo de la muerte; pero no haviendolo conse-uido, derramando muchas lagrimas, le assistió con gran-e amor hasta lo ultimo. En el real mantenia familias nteras con lo que trabajaba, y aun los que suelen entrar el buzeo de las perlas hallaban asilo en el Padre; por-ue muchas veces venian desprevenidos de lo necessario ara su buzeo, fiados en la charidad, que havian ya expe-mentado, y no los engañaba su confianza; porque el Ve-erable Padre los ayudaba en todo. A todos favorecia, orque viviendo en charidad, estaba, y permanecia en quel Señor, que es un Sol refulgente, de cuyo ben efico alor no hay quien no participe. Todos participaban, y todos se extendian los ardores de la eximia charidad del Padre Juan de Ugarte.

CAPITULO XXI.

De otros admirables exemplos de la charidad del Venerable Padre.

AUNQUE TODOS, COMO SE HA DICHO, experimentaban su grande, y heroyca charidad, se puede decir, que los primores todos de esta divina virtud los reservó el Padre Juan para exercitarlos con sus her-manos. Mientras vivió en los Colegios, era el asilo, y el consuelo de todos, ayudandolos, y aliviandolos en todo

quanto pōdía. Despues en las Missiones trabajó, y
afanó para que los otros tuvieran menos que trabajar. S
Mission, como ya se ha dicho, fue la fuente de donde to
das las otras se proveian de quanto necessitaban, e
ella tenian todos los otros Missioneros todo quanto qu
rian, y no es esto lo mas, todavia es mas admirable, y pr
moroso el modo que tenia de socorrer, y acudir en su
necessidades á los Padres. De esto se hará mejor concep
to con las mismas formales palabras con que uno de ell
lo refiere. La charidad universal del Padre Ugarte, e
mas admirable por el modo con que socorria, pues n
solo quitaba la verguenza, ó empacho natural, que mu
chos tienen en pedir, socorriendo antes, que pidiesse
sino que el socorro iba, como que nada en ello hicies
ó como, que fuesse cosa, que por estár muy sobrada h
via poco que agradecer, siendo en realidad lo contrari
pues se lo quitaba de la boca para darlo. Por esta gran
charidad con todos, con razon tenia por anthonomas
el titulo de nuestro Apostol. Hasta aqui las clausulas
el referido Padre, y es buena prueba de ser muy cierto,
que assegura en ellas, lo que en su lugar diximos, q
executaba el Padre Ugarte siendo Rector del Colegio
San Gregorio, que sin tener sus subditos el bochorno
pedir, ni passar por el rubor de insinuar sus necessidade
tenian prompto el socorro de ellas.

Desde aquel tiempo tomó gustoso el Padre el
cio de Procurador de las Missiones, y Missioneros
Californias, y se puede decir, que continuó en él toda
vida, teniendose por obligado à servirlos á todos, y p
ni

endo su gusto en contentarlos, no perdonando á cosa ue pudiera ceder en su obsequio. Muchos casos pudien alegarse para prueba de esto, que por uniformes se miten; pero no es razon omitir lo que en cierta ocasion cedió, en que dió el Padre una prueba real de los pri. ores, y subidos realzes de su fraterna charidad. Estaba n dia arrancando piedras, y trasponiendo tierra para mbrar un poco de maiz con que aliviar su pobreza, tenia ara este efecto solamente una barra, que haciendola assar de mano en mano, conseguia á fuerza de la indus. ia el intento. Estando actualmente en esta faena, lle. ó un mensajero con recado de otro Padre Missionero, ue sin saber lo que passaba embiaba á decir à el Padre Juan, que le hiciera el gusto de prestarle la barra. Lo mismo fue oir el recado, que alzar mano de la obra, y ntregando la barra al mensajero, despachó la gente que e acompañaba en el trabajo.

Pero no es mucho, que con tanta promptitud, y presteza se deshiciesse por obsequio de un hermano su. yo, de una alhaja, que aunque de poca monta, era en las circunstancias muy apreciable, si sabia en cosas de mayor entidad mostrar la fineza de su fraterna charidad. Assi se vió quando con animo generoso cedió à otro Padre el Pueblo de San Miguel, en que havia trabajado inmensa. mente, y es el paraje donde cogia abundantes fructos pa. ra sus Indios, y para toda la California, y esta cesion fue sin reservar el Padre para si cosa alguna de dicho Pueblo, del qual passó á vivir al de San Pablo, donde fueron no pocas las necessidades, que pâdeció por haverse secado

la

la saca de la agua. Despues de haver vivido el refatid
Padre algunos años en dicho Pueblo de San Miguel, yen
do á fundar la Mission de la Purissima Concepcion, l
dió el Padre Ugarte permiso de llevarse todo quanto ha
via en el Pueblo de S. Miguel, sin reservarle cosa algun

Estas nobles, y charitativas acciones experimen
taban á cada passo en el Padre Ugarte todos los Padre
Missioneros. Uno de ellos tratando en su informe de l
que otros experimentaron, añade. Y que diré yo qu
le debì tanto á su extremada charidad, que propassó lo
limites este Venerable Varon, hijo verdadero de nuest
Padre Sao Ignacio, que manda amemos con especi
amor á los estrangeros? Apenas llegué á las Californi
se portó conmigo como una amorosissima Madre con
tierno hijo. Además de los extremos en mi recibimie
to, que fueron muchos, me puso en la Mission, que y
desseaba, vino el mismo en persona, y me dió un todo p
ra mi sustento, socorriome en todas mis necessidades, co
solandome, aconsejandome, y prometiendome su mi
ma Mission porque me quedasse en Californias, y qua
do yo alcanzé licencia de volver á la Provincia, se afligi
en gran manera.

Otro Padre Missionero enfermó de una herni
que contraxo en los continuos viajes á pie en beneficio d
las almas, combidólo el Padre Ugarte á su Mission, y tr
xolo á ella, sirviendolo alli, y cuydandolo con estremad
charidad, y amor. Y siendo assi, que su casa, como d
ximos, era el refugio de los marineros, y soldados, qu
acudian à ella en sus enfermedades, mucho mas bien
ni

ian acojida los Padres, y eran recibidos con mueſtras de ingular cariño, y complacencia; por eſſo en enfermando olian venirſe con el Padre Ugarte. A el acudian en las udas, y caſos arduos, que ſolian ofrecerſe, y las reſolvia on grande peſo de razones, exemplos, y authoridades.

Siendo Superior ſe portó con ſus ſubditos como enigniſſimo Padre. Ya ſe vió ſiendo Miniſtro de San edro, y San Pablo, que qualquiera correccion, ó aviſo, ue à alguno le daba, le coſtaba muchas oraciones, y Miſas; porque quanto reſalaba afligir, ó mortificar à alguno, anto deſſeaba ſervir, y contentar á todos. El tiempo, que o fue en las Miſſiones, mas parecia humilde ſubdito, y un rendido eſclavo de todos, que Superior; pues eſtaba iempre muy prompto para el conſuelo del que eſtaba fligido, para el ſocorro del neceſſitado, y ſiempre diſpueſto para ſervir à todos, y á cada uno en quanto ſe les ofrecia. Por ſus maximas, y dictamenes ſe puede conocer ſu charitativo govierno. Un Padre Miſſionero, que le acompañó muchos años, dice: le oì repetidas veces eſte dictamen: *Volo magis rationem reddere de miſericordia, quam de juſticia.* Quiero mas dar quenta à Dios de haverme excedido antes en la miſericordia, que en la juſticia. Eſto le perſuadia ſu piadoſo corazon, y eſto practicaba con grande utilidad, y provecho de ſus ſubditos, que experimentando paternales entrañas en ſu Superior, procuraban no diſgutarlo, y ajuſtarſe á ſus obligaciones; porque en los racionales lo que no conſigue la ſuave violencia del amor, es dificil que lo conſiga la ſeveridad del rigor, y eſte ſuave modo de governar es proprio del eſpiri-

tu de la Compañia, heredado de su gran Patriarcha, en quien reconocieron siempre sus subditos un Padre amabi lissimo.

El mismo sugeto, arriba citado, añade hablando de las maximas de govierno del Padre Ugarte. Quand la obediencia me mandó ir de Superior al Sur, me dix el Padre Juan: Vaya V. Reverencia, puesto que se lo man dan, sea Superior, y si le mandan que sea Papa, sealo; pe ro si quiere ser Superior como los quiere nuestro Sant Padre, se ha de dexar amarrar, y aparejar. Nunca mit V. Reverencia las faltas con relacion à las personas par agravarlas. Estos desiertos están despidiendo à los hom bres: *Non addamus afflictionem afflicto.* Assi pensaba, discurria el Apostolico Padre á favor de los subditos, p ra quienes su afabilidad era un imán, que les robaba l corazones. Siempre defendia á los sugetos, y peroral en su favor con grande eloquencia, todas las veces, qu se ofrecia. Estando todavia en Mexico deshizo una gra de calumnia, que ante el Señor Virrey se havia tramad contra los Padres Missioneros. Trataba dicho Señor co grande familiaridad, y confianza à el Padre Ugarte, qui valiendose de ella, hizo à su Excelencia evidente la ve dad, con lo qual satisfecho mudó el concepto, que dichos Padres Missioneros havia formado.

Tratabasse en cierta ocasion de una falta gra de un sugeto recien entrado en las Missiones de Zi loa, en circunstancias que para buscar, y conducir gan do à Californias, passó allá el Padre Juan de Ugar quien reconoció, que desedificados los sugetos, y el Sup ri

or, corria mucho riesgo el sugeto de padecer mucho, y
n de ser despedido de la Compañia, si los informes
an á el Padre Provincial con la acrimonia con que se
ataba en la consulta, que hicieron alli los Padres sobre
punto. Esforzó el Venerable Padre su charitativa elo-
uencia à favor del delinquente, y peroró por el con
rande energia. Mis Padres, dixo à los demás sugetos,
ste pobre hombre entró en la Religion por quitarse de
os peligros, y riesgos del siglo, lo han embiado, con po-
o gusto suyo, à los mismos, y aun á mayores riesgos, en-
e innumerables ocasiones, que sin irlas á buscar, se en-
ran por las puertas, no es mucho, ni debemos maravi-
larnos de que en tales circunstancias haya caìdo en algun
defecto; pongan á este pobre sugeto en el recogimiento,
y regular distribucion de algun Colegio, y se logrará
con edificacion. Estas, y otras cosas llenas de amor, y
charidad dixo el Padre, y con ellas quietó á los demás su-
getos, que quedaron satisfechos del todo con tan chari-
tativo alegato, y escribiendo uno de dichos Padres á otro,
que se hallaba distante, le decia: nos hallabamos en grande
perplexidad, y cuydado sobre lo que se debia resolver; pero
el Angel del P. Ugarte allanó las dificultades. Y es cierto,
que á no haverlas allanado el P. se huviera malogrado, y
perdido el sugeto, el qual reconociendo su falta la enmen-
dó, y corrigió, y se logró despues, sirviendo con credito
à la Religion. A el modo de este sucedieron otros varios
casos en la Provincia, en tiempo que por ser el Padre
Ugarte Ministro en los Colegios, assistia á las consultas,
siempre en ellas peroraba á favor de los que havian en

algo

algo delinquido, ſolicitando, y perſuadiendo á que ſe pr
baſſen con ellos todos los medios de dulzura, y ſuavida
antes de uſar de rigor, queriendo como Medico piad
ſo, que ſe aplicaran todos los remedios, lenientes, ant
de llegar á los cauterios, y otros remedios aſperos.

CAPITULO XXII.

De ſu profunda humildad.

EL QUE DISPONE ALGUNA FABRIC
magnifica, dice San Gregorio, cuyda mucho de l
cimientos, y tanto mas profunda para hecharlos, quan
mas pretende, que ſe levante la ſumptuoſa machina d
edificio. Deſde ſus tiernos años diſpuſo el Apoſtolic
Padre Ugarte levantar en ſu eſpiritu la machina de la pe
feccion, y como aſpiraba á que eſta fuera ſublime, pr
curó ſiempre abatirſe á lo mas profundo de la humilda
Los eſmeros, que perpetuamente tuvo en exercitar eſ
virtud, ſu vida toda lo teſtifica; pues en toda ella dió gra
des exemplos, y ſe puede decir, que toda fue exempl
de humildad; pues aunque en todas las virtudes ſe ſeñ
ló, eſta con eſpecialidad ſe hacia en él mas reparabl
Y es, que ſiendo grande en todo, y por eſſo acreedor
las primeras eſtimaciones, y aplauſos, ſe hacia digno d
reparo, y admiracion, que ſiempre buſcara ſu propria h
millacion, y abatimiento. A el miſmo paſſo, que lo ſe
guian las honras, y los empleos luſtroſos, anhelaba p
ocultarſe, y por exercitar los miniſterios mas vajos,
hu

umildes. Desde que dió principio á sus estudios descu-
rió los fondos de su brillante ingenio, manifestó el con-
unto raro de singulares prendas, y escogidos talentos, de
ue estaba adornado, y por esso empezaron sus acla ma-
iones, y aplausos desde entonces; pero estuvo tan lexos
e desvanecerse, que antes se confundia, y como si nada
upiera, y solo fuera capaz para las cosas mas mecanicas,
ssi se ocupaba en ellas. Ya lo vimos en el Real Colegio
e San Ildefonso ocupado en cuydar la dispensa, en ir per-
onalmente á la plaza á comprar las verduras, y en exer-
itar los demás oficios proprios de los sirvientes. Luego
ue recibió los Sacros ordenes, y pudo exercitar los mi-
isterios de la Compañia, puso todo su esmero en exerci-
arlos con los mas humildes, y pobres. En la bajeza de
os hospitales, y carceles estaba bien hallado, y hay eran
as visitas de su gusto, al passo que le desagradaba la al-
ura de los Palacios, y casas opulentas, á que solo iba
ompelido de alguna necessidad urgente. Uno de los
Señores Virreyes de esta Nueva-España tuvo extraordi-
ario afecto á el Padre, y estaba con razon prendado de
u persona, apreciaba su literatura, y hacia mucha quenta
le sus acertadas resoluciones; por esso desseaba su Exce-
encia tener consigo á el Padre muchas veces, y lograr
u buena, y discreta conversacion, y no solo le insinuó su
gusto, sino que llegó á pedirle expressamente, que no se
escaseara, sino que se dexara vér, á lo qual, no solo se es-
cusó el Padre, segun en otra parte se dixo, con sus mu-
chas ocupaciones, sino que con toda claridad le llegó á
decir: Señor, yo no gusto de Palacio, ni fiisan con mi ge-

nio sus cosas, y assi V. Excelencia me perdone, que no puedo frequentarlo.

Por el contrario, frisaba mucho con su genio humilde el arar, sembrar, regar, hacer oficio de albañil, de carpintero, sastre, y zapatero, y aun el de cargador, como lo hizo quando conduxo las maderas para sus Iglesias y para la construccion de la balandra, hasta llegar, como se dixo, á uncirse con un Indio para hacer en su compañia lo que havia de hacer una yunta de bueyes. Era, como se ha dicho, el Padre el general refugio en las dudas y casos arduos, que ocurrian en todas las Missiones, y sieudo assi, que resolvia con mucho acierto, y siempre eran muy bien fundadas sus resoluciones, en ellas mostraba tan despego, y desapropriacion del proprio juycio, que de ordinario concluía diciendo, que no siguierán su consejo porque tenia talento especial de hecharlo á perder todo. En algunos ordenes, y disposiciones, que halló necessarias para lo venidero el Padre Visitador, juzgó conveniente el dar á entender, que salian del maduro juycio del Padre Ugarte, quien de ningun modo quiso passar por ello, reusando mucho, y repugnando el que otros se gobernaran por su juycio. Aun en cosas, que tenia por ciertas reusaba exponer su dictamen, porque no pareciera que queria oponerse á otros, ó preferirlos en algo. Por esta razon tuvo tanta pena las veces que lo hicieron Superior, que llegó à desahogar el corazon su angustia por los ojos, manifestando estos en avenida de lagrimas su sentimiento.

Pocos meses antes de llegar à aquellos payces

P

dre Visitador havian los Padres Missioneros del Nor-
, consultado á el Padre Ugarte sobre si convendria
ptizar *sub conditione* à muchos, que haviendose bapti-
do adultos, sin tener quando se baptizaron la competen-
instruccion, dudaban del valor del baptismo. Havia
spondido el Padre Ugarte con su acostumbrada benig-
idad, exponiendo su parecer; pero con el no se aquie-
aron aquellos Padres, ni depusieron su escrupulo, sino
ue con grande afan, y trabajo continuaron en la em-
ressa de informarse de los que havian sido, y proseguir
n la obra de baptizarlos. Luego que llegó el Padre Vi-
tador le escribieron cartas sobre la materia, las quales
uando recibió, confirió el punto con el Padre Ugarte,
uien sobre haver leido los Authores, y discurrido mu-
ho sobre el caso, tenia tan bien fundado su parecer, apo-
ado con tan solidas, y tan bien digeridas razones, que
o dexaba razon de dudar en lo que se debia seguir. En-
onces dicho Padre Visitador preguntó à el Padre Juan,
que motivo havia tenido para no decir resueltamente à
aquellos Padres lo que debian hacer, à lo qual se escusó
diciendo, que podria parecer presumpcion el querer, que
prevaleciesse su juycio. Tan poco pagado, como esto,
estaba de el, y assi siempre lo sometia al ageno.

Pero si alguna vez le pedia alguno consejo, y con
su grande comprehension, y largas experiencias, hallaba
ser necessario, ó conveniente el darlo, ó informar á algu-
no de lo que havia de executar en algunos casos, que por
repentinos no suele haver oportunidad de consultarlos,
entonces en su divertida, y muy discreta conversacion, en-
tre-

tretegia lo que le havia acaecido en casos semejantes, de
claraba en lo que havia errado, decia el modo con qu
pudiera haverlo hecho mejor. Con esso sin detriment
alguno, ó menoscabo de su profunda humildad; antes co
medras de ella, sin dar à las claras el consejo, decia su
proprias faltas, y dexaba instruido á el que necessitaba d
direccion.

Grande fue siempre el cuydado que tuvo el Padr
en ocultar sus eximias virtudes. Un Padre, que lo trat
por mucho tiempo, diciendo en su informe cosas admi
rables, y prodigiosas, añade lo siguiente. Poco sé, de l
mucho, que hay de edificacion de nuestro Atlante Cali
fornio el Venerable P. Juan de Ugarte; porque aunqu
es verdad, que le traté por tantos años con inmediacion
como el Venerable Padre era tan humilde, y recatado
en lo que se podia descubrir de su virtud, todo el estudi
ponia en deslumbrarme, ya con su conversacion diverti
da, ya con su trato urbano, y cavalleroso, ya con otra
industrias, todo por su humildad me lo ocultaba. Hast
aqui dicho informe. Y si á los que tan de cerca lo obser
vaban tanto les ocultaba sus virtudes, como las ocultari
á los que estaban remotos? Y de quantos exemplos he
roycos de ellas nos defraudarian los desiertos, y soleda
des en que andaba sin testigo de sus acciones, empleado
con passos apostolicos en glorioſas empressas?

Mas por el mismo caso, que puso tanto estudio en
ocultar sus virtudes, hizo que sobresalieran mas, y res
plandeciera con mayor lustre su profunda humildad, que
es un tanto monta de todas ellas. Advirtió esto el Vene
rable

ble Padre, y assi hasta la misma humildad trató de ocul-
r con otra humildad reflexa. Un Padre, que tuvo por
Compañero en la Mission todo el tiempo, que tuvo el
rgo de Visitador en aquellas Missiones, y lo trató bas-
nte, dice: fingia positivamente el Padre Ugarte en lo
terior con su genio urbano, y afable à lo noble, para
slumbrar la humildad, que manifestaban sus obras.
rataba con los inferiores con la afabilidad, y llaneza,
ue pudiera con el mas humilde hermano. Servia per-
nalmente á todos, hecho gañán en el campo, al sol, al
io, con un azadón, y una barra, como el mas humilde
eon, roto, lleno de polvo, y tierra, entre los Indios pa-
sembrar, y tener que dar á todos. Hasta aqui dicho
adre. A todos los miraba el Padre Ugarte como à Su-
eriores, y assi los trataba con tal cortesia, y tan grande
spe&to, que los confundia, y como era tan atento, que-
a, que aquel genero de trato, que les daba, se imputasse
cortesia, ó se tuviesse por urbanidad; pero por el mis-
no empeño, que en esto ponia, se hechaba de vér me-
or, que era efecto proprio de una humildad grande. Por
onseguir el fin de que no lo tuvieran por humilde, si al-
uno lo alababa, no negaba el hecho, ó la cosa, que daba
nateria á su elogio; pero entonces, ó bien disminuya, y
pocaba el hecho, dando á entender, que no havia sido á
osta de tanto trabajo, como se pensaba; ó bien exage-
aba la urgente necessidad, que havia compelido á hacer-
o, ó si no con algun donaire, ó agudeza convertia la ala-
anza en vituperio proprio.

Pero lo mas admirable es, que teniendo el Vene-

rable Padre esta virtud con todos los realzes, se tenia po
sobervio, tanto, que refiriendo á otro Padre los muchos,
peligrosos lances en que se havia visto, y havian estad
los Indios para quitarle la vida, dixo: Yo no atribuyo
otra cosa el no haver logrado la fortuna de morir po
Christo, sino á mi grande soberania. Segun el contex
de la conversacion llamaba sobervia la heroyca resolu
cion justamente de todos aplaudida, y el voto, que hiz
de quedarse en la California, aunque los otros desampara
ran la conquista, y perseverar alli hasta morir, entendier
do en el bien, y provecho de aquella infeliz gentilidad
Assi sus virtudes, aun del mismo Venerable Padre, era
desconocidas, y la mayor heroycidad la miraba como a
tivez.

Mas, aunque era tan humilde, no sirvió de esforz
su humildad á la magnanimidad de su corazon, y á los a
tos generosos pensamientos, que concebia, y nobilissim
respectos con que se portaba, mirando siempre la m
yor honra, y gloria del Señor, dilatacion de la christia
dad, y provecho de las almas; antes bien se puede deci
que su misma humildad fue el principal fundamento
las arduas empressas, que acometió, y de las obras adm
rables, que hizo; porque si nada hay dificil á los hum
des, ni aspera á los mansos, como dice San Leon Pap
alegado de nuestro Santo Padre en la marabillosa ca
de la obediencia, siendo el Padre Ugarte tan humilde
le facilitaba todo de tal suerte, que era comun decir
todos, como ya diximos, que nada le era impossible.
es que quanto su humildad le quitaba de confianza en

optio, y en los medios humanos, tanto le añadia de confianza en Dios, quien con especialidad lo ayudaba para que saliera felizmente con todo quanto intentaba.

Tampoco su humildad perjudicó á la fortaleza, y entereza quando era conveniente usarla contra los que perjudicaban, ó se oponian á los progressos de la christiandad, ó era necessario mostrarla para mirar por el credito, y buen nombre de la Compañia, que miró siempre como à estimadissima Madre, teniendo en estas cosas por exemplar á aquel Señor, que si bien se los propuso como dechado, y norma de mansedumbre, y humildad de corazon, acordandose, que de el estaba escrito *zelus domus tuæ comedit me*, revestido de severidad, y lleno de santa indignacion hechó del templo á los que iniquamente lo profanaban; assi el Padre Ugarte zelaba el honor, y el respecto, que á la casa de Dios debe guardarse. Por defender la inmunidad Eclesiastica excomulgó publicamente una vez al Capitan, y quando convenia para la gloria del Señor con una voz solamente sabia aterrar à muchos, como se vió en algunas de las ocasiones, que quisieron los Indios matarlo.

Ni era menor su entereza para defender el credito de la Religion. Siendo Virrey de la Nueva España el Excelentissimo Señor Marquez de Valero, mal informado su Excelencia le escribió una carta, en que daba á entender no havian satisfecho los Padres de Californias à la confianza, que se havia hecho de sus Reverencias, en orden al descubrimiento de algun puerto, proporcionado para escala del navio de Philipinas, la qual empressa, co-

mo

mo se dixo, siguió el Padre por tierra; pero dicho Señor Virrey se havia imaginado, que podria haverse hecho por mar en una balandra, que se compró de quenta de Rey nuestro Señor, y se perdió aun antes de haverse pagado su importe. Respondió el Padre Ugarte à el Señor Marquez de Valero con tal resolucion, y entereza, que solo un hombre santo, que no mira respectos humanos, mas quando intervienen los divinos, pudiera escribir à un Señor Virrey de aquella suerte. En su carta respuesta, dice, que no solo en la balandra, sino en qualquiera valsa, ó canoa de los Indios supiera cumplir, y satisfacer à la palabra, si la huviera, y estribara en esso el credito, y buen nombre de su Religion, por la fidelidad de la palabra, que suponia su Excelencia, y no havia, y no haviendola no juzgaba servicio de Dios, ni del Rey hecharse à perecer à el mar. A el tenor de esto decia otras cosas la carta, aunque sin faltar un apice al decóro, y respecto con que se debe escribir á un Principe, y es prueba de ello que con toda su eficacia, y entereza no exasperó à aquel Señor; antes bien reconociendo la razon, y verdad con que el Padre le escribia, volvió á escribirle otra carta muy atenta, y politica, dandose por muy satisfecho, y haciendo muchas expressiones de afecto, y benevolencia.

CAPITULO XXIII.

De la extremada pobreza del Venerable Padre.

LEGITIMA HERMANA DE LA VERDADE-
ra humildad de corazon es la pobreza de espiritu;
ues el humilde verdadero despreciandose â sí proprio,
e juzga indigno de todo alivio, comodidad, y regalo.
ióse esto á la letra en el Venerable Padre Ugarte, que
batido en lo profundo del conocimiento proprio, y te-
iendose por nada, al passo que desvelado siempre afana-
a porque todos los otros tuvieran las comodidades pos-
ibles, y los alivios de que son capaces los incultos para-
nos de Californias, vivia tan descuydado de si proprio,
omo si su persona fuera la del mas desconocido, y estra-
io. Bastaba para prueba de su grande, y extremada po-
reza de espiritu, decir el porte, que consigo tuvo en las
Missiones, donde ya se dixo qual era su vestido, su cama,
y su sustento.

En el tiempo que vivió en los Colegios pudiera haver
estado abastecido de todo, y logrado abundancia de aque-
las tales quales cosas, que puede apetecer un Religioso,
in perjuycio de su estado. Tenia en Mexico muchas
ersonas de la mas alta gerarchia, que lo estimaban, y
que se havrian tenido por dichosos, en que desfrutara su ge-
nerosidad, como se lo insinuaron muchos; entre estos
fue uno el Excelentissimo Señor Virrey, Conde de Moc-
tezuma, quien tuvo singularissima estimacion del Padre,

y apreciaba como oraculos sus dictamenes; pero por mas que este Señor, y otros le instaron, jamás quiso desfrutar sus favores, manteniendose constante, y firme en el generoso desprecio de todos los bienes mundanos, y bien hallado en su pobreza, que era grande, aun entonces Siendo Maestro de Philosophia, uno de sus discipulos Jesuitas fiado en el paternal amor, y cariño, que à todos les mostraba, pidiole un dia le diesse unas tablillas de chocolate, porque no lo tenia para desayunarse. El Venerable Padre entonces fixó los ojos en su discipulo con tanta ternura, que se asomaban á ellos las lagrimas, y despues de algun rato, lleno de rubór, y verguenza su rostro, le dixò: ha dos dias, que yo no me desayuno por no tener chocolate; pero de aqui á tres dias nos darán el que da el Colegio al principio del mes, y haciendo luego reflexion añadió; pero me dirá mi hermano, que en essos tres dias le es preciso desayunarse, y dirá bien; pero aguarde me que yo iré à hacer diligencia, y luego sin tardanza saliendo de su aposento, passó à el de un Padre Maestro de Theologia, y le pidió socorro para aquella necessidad, el qual dió dicho Padre con religiosa generosidad, y vuelto el Padre Ugarte á su aposento puso en manos de su necessitado discipulo todo el chocolate, que havia trahido sin querer reservar para si nada dél, por mas ruegos, instancias, que para ello le hizo el discipulo, noticioso y de la necessidad en que quedaba, y era la misma, que el lo havia trahido. De este modo el Venerable Padre descuydaba de las necessidades proprias quando le afligian tanto, y atormentaban las agenas, y el que no tuvo

au

imo para vencer el natural bochorno de pedir para
ivio proprio, lo venció para socorrer à su hermano.

Dos Padres, que mas comunicaron con el Venera-
e Padre en las Missiones, hablando de la observancia
e los votos religiosos, afirman, que siempre repararon,
ue los observó en grado eminente. Y hablando uno de
los de la pobreza en particular, dice, que lo que en otros
era somma, era en el Padre conveniencia, y abundan-
a. Nada tenia que se pudiera llamar de su uso; pues re-
artida toda la limosna, lo que por otras partes le venia,
quanto à fuerza de sus trabajos rendia su Mission, todo
o daba, sin tener para si cosa segura. A uno daba sus sa-
anas, á otro su frezada, á otro la colcha; una que le em-
ió siendo Procurador de las Californias el Padre, que fue
espues allá de Visitador, la halló dividida en dos partes
n poder de dos Indios. Hasta la camisa parecia que la
enia prestada, y que cada enfermo como acreedor se la
obraba. Un Padre, que fue testigo, afirma haver visto
à los Indios enfermos cubiertos con la camisa del Padre.
La unica cosa, que se podia llamar de su uso, era la sotana.
Si esta la dió alguna vez, no se sabe; pero si consta, que
llegó á dar parte de ella. Estaba por contingencia un ofi-
cial del Presidio en la Iglesia, en ocasion que entró en
ella el Venerable Padre, y viendo, que un parbulo, que
havian trahido para enterrar estaba desnudo totalmente,
no reparando que havia testigo, se retiró à un rincón, y
cortando un buen pedazo de la sotana, cubrió con el á el
parbulo, y lo puso con alguna decencia para sepultar-
lo.

Quien

Quien de las cosas tan necessarias, y precisas el taba tan desapropriado, ya se dexa entender quanto aborreceria las cosas superfluas. Nunca tuvo alhaja alguna de primor, ó curiosidad, y si alguna vez no pudo escusarse de recibirlas, se deshacia de ellas, dandolas quanto antes, assi por el afecto grande, que tenia á la santa pobreza, que es el firme muro, que defiende, y guarda á la Religion, como por su natural generosidad, y liberal genio. Solo conservó por algun tiempo un reloxito, que le servia para regular las horas en el tiempo, que se recogia á hacer los exercicios de nuestro Santo Padre y muchas veces para conocer si era tiempo de celebrar quando era preciso hacerlo muy de madrugada. Esta alhaja tenia la recomendacion grande de haver servido al Apostolico Missionero, y grande siervo de Dios el Venerable Padre Juan Baptista Zapa, y aun esta recomendacion no le valió; porque ultimamente huvo de darlo el Padre Ugarte. Un Missionero, que solia algunas veces passar de su Mission á la del Padre, quando residia en el Pueblo de San Miguel, las veces, que iba, llevaba consigo una cucharilla para comer; porque el Padre Ugarte no tenia mas, que una sola, que por su mucha antiguedad, y uso frequente, estaba ya muy gastada; mas en haviendo huesped se incomodaba por cedersela, y assi aquel Padre enseñado ya de la experiencia, usaba la providencia de ir prevenido.

Mas aunque su ordinario trato era con tanta pobreza, como se ha dicho, esta se puede llamar abundancia, si se compara con la falta quasi total de lo necessario

ara mantener la vida, que experimentó à temporadas. Vez huvo, como en otra parte se dixo, que necessitó, pa- a entrar con decencia en el Presidio, pedir prestada à un oldado su capa; porque de sotana, solo havia quedado l cuello, con unos andrajos, ó girones colgando, y lo emás lo havia destruido el continuado afán de andar n tierras montuosas, en faenas con los Indios. En va- ias temporadas se vió reducido à mantenerse de frutas, raìzes silvestres; iba á coger mezcales con los Indios, y omo no conocia bien quales estaban sazonados, venia argado de muchos verdes, y muy amargos, y á el tiem- o de azarlos le daban vaya los Indios, diciendole: mira adre, que trahes mezcales verdes, que no sirven, esso o se come. Tambien por algun tiempo le sirvió, no so- o de desayuno, sino tambien de comida, cena, y unico imento la leche de unas pocas cabras, que tenia, y no e atrebia á matar alguna para comer la carne; porque iendo muy pocas las que havia, se rezelaba, que aun la eche havia de faltarle. Pero lo mas raro, y admirable e esta pobreza summa, era lo alegre, y bien hallado, ue estaba con ella el Padre, contentandose aun con me- os de aquello, con que decia el Apostol, que se conten- aba, pudiendo con toda verdad decir á nuestro Señor, que todo lo havia dexado, y abandonado por seguir à su divina Magestad.

CAPITULO XXIV.

De la Castidad angelica del Venerable Padre.

EL NOBILISSIMO EXEMPLAR, QU
para la imitacion en esta materia nos propone nue
tro esclarecido Padre San Ignacio, es la pureza de aque
los soberanos espiritus, que por estár exemptos de la pe
sadez de la carne, no son capaces de que padezca me
noscabo su candór. Ajustóse todo lo possible à esta no
ma el Venerable Padre Ugarte, siendo un Angel en l
pureza, sin otra diferencia, que aquella glorioſa, y hon
rifica, que entre los hombres castos, y los Angeles rec
noce San Bernardo, Epist. 42. *Differunt quidem inter*
homo pudicus, & Angelus; sed felicitate, non virtute. Se
& si illius castitas felicior; hujus tamen fortior esse cognoscitu
El hombre casto difiere del Angel; porque lo que este lo
gra por felicidad de su naturaleza, lo posee aquel á esfu
erzos de su virtud, y aunque sea mas feliz en su pureza,
hombre en ella hace alarde de fortaleza heroyca.

Esto verificó á la letra el Venerable Padre Ugart
en quien la azuzena candida de la pureza, se hizo m
admirable, y descolló mas ayrosa entre crueles espinas c
contradicciones, esparciendo suave fragrancia entre hur
canes, y torbellinos de casos muy adversos. Fué siempr
por extremo recatado en el trato con las mugeres, nun
ca las miraba al rostro, sino con los ojos fixos en el suel
las palabras que les hablaba eran pocas, y muy medida

esto aun con las Indias. Efecto era de su recato lo que
isgustaba de visitas, el tiempo que vivió en los Cole-
ios, y con todo esso se vió en lances bien peligrosos. En
no se halló, en que fue bien necessaria toda su honestis-
ma discrecion, y prudencia para impedir una grande
ota, que huviera desdorado quizá al Padre, y podia ce-
ler en desdoro del comun. Fue señalado de la Obedi-
ncia el Padre Ugarte para salir acompañando à un Pa-
re, que visitó á una Señora, la qual se aficionó mucho
el Padre Juan, y quedó grandemente prendada de su
nodestia, compostura, y discrecion. Volvieron â su Co-
egio los Padres, y volviendo à la noche à su casa el Ca-
allero Esposo de la Señora, dixo esta muchas alabanzas
el Padre, que aquella tarde havia ido de Compañero, y
manifestó los grandes desseos, que se le havian excitado
de que aquel Padre frequentara su casa. El Caballero,
que lo era muy principal, y de mucha distincion, pre-
ciandose de honrado, al passo, que picaba en zeloso, sos-
pechó (segun lo declaró despues) que alli havia algo me-
nos decente ofensivo á su persona, y pudonór, pero sin
dar á entender sus sospechas; por sacar mas bien en lim-
pio la verdad, y salir de dudas, fingió tener altissima es-
timacion del Padre, y estár affimismo pagado de sus pren-
das, y amable genio, por lo que tambien apetecia tenerlo
en su casa con frequencia. Fue luego al dia siguiente al
Colegio, con astuta politica en busca del Padre, á quien
con estrañas demostraciones de especial cariño, le suplí-
có encarecidamente, que se dignara de frequentar su ca-
sa. Escusóse cortesanamente el Padre, con el grave peso

de

de sus muchas ocupaciones, que le dexaban poco tiemp
para poderlo hacer. Repitió visitas el Caballero, y en un
de estas le dixo, con la discrecion, ó por mejor decir, co
la malicia, y artificio, que tales personas acostumbra
Mi Esposa está muy quexosa; porque despues de suplica
selo tantas veces à V. Reverencia, no ha querido hon
rar, y favorecer con su presencia aquella casa tan suya
Entonces con mas resolucion el Padre, reproduxo la e
cusa de sus ocupaciones, y añadió: yo Señor mio, no gu
to de visitas, y mucho menos de Señoras mugeres. Aq
fue donde se quitó lá mascara de su politica simulacio
el Caballero, desengañado con pruebas tan repetidas,
mudando el semblante mentidamente risueño, y afable
en maduramente grave, y compuesto, dixo con grand
ponderacion de palabras. Yo digo bien que estos Padre
son grandes hombres, que nos enseñan à nuestros hijos,
nos dexan nuestras mugeres. Con esto se despidió satis
fecho de la inocencia, y pureza del Padre, quien supo
aun sin haver entendido los ardides de aquel falaz politi
co, defender su pundonór, y exaltar el buen nombre d
nuestra Madre la Compañia.

Otro caso le sucedió tambien en Mexico, en qu
dió bien á conocer su extremado recato, y como lo aso
raba qualquiera accion, que pudiera, aun muy ligeramen
te, empañar el lustre de su angelical pureza. Importu
nado muchas veces de una persona, á quien se debia todo
respecto, fue á visitar â una Señora de la mas alta gerar
chia; esta por dar muestras del aprecio, y estimacion, que
hacia de la visita, hizo con el Padre una de aquellas de
mostra

nostraciones, que se les da el nombre de favores, ó cari-
ios. El Padre aunque conoció, que la persona, por su
rande calidad no era capaz de propassarse á cosa, que no
uesse muy decente, y mas quando estaba presente su Es-
oso, con todo mesurandose, con semblante grave, y se-
ero le dixo: Señora, parece, que no sabe quien es el Pa-
re Ugarte. Siendo esto tanto mas admirable, quanto
l Padre era por sus buenas obligaciones, y honrada cri-
nza tan atento, queriendo antes faltar á la naturaleza,
ue padecer el mas lijero menoscabo, ó ajar el nevado
andór de su pureza. Con otra Señora, que hizo otro
anto, no solo le habló con facudimiento, sino que jamas
olvió á visitarla, y con la primera huviera hecho lo mis-
no, si no lo huviera compelido el ser necessario hacerlo
ara util de las Californias, de que era entonces Procu-
ador.

Despues de ido allá se vió en lances sumamente
pretados, y peligrosos, en linea de honestidad; porque
mbidioso el Principe de las tinieblas, de que armado
on la Cruz del Señor, con que su Magestad lo hechó
uera del mundo, que tenia tyranizado, venia tambien
arrojarlo de alli, donde estaba en pacifica possession de
an dilatada gentilidad, procuró con todas sus diabolicas
rtes hacerle hechar alguna mancha en la pureza; ya que
no havia podido conseguir acobardar su magnanimidad
en tantos alborotos de los Indios, que lo intentaron ma-
tar, en tantos riesgos como se le ofrecieron, en que estu-
vo proximo à perder la vida, puso su esfuerzo todo, y su
conato en derribarlo, valiendose para ello de la grandis-

sima libertad de las Indias. Estando aun todavia en e
Presidio de Loreto, le llamaron con el pretexto de vér,
confessar á una, que decian estár enferma. Fue luego alla
el Padre, y topó à la que le decian enferma, que lo estab
realmente en el alma, aunque muy sana en el cuerpo; er
una mozuela muy aderezada, y pintada segun la usanz
de aquella gente, la qual esperaba â el Padre para desa
hogar su loca passion; mas el Padre luego se acogió á e
partido, en que ciertamente se assegura, y consigue la vic
toria en las lides de honestidad, sin poner los ojos e
aquella siempre alagueña, tomó la fuga con notable acce
leracion, y salió victorioso de aquel riesgo.

No fue menor en el que se vió otra vez en el Pue
blo de San Xavier, dormia bien descuydado una noche
y entrandosele una India Joven le dispertó, y comenz
á provocarlo â la maldad; pero el Padre con grande fe
vor, y con una reprehension muy aspera apartó de si aque
demonio tentador, y del modo que pudo cerró la pue
ta porque no se repitiera el assalto. Otro le dieron e
otra ocasion los ministros de satanás, quien no reserva
do tiempo, ni lugar para assaltarnos, y contradecirnos
hace, que lo mismo executen los que son en el mund
sus parciales. Acostumbraba el Venerable Padre despues
que ya todos se havian entregado à la quietud del sueño
recogerse à la Iglesia à oracion, y otros exercicios d
piedad. En una de estas ocasiones al entrar sin luz hazi
el Altar, donde para orar se arrodillaba, tropezó con u
vulto, y sin saber lo que fuesse, dixo: quien está hay? Y
soy, respondió una Indizuela, que los Indios maliciosa
mer

eñte havian introducido para que lo incitara á el mal,
chóla el Padre reprehendiendo su depravada audacia,
on mayor conato, fervor, y eficacia se aplicó aquella
oche a la oracion, como que sabia muy bien, que esta
una de las armas poderosas, con que este genero de
emonios se ahuyenta.

Mas por haver ahuyentado à este, no se libró de
ue le acometiessen otros. Un Indio gentil, tenido por
incipal entre los de la playa del Sur, vino á el Pueblo
e Santa Rosalia á visitar á el Padre, quien como con to-
a suerte de personas era benigno, afable, y apacible, re-
bió á su huesped con demostraciones de amor, lo regaló
on aquellas cosillas, que ellos aprecian, y lo agazajó
uanto pudo, procurando con esto ganarle la voluntad,
con ella la alma para Dios. El Indio en medio de ser
arbaro reconoció el beneficio, y quedó muy agradeci-
o, y alegre se volvió á su territorio. Y como la usanza
e esta ciega gente quando quieren regraciar algun bien
ficio, que con ellos se ha hecho, ó agradecer algun fa-
or, es ofrecer la muger propria, la hija, ó la hermana,
legado el Indio à su rancheria, embió á el Padre á una
ozuela hermana suya; luego que esta llegó dixo algu-
as palabras, que no le pudo entender el Padre, quien se
ersuadió, que venia para ser cathequizada, y enseñada,
y baptizarse, dixo entonces á los Indios, que llaman Te-
maztianc, que son los Maestros, que enseñan à los niños,
y á los demás la doctrina christiana, que comenzaran con
aquella muchacha á rezar, y se quedó à la vista, aunque
algo retirado; empezó el Maestro á formar la señal de

la

la santa Cruz; mas á poco rato la enseñanza se convirtió en farza, y risa. Como el Padre estaba observando lo que passaba reprehendió á los Indios, y ellos volvieron de nuevo á formar la señal de la Cruz, con la que juzgaban cathecumena; pero volvieron como antes â reir á gran des cachinos. Entonces el Padre llamó á uno de aquellos Indios, que tenia por mas racional, y le preguntó porqué una cosa tan seria, y tan santa la executaban con tan poco juycio, y cordura, que la havian hecho risa, y fiesta? A esto respondió el Indio, Padre, essa muchacha no quiere rezar, dice, que no viene á esso, sino á ser muger del Padre, que para esso ha venido, y no para hacer se garabatos con los dedos en la cara. Llamóla el Padre y dandole que comer, y unos zapatos, la hizo volver luego à su tierra, tratandola con menos aspereza, que havia tratado á las otras: assi porque reconoció en esta menos malicia, como porque siendo hermana de aquel gentil principal, y embiada de el, no queria exasperarlo, para lograr su reduccion, y de todos los suyos.

Con tan repetidos sucessos, y tan frequentes experiencias de la varonil constancia del Venerable Padre en defender el candór de su pureza pudieran estár escarmentadas las Indias con tantas repulsas, en que como venenosos aspides las havia el P. apartado de si, pero como era Lucifer el que las instigaba, no desistian de su dañada intension. En una avivó con especialidad el calor de la concupicencia, y no se le hacia tolerable ser despreciada, y repelida, como sabia que lo havian sido las otras. Para mas asegurarse, no quiso entrar sola á dar el assalto, buscando

ascó compañia, y se valió de un Indio, á quien el Padre
lia agazajar, â este llevó de padrino, y rogador para no
r desechada como las demás. Entró pues, donde
taba solo el Padre, acompañada del Indio, el qual dixo:
adre, esta te ruega que le des un hijo, y que no la des-
ecies. No seas ignorante (le dixo el Padre Juan) el
adre no entiende de estas cosas, y dando à los dos su re-
ehension los apartó de si. Como el Padre con su exi-
ia charidad hacia tantos beneficios á los Indios, los so-
orria en todas sus necessidades, los assistia, y curaba en
s enfermedades, siendo Padre, Madre, y todo su con-
suelo para todos, y para cada uno, no sabian otro modo
: corresponderle, que el que mutuamente usaban entre
ofreciendo las mugeres, que juzgaban mas bien pare-
das, y ellas mismas, sin que las ofrezcan, ó embien, pa-
an con ofrecerse á quien les da algo, ó les hace algun
obsequio. Lo qual mas à menudo hacian en los princi-
ios de la conquista, temiendo assi el Venerable Padre
uchos assaltos en su pureza; ya por malevolencia de los
ue instigaba el demonio, ya por el infame modo de ser
gradecidos aquellos barbaros.

Andando en otra ocasion en sus correrias Aposto-
cas por la contra-costa, llegó á una rancheria de genti-
es, los quales estaban entretenidos en los bayles, que
llos usan; pusose á observarlos, y advirtió, que un Indio
ba repartiendo â los demás unas plumas de diversos co-
ores, las quales unos admitian, y las ponian sobre sus ca-
ezas, otros las desechaban, llegó, y dió tambien la suya
el Padre, que como era obsequioso, y desseaba conten-

tar à todos, y con especialidad deseaba tener gratos à los gentiles para reducirlos, no sabiendo lo que aquello queria decir, aceptó la pluma, y con donayre la puso en su cabeza. A poco rato le traxeron una India mosa, y se la entregaban. Preguntó admirado, que era aquello? A lo qual dixeron los Indios, que el aceptar la pluma era señal entre ellos de querer alguna muger. Avergonzado entonces sumamente el Padre, y corrido, quitó con grande enojo la pluma de su cabeza, y la hizo pedazos, dandoles una muy severa reprehension, de que indignados ellos quisieron matarle, y no hay duda, que huviera muerto gustoso el que temia mas que à la muerte amancillar su pureza.

Hablando de esta un sugeto, que trató intimamente á el Padre Ugarte, dice: yo lo confessé mucho tiempo, y advertí, que en la pureza era un Angel. Para subir à este grado tan heroyco observó exactamente las reglas de la modestia, que nos dexó nuestro Santo Padre, como Presidio, y guarda fiel de la castidad, la gravedad afable de su rostro, sus ojos vajos comunmente, la madurez de todas sus acciones, toda su exterior composicion, en que mostraba grande humildad, movia à devocion á quantos lo miraban, y se conciliaba los castos afectos de todos, aun de los mismos gentiles, y barbaros. Uno de estos, aun haviendole tratado muy poco, se hacia lenguas en alabanzas del Padre, y preguntandole la causa de haversele aficionado tanto, respondió; porque esse Padre no mira, y en todas sus cosas se conoce, que es Santo. A mas de la modestia, y circunspeccion

en

tódàs sus acciones, y porte, añadió la voluntaria aflic-
on, y maceracion de su carne, como se dirá despues,
ra no dexar medio conducente para conservarse en
a pureza angelical.

Y como si todo esto no bastara, vivia siempre ti-
do, y receloso, tan lexos estuvo de hacerse confiado
spues de tan repetidas victorias, que antes desconfiaba
s de si mismo. No solo cerraba las puertas de los sen-
los para no dar lugar à desorden alguno, ni se satisfa-
con la vigilancia grande de impedir la entrada á
alquier especie menos pura, que pudiera perturbar el
imo, sino que tambien, aun en el tiempo de Verano,
que por ser muy excessivos en Californias los calores
n los Missioneros dormir en enramadas, para lograr
ando à quatro vientos algun refrigerio del calor, y has-
el Venerable Padre Salvatierra lo practicaba assi, quan-
iba á la Mission de San Pablo, el Padre Ugarte passa-
siempre la noche dentro de su casa, sufriendo la mor-
icacion del bochorno; ponia de centinelas dos mucha-
os, no obstante, que quedaba la puerta bien cerrada.
esto le obligaba el temor de los apretados lances en que
havia visto, y el recelo de que passando alguno le viera
scubierto por algun acaso. Yo no temo, solia decir, el
lor, ni las injurias del tiempo, sino que me temo à mi
ismo, y por esso me encierro, y hago que me guarden.
anto era el humilde recelo con que vivia, y con que
ligó á Dios, para que con especialidad lo defendiera,
amparara su Magestad, para que en todo lugar, y en
das partes, como fiel imitador del Apostol diera buen

olor

olor de Christo, y particularmente hiciera percebir la fragrancia de la candida hermosa azuzena de la castidad.

CAPITULO XXV.

De la rendida obediencia del Venerable Padre.

ESTA ES LA VIRTUD, QUE NUESTRO Padre San Ignacio quiso que fuera la característica de la Compañia, y en que desseaba se señalaran los hijos verdaderos de ella. Como bueno, y fiel hijo de tan santa Madre el Apostolico Padre Juan de Ugarte, en ella se señaló desuerte, que parece que fue la virtud, que le robó todas las atenciones. Cosa marabillosa â la verdad, y que causaba no pequeña admiracion, era vérle tan ciego en la obediencia, quanto en lo demás era discreto, y advertido. Fue esto de tal suerte, que ni la demostracion, ni la evidencia, parece que tenia por seguras, quando en sus cosas hechaba menos la obediencia. Quando el Padre impelido de su Apostolico zelo, y desseo fervoroso de la conversion de la gentilidad, se fue á Californias siendo assi que lo hizo con licencia, y que manifestó Dios sensiblemente, quan de su agrado havia sido el que fuera; con todo, mirando su ida como mera permission de la obediencia, y sabiendo lo que su ausencia se havia sentido en Mexico; porque desseaban darle otros empleos los Superiores, no hallaba descanso, ni gusto, aun entre cosas muy congeniales â su fervor, sino que vivia en un

con

ontinuo torcedor, siendole un atormentador tyrano, y ruel verdugo la imaginacion, de que hacia en aquello su ropria voluntad.

Duróle este tormento hasta que el Venerable Pa- re Juan Maria de Salvatierra volvió á aquellas partes, iendo actual Provincial; pusose con humilde resigna- ion en sus manos, declarandole la afliccion en que ha- ia vivido, y las congojas de su animo angustiado, y nó bstante, que tenia pendiente la conversion de tan nume- oso gentilismo, y traya entre manos obras de grande ser- icio del Señor, dixo que estaba prompto à dexarlo to- lo, à alzar mano de la conquista, y abandonar todas las ien fundadas esperanzas, que tenia de lograr muchas al- nas, y dispuesto para ir á qualquiera parte, ó para lo que e juzgasse mas conveniente, cerca de su persona. No uede menos aqui la pluma, que suspenderse un tanto, ara carear à este Apostolico Varon con el grande Apos- ol del Oriente. Ocupado estaba como brillante Sol San rancisco Xavier, en comunicar la luz de la verdad, y el Evangelio á los idolatras, y gentiles, empleado en ha- er baptismos á millares, en traher Reyes, y Principes á l conocimiento del verdadero Dios, y en todas las obras le Apostol grande, y con todo esso estaba dispuesto à de- arlo todo á la mas leve insinuacion de la obediencia, y uestro Padre San Ignacio vivia tan satisfecho de esta re- ignacion, que tuvo por bastante un *veni*, y una sola letra inicial de su nombre, para hacer venir á Roma al gran Xavier, abandonando todas sus empressas glorioſissimas. De este raro exemplo nos privó la muerte del Santo,

que sin razon de dudar huviera llenado de admiracion
todo el orbe.

Todo el mundo tambien huviera admirado la re
signada obediencia del Padre Ugarte, si lo huviera manda
do salir de las Californias, y dexar todo lo comenzado
Venerable Padre Salvatierra; pero estuvo muy lexos d
hacerlo; porque ninguno sabia mejor lo importante, y ne
cessaria, que era alli la persona del Apostol, que este nom
bre le daba, y olvidado de su propria gloria, como ver
dadero humilde, repetia muchas veces, que toda la con
quista de Californias se debia á el ardiente zelo, trabajo
y constancia del Padre Ugarte. Oìda la protesta humild
de tan rendido subdito, le dixo, que se aquietara, y depu
siera todo temor, y susto, que era voluntad del Señor, qu
para gloria suya, perseverarse alli, continuando lo qu
havia comenzado, y para que en ningun tiempo le vo
viera á assaltar aquella escrupulosa congoja, su Reverei
cia entonces, como su Superior, que lo era de toda la Pro
vincia, lo señalaba para aquellas Missiones, y le mandab
que continuasse trabajando en ellas, y assi si en lo antece
dente havia tenido alguna duda, de que hacia su propri
voluntad, estuviesse cierto, que desde aquel punto hac
la de la obediencia.

No es decible el regozijo, que ocupó á aquel cor
zon hasta entonces anguftiado, y con quanto gusto pro
siguió en sus glorioso trabajos, y empressas apostolica
considerando, que todo lo que hacia lo hacia puramen
por obedecer. Assi comprobó los marabillosos dictam
nes, que tenia cerca de la obediencia. Un Padre, qu

e trató mucho, y le acompañó algunos años, dice: que repetia muchas veces: si â V. Reverencia le ordena la bediencia ir à espantar las moscas del Refectorio mientras come la Comunidad, y para ello es necessario dexar la conversion de un mundo de gentiles, dexela, y vaya muy gustoso á ahuyentar las moscas. Como por el contrario, si le mandan, no solo ser Rector, sino tambien ser Papa, sea Rector, y sea Papa, pero con esmero singular procure hacerlo todo muy bien hecho.

El primer dictamen lo comprobó en el caso referido, y del segundo se puede decir, que fue una prueba real toda su vida, en toda ella executó con la mayor perfeccion possible quanto le mandaron. Lo que mas repugnó su grande humildad, fue el ser Superior; pero obligado á hacerlo, hizo su oficio con la mayor exaccion, que puede ser. Del mismo modo se empleó en el cuydado, y govierno de los Colegiales, en la lectura de gramatica, y Philosophia, en todas las tareas, y ocupaciones de Missionero; practicando assi aquella maxima, que tan impressa tenia en su corazon, de alabar â Dios, haciendo bien todas sus obras, y acciones. A la santa obediencia pertenece la fiel guarda, y observancia puntual de nuestras constituciones, y reglas; mientras vivió el Padre en los Colegios era un espejo de observancia, guardando aun los apices mas menudos; quando vivia en las Missiones solia decir, que la religion, y observancia regular no estaba aligada á los Colegios, sino â las personas, que debian observar en todas partes las santas reglas. Las observaba el Padre en aquellos desiertos, como si estuviera

viera en el Colegio mas regular, guardaba, en quanto se podia, la religiosa distribucion de las horas, dando su tiempo señalado à los examenes de conciencia, oracion, y leccion espiritual, y es buena prueba de que aun alli estaba en los apices mas menudos, por el caso, que de su misma voca se supo, y se refirió ya en la expedicion de descubrir el golfo Californio. Entonces con las fatigas de la navegacion, con los grandes calores del Verano, con las incomodidades del mar, alimentos salados, y aguas gruessas, quales son las que se hallan de ordinario en la costas, á que se añadia ser el Padre muy calido de complexion, se llenó de llagas muy peligrosas, y conociendo, que estaba su remedio en detenerse en tierra, no lo quiso hacer, y se embarcó luego que el Piloto dixo, que lo hiciera, solo por la tal qual sombra de Superior, que en el navio tenia, arguyendo, que debia obedecerle; porque nuestro Padre San Ignacio manda obedecer á el enfermero en las enfermedades, por los visos de Superior, que entonces tiene, los quales concurriendo entonces en el Piloto, debia ser obedecido. Quiso Dios, que mejorara, pero ya de su parte havia sacrificado su vida á la obediencia, del que solo tenia una muy lijera sombra de Superior, obedeciendo en él á aquel Señor, que fue obediente hasta la muerte, y manifestandose imitador suyo muy perfecto, y puntual observante de los apices mas menudos de nuestras santas reglas.

No solo guardaba estas con la exaccion, puntualidad, y cuydado, que se ha dicho, sino que llegó á preocupar con propositos los peligros, que podia haver de qual

ualquiera, aunque lijera transgression. Quando fue señalado á lér Philosophia, no solo hizo el proposito de no insinuarse á cerca de los discipulos, que desseaba, esperando los que Dios le embiasse por medio de la obediencia, no que lo repetió varias veces, y haviendo de ir à vér á l Padre Provincial volvió á corroborarlo, añadiendo lo guiente. Con la ocasion pudo caher como flaco, buelvo renovar el proposito de no insinuarme à cerca de los iscipulos, sino que todos, como nos manda la regla, los exo à la disposicion de la obediencia, esperando los que l Señor me embiare, y los que fueren del agrado, y gusto de nuestra Señora. Hasta aqui las clausulas de sus apuntamientos, en que manifiesta bastantemente, que no solo no queria tener accion, ó movimiento alguno, pero ni afecto, ni desseo, que no fuesse muy ceñido à la obediencia, y muy ajustado à el tallér de santidad, y perfeccion, que contienen en si las reglas de la Compañia.

CAPITULO XXVI.

De la grande mortificacion del Venerable Padre.

SI SE ATIENDE LA SERIE TODA DE SU trabajosa vida, se hallará en ella, que cumplió perfectissimamente lo que ordena nuestro Santo Padre, que busquemos la mayor abnegacion, y continua mortificacion en todas las cosas possibles. No necessitaba mas el Venerable Padre Ugarte para merecer la calificacion de hombre verdaderamente penitente, y mortificado, que

el ordinario trato, que se daba, y los trabajos continuo
que tomó para dilatar la christiandad. Perpetuo se pue
de decir, que fue su ayuno, pues de mas de las largas te m
poradas, en que no era otro su sustento, que frutas silve
tres, quando lograba vivir en la quietud de algun Pueblo
no tenia mas comida, que carne de toro seca, y mal co
zida, lo que con maliciosa industria hacian muy frequen
temente los Indios, que le servian de cozineros, los qu
les haviendo experimentado, que dandole la carne á m
cozer, no podia comerla, y con esso quedaba para que l
aprovecharan ellos, proseguian dandosela del mismo mo
do, y lo mas prodigioso, y en que reluce mas la mortif
cacion del Venerable Padre, es, que no solo toleraba ta
rigoroso ayuno, sino que jamás reprehendió la incuria d
aquellos barbaros, lo qual es tanto mas admirable, quan
to fue crecida la opulencia de su casa, y la delicadez e
que fue educado.

Por esto tambien era no pequeña mortificacio
el andar cubierto de andrajos, como regularmente an
daba, y era preciso, que assi fuesse; porque entre las pie
dras, y espinas por donde andaba, en las continuas ja
nas del campo, y en los oficios mechanicos, que exercit
ba, se gastaba la ropa muy presto, y era fuerza, que e
ordinario anduviesse roto, y andrajoso. En todas sus ex
pediciones, y en las ocasiones frequentes de salir á con
fessar enfermos, su cama era el duro suelo, sirviendole d
almohada la silla del caballo, ó algun tronco. En la Mi
sion ya diximos qual era su cama, que era mas á propo
sito para instrumento de mortificacion, que para descan
sa

ar, y lograr el reposo del sueño. En todo parece, que estaba reñido con lo que es comodidad, y regalo, y solo se hallaba con el afán, incomodidades, y fatigas.

Grandes fueron las que tuvo en las fundaciones de los Pueblos, en que siendo necessario, como se dixo, allanar precipicios en unas partes, abrir caminos en otras, conducir materiales para la fabrica de las Iglesias, cortar, y labrar las maderas para techarlas, en todo esto trabajaba el Venerable Padre como el mas pobre jornalero, expuesto á los rigores de los temporales, â los ardores del Sol, á las lluvias, y á toda suerte de incomodidades. Las mismas passó en la fabrica de la balandrà, en que tuvo sobrada materia su heroyca tolerancia, y sufrimiento. Despues de fundados los Pueblos le costó no pequeño afán el imponer á los Indios en todos los oficios, que necessita la agricultura, exercitandolos personalmente todos con trabajo indecible. Pero lo mas realzado de su heroyca mortificacion es el gusto con que llevaba una vida tan penosa, sin quexarse de sus trábajos, ni exagerarlos; antes bien de ordinario los disminuya, y los reducia á fiesta, y cosa de chanza, simulando assi su mortificacion.

Esta lo hizo sufrido extremadamente, y paciente en tolerar gustoso todos los trabajos, é incomodidades dichas, la falta de lo muy necessario, y preciso en el comer, vestir, habitacion, y demás cosas, que la vida humana necessita, y no solo esso, sino que le dió constancia de animo, y tolerancia grande en las enfermedades mas penosas, y molestas. En la dilatada, y dolorosa de las llagas, que padeció en las piernas, jamás se aplicó remedio al-

alguno: assi llagado caminaba por los montes y bosques por sendas tal vez muy estrechas, siendo forzoso el rozarse frequentemente, ya con las piedras, y a con las ramas, ya con las espinas; y mas quando no llevaba defensa alguna de botas, ó algun equivalente, y en estas ocasiones en que es tan natural el quexarse, que suele ya haver prorrumpido en las quexas la boca, quando las quiere impedir el albedrio, estaba tan sobre si el Venerable Padre, que con mucha alegria continuaba su camino, divirtiendo con alegres conversaciones al Compañero, si lo llevaba. Assi lo advertì varias veces, dice un Padre, que lo acompañó mucho tiempo, me divertia el camino con la conversacion alegre, y afable, sin prorrumpir siquiera en un *bay!* O decir aqui me duele, ni quexarse jamás del continuo dolor de tantas llagas. Lo mismo con la enfermedad de la roz asmatica, que le quitaba totalmente el sueño, con tanta pena, y ahogio, jamás le vi tomar, ó aplicarse remedio alguno, ni menos quexarse, ó mostrar desconsuelo de tan penoso achaque. En el referido accidente de las llagas, con la mucha sangre, que de ellas salia, en secandose se le pegaba â el cuerpo la ropa, y para mudarla era necessario despegarla con fuerza, y renovar con acerbissimo dolor las llagas, compadecianse los demás de aquel tormento, y el que lo padecia conservando su alegria, y ordinaria tranquilidad, no hacia demostracion alguna de sentimiento, como si estuvieran en algun marmol aquellas llagas, y no en el cuerpo proprio.

Bien eran suficientes, y aun sobradas todas las cosas dichas, para que la Vida toda del Venerable Padre Ugar-

se dixesse una mortificacion continua, y su ordinario
rte, y trato una austeridad demasiada, pero como si to-
esso fuera poco, ó fuera nada lo mucho que trabajaba,
padecia, añadió muchas voluntarias aflicciones del
rpo, y maceracion de la carne. Desde muy niño fue
clinado à mortificarse, y hacer algunos exercicios de
nitencia, despues en el Noviciado, con manejar, y
erezar los rigorosos instrumentos, que su Maestro de
ovicios confiaba de sola su cordura, y màdurez, aquel-
santamente contagiosos le pegaron el espiritu de pe-
tencia, y mortificacion del penitentissimo Padre Echa-
yán, y assi entonces, como en lo restante de su vida,
ra que no acabara con ella antes al crecido rigor de
austeridades, que desseaba practicar, fue necessario,
e le tirasse siempre el freno la obediencia. La disciplí-
, que se halló despues de su muerte, se puede decir,
e era no una, sino muchas cadenas; pues de cada ramal
ndian dos eslabones, lo mismo eràn los cilicios, y otros
strumentos con que se atormentaba, y afligia.

Quien assi supo domar la carne, y afligir el cuer-
, ya se dexa entender quan rendido, y sujeto tendria
apetito, para que sirviera, y obedeciera à la razon,
an arreglados los interiores afectos, y quan vencidas
s passiones. Admirable fue este siervo de Dios en la
steridad, y rigor corporal; pero mucho mas prodigioso
la interior mortificacion, y heroyco vencimiento de
s passiones. El solo sujetar la irascible en tan repetidas
casiones, fue victoria muy esclarecida. Era el Padre de
enio vivo, y fogoso, de nobles, y muy honrados proce-

deres, de alta comprehenſion, y grande capacidad, eſtaba necessitado à tratar, no ſolo con Indios gentiles, y barbaros, ſino con otros hombres, que aunque tenian mas cultivo, y debieran ſer mas racionales, eran zafios, villanos de trato doble, y de otras propriedades, repugnantes todas à un animo generoſo, y expueſtas à irritar à cada paſſo la ira, y el enojo; pero ſiempre eſtaba muy ſobre ſi el Venerable Padre, ſin jamás alterarſe, y aun quando la ocaſion lo pedia, ſabia moſtrar la indignacion, ſin paſſar un punto los limites de la prudencia, y charidad, enojandoſe con el delicto, y manteniendo el amor à la perſona.

De eſto ſe hará mejor concepto oyendo á el Padre que por mucho tiempo lo acompañó, y fue teſtigo ocular de eſtas heroycidades. Como ſu Reverencia fue Superior, dice en ſu informe: quaſi ſiempre tuvo el cuydado de los ſoldados, le dieron muchiſſimo que merecer; pero como ellos decian, y lo oì yo muchas veces: aunque el Padre Ugarte le hagan el mayor agravio, con entrar, y darle los buenos dias, ſe acabó todo. Vi varios lances paſſados, ya de parte de los Indios, que le deſtrozaban quanto ſu Reverencia tenia, ya de los bellacos ſirvientes, y de peſadumbres, que venian de fuera, todo lo llevaba con admirable paciencia. Venia alguno con alguna moleſtia, y dando eſcuſas de alguna ſinrazon, peores, ó mas necias las eſcuſas, que la maldad, y el Padre reſpondia *bien eſtá, bien eſtá*, que era ſu ordinaria fraze en eſtos casos. Haſta aqui el informe de dicho Padre, en que ſe ve quan vencida, y ſujeta tenia el Padre Ugarte la iraſcible.

Ni sujetó menos el natural innato afecto à la car-
e, y sangre, y amor à los parientes. Desde que los de-
ó entrando en la Compañia, tuvo por dicha á si (segun
uestro Sto. Padre lo encomienda) la palabra de Chris-
o: *Qui non odit Patrem, & Matrem, insuper, & animam*
am, non potest meus esse discipulus. Hechó en olvido total-
ente su Patria, y la casa paterna, tratando solo de agra-
ar al Rey del Cielo con la hermosura de la alma. Se
scusó siempre de escribir cartas á sus parientes, y reci-
iendolas de ellos no respondia, y solia decir: Dios los
yude, yo no tengo ya parientes.

Quan enfrenado, y sujeto tenia el apetito, que domina
anto á los hombres, de honras, aplausos, y propria esti-
nacion, se conoce muy bien, por lo mucho que se dixo
le la humildad profunda del Venerable Padre, quien co-
no ingenuamente confessó á su Hermano el Padre Pe-
dro, uno de los impulsivos que tuvo para su ida á Cali-
fornias, fue el huir las estimaciones, que en la Provincia
le hacian de su persona, y las que en aprecio de ella ma-
nifestaba el Excelentissimo Señor Virrey, Conde de
Moctezuma, quien tenia en mucho, y seguia sin replica
el dictamen del Padre Ugarte, en qualquiera determina-
cion, aunque fuesse en la mas ardua, y grave materia.
El Venerable Padre por el contrario, queria tan mortifi-
cado, ó muerto el juycio proprio, que siempre rezelaba
el que se siguiera, y desseaba, que prevaleciera el ageno,
manifestandose en todo perfectamente muerto al mun-
do, y al amor proprio.

De este deshacimiento del propio amor, y de to-
das

das las cosas proprias pudieran alegarse muchos exemplares. Sirva por todos, lo que le sucedió con la balandra, que era fuerza, que la mirara como cosa muy propria, como obra, que era de su ingenio, y de sus manos, en que havia trabajado inmensamente, y no solo le havia costado muchos afanes, sino tambien el sufrir muchas contradiciones, y molestias. El Padre que estaba en el presidio resolvió deshacer, ó quemar dicha balandra; porque el contra-maestre, y otros oficiales havian informado, que estaba ya tan maltratada, que no seria facil componerla, ni se podia navegar en ella, sin conocido riesgo. Escribió dicho Padre esta su determinacion à el Padre Procurador, quien ya estaba para partirse, para visitar las Californias; llegando â el Puerto de Matanchél, donde la balandra estaba, la hizo reconocer, y registrar con mucho cuydado, y halló ser muy siniestros los informes, que se havian dado del estado de ellá, y por persuadir á el Padre, que estaba mal informado, y que no havia el peligro, que exageraban los oficiales, se aceleró el Padre Visitador, y en el Puerto de San Lucas se embarcó en la misma balandra, para probar assi con la evidencia, que no estaba en el fatál estado, que decian. Con esto en llegando á Californias atajó el designio del Padre, que queria deshacerla, y dió orden de que la hiciesan varar; puesto que por entonces no havia de ella necessidad, por haverse comprado un barco de quenta del Rey, y aderezadose otro, que el año antes havia andado perdido. Sabia muy bien el Apostolico Padre Ugarte, el mal informe, que havian hecho â el Padre, del Presidio, y

sus

us intentos cerca de la balandra, y la contraria determinacion, con que los impidió el Padre Visitador, y no obstante, que sabia todo esto, y en muchas ocasiones se trató de la materia, en ninguna de ellas desplegó sus labios el Padre Ugarte, ni dixo la mas minima palabra, en que manifestasse alguna desazon, ó sentimiento, de que se intentasse deshacer, y perder una obra, que con tanto trabajo, y molestias suyas se havia hecho. Dentro de tres meses se perdió uno de los dos barcos, y la necessidad urgente hizo hechar mano de la balandra del Padre Ugarte, que sirvió muy bien en lo que se necessitaba; pero ni entonces, que era muy natural sacar por su obra la cara, y alegar á favor de ella lo proprio, que se estaba viendo, lo hizo el Padre, ni dixo cosa alguna, tanto, que admirado el Padre Visitador de su sufrimiento humilde, y profundo silencio, le huvo de preguntar: como nada havia dicho, ni hablado en la materia? A que con grande encogimiento respondió estas precissas palabras. Como cabia, que yo hablasse en la materia, si á la balandra la miro como cosa mia? Y con razon la podia llamar cosa suya; pues á mas de su personal trabajo, y afán, havia hecho en ella muchas expensas, pues de el importe de los fructos de su Mission gastó mas de tres mil pesos, sin lo que pidió prestado de otras partes, y con todo callar, no alegar razon alguna quando se intentaba destruir por siniestros informes, prueba es de un animo sumamente mortificado, y que tenia muy arreglados todos los afectos, y passiones.

******

CAPITULO XXVII.

De las devociones que tuvo el Venerable Padre

DEL TIERNISSIMO AFECTO, AMOR, devocion, que tuvo á la soberana incomprehensible Magestad del dulcissimo Jesvs Sacramentado, hemos dicho bastante tratando de su viva fé, este fino amante nuestro en aquel mysterio divino, que no lo es menos de la fé, que del amor, fue el imán que arrastró los afectos, robó el corazon del Venerable Padre, quien por esso le esmeró tanto en todas las cosas pertenecientes á su culto, y que conducian á su mayor veneracion. A este afecto y amor entrañable al hijo, es consiguiente la cordial devocion de la divina Madre. Grande fue la que el siervo de Dios tuvo á MARIA Santissima nuestra Señora; desde sus tiernos años se acogió á la sombra de su materna benignidad, y piadoso patrocinio, mirandola como á Madre desde entonces, y desseando siempre servirla, como hijo verdadero.

Con la edad fue creciendo en esta tan util, loable, y necessaria devocion, tanto, que ella parece que le hizo mudar de genio, y de naturaleza; pues siendo de genio muy agena, y aun repugnante la ternura, con MARIA Santissima se enternecia de modo, que parece, que se derrite su alma, y desfallece su espiritu con aquel dequio amoroso, que experimentó en si la Esposa santa tanto, que ocasiona la misma ternura á los que reg-

ran sus apuntes. Alli la llama su Señora, su defensora, su abogada, su remediadora, su protectora, su Madre, y assimismo se nombra con afectuosissimos titulos de humilde submission à esta Reyna Soberana, llamandose: *Abjectissimus famulus, servus MARIÆ in æternum, indignus filius*, y otros renombres semejantes. Correspondientes à estas expressiones eran los obsequios; engrandecia à la Señora con los mas realzados, y sublimes elogios, que declaran mejor la incomparable alteza de su elevada dignidad, y gloria, llamandola *Mater Dei, Mater admirabilis, Mater Salvatoris, Mater salutis animarum.* Y aplicandole otros encomios á el modo de estos.

Ni quedaba la devocion en solo elogios, y alabanzas, sino que añadia el mas abonado, y cierto testimonio del amor, que son las obras. A mas de las muchas mortificaciones, penitencias, obras de misericordia, y otros muchos obsequios, que diariamente tributaba à la Soberana Emperatriz del universo, con el tributo del Rosario, que observó rezar toda su vida inviolablemente, sino que las mas graves ocupaciones, ó negocios jamás se lo impidieran, prevenia sus solemnidades con fervorosas Novenas, en que mas se esmeraba en obsequios, y servicios extraordinarios, observando siempre con inviolable constancia la santa, y muy loable costumbre de nuestro Noviciado, en que nuestros Novicios solemnizan las Novenas, y se disponen para celebrar las principales fiestas de nuestra Señora, con las que llaman flores, y en una grande lista, que ofrece cada uno de ayunos, disciplinas, horas de oracion, y otras muchas obras

de

de devocion, y penitencia. Todos sin expressar su nom
bre hechan su lista en una urna, para este efecto dest
da, la qual el dia de la festividad se abre, y presente
Comunidad, para la comun edificacion, y reciproco al
ento de unos, y otros, se leen todas las cedulas, que alli
hallan. El observar este aranzel de mortificaciones, p
nitencias, y otros muchos obsequios de nuestra Señor
practicados en los dias, que á sus fiestas preceden, fue d
vocion, que guardó siempre el Venerable Padre, y el t
empo que su Reverencia vivió en Mexico de Ministr
y Maestro en el Colegio de San Pedro, y San Pablo, e
cribia su lista, y la embiaba à el Padre Ministro del Col
gio, y Noviciado de San Andrés, para que la hechata e
la urna entre las de los Novicios.

Con el mismo teson, y cuydado observó tambie
otra devocion, y fue, rezar indefectiblemente todos l
dias una oracion muy devota dictada de su zelo, la qu
dispuso para pedir á MARIA Santissima la salvacion e
las almas, y conversion de los gentiles, á imitacion de l
que compuso el glorioso Apostol San Francisco Xavie
para pedir lo mismo à nuestro Señor. Al fin de ella le p
dia à la Señora, que lo quisiesse por su Capellan en aque
las Missiones de Californias, que las llamaba de MARI
Santissima, no solo en lo espiritual, mas tambien en l
temporal. Esta su grande devocion le hizo advertir, qu
haviendo ofrecido la Catholica Magestad del Señor D
Carlos II. quarenta mil pesos annuales para aquella Co
quista, no se admitió por varios motivos, y despues sin
real del erario de su Magestad se havia conseguido re

piadoso patrocinio de la Soberana Reyna, y assi que los cinco hombres, como otras tantas letras del Santissimo Augusto nombre de MARIA, ó piedras de David, pudieron vencer quatro Naciones, no teniendo mas trincheras, que una sola tienda de campaña, que servia de casa, y de Capilla á la Santissima imagen de nuestra Señora de Loreto.

Advirtió mas, y adelantó la reflexa su cordial, y tierna devocion, observando, que los que havian intervenido, y con especialidad cuydado de esta Conquista, como cosa propria, ó como casa de MARIA tenian el nombre de Joseph, ó de Juan. Assi el Excelentissimo Señor Virrey, Conde de Moctezuma, Don Joseph Sarmiento de Valladares, el Sr. Fiscal D. Joseph de Miranda, D. Juan Caballero, y Ocio, el Venerable Padre Juan Maria de Salvatierra. No se contaba en este numero por su grande humildad; pero debiera hacerlo, siendo otro Juan, á quien se debió en gran parte la Conquista, y en el todo, la permanencia, conservacion, y augmento de aquellas Missiones; mas olvidado de las proprias glorias, solo celebraba las agenas.

Escribiendo a Don Juan Caballero le decia en una carta: *Ecce Mater tua*, en otra al Señor Fiscal: *Noli timere accipere MARIAM*. Escribiendo en otra ocasion á el mismo Señor, le dice, V. S. es Joseph, y á Joseph le encargó Dios el cuydado de la casa de Nazareth, y despues en la misma carta le prosigue diciendo: en cierta parte supe, que algunos havian dicho, que los Padres de la Compañia havian emprehendido esta Conquista por sus in-

interezes, y conveniencias; no eran estos como V. S. qu averigua los trabajos, y necessidades, que padecen lo Padres para socorrerlos, y no, que tantas perlas hay (l quales los Padres no cogen) para buzearlas. Mas yo cre que no se fueron à Roma por la respuesta; pues aunq yo no he militado, tengo humor de soldado, y lo soy d Californias, y se sacar la cara, y con la adarga del sufr miento aguardar el golpe, y despues con la espada de l razon tirar una valiente estocada, aun á el mas grande en defensa de MARIA Conquistadora. Que no se qu trahe consigo el ser de la guarda de la Señora, que hac valientes: *Sexaginta fortes ambiunt, omnes tenentes gladio & ad bella doctissimi.* Y assi V. S. toma tambien su espa da, que espero en la Señora, que no será para que tirem revezes, sino derechos, de los muchos que sabe el Señ Fiscál en su valiente, y doctissima Jurisprudencia. E obra de MARIA, y assi la debemos defender. Hasta aq dicha carta, en que se vé, que miró el Venerable Padre aquellas Missiones, como cosa muy propria de MARI Santissima.

Mirandolas pues de esta suerte, son evidentes pru bas de la cordial devocion, y tiernissimo afecto, que tuvo, todo lo que en ellas hizo, y trabajó; si no es que d gamos, que consiguió la Conquista tan dificil, que se re putaba ya impossible, por la devocion tan grande, que la Soberana Reyna le tenia. Lo cierto es, que el Pad se lo pedia á la Señora incessantemente, y que ella lo ayu dó en todo, dando feliz suceso à todas las empressas a donas en que entró para dilatar la fé, y establecer la rel

gio

gion christiana: lo libró con su proteccion de tan repetidos peligros de mar, y tierra, de enfermedades, y asechanzas de enemigos, le conservó la vida, para que la empleara en servicio, y gloria de Dios, en amplificar el Reyno de Christo, fixando el real estandarte de su Cruz en lo mas remoto, hasta el ultimo cabo del Sur, y extendiendo la fé por mas de trescientas leguas de sierras asperesissimas, y encumbrados montes. En todo esto experimentó el favor, y proteccion de MARIA Santissima, de quien se professaba tan devoto.

A esta devocion de la Purissima Virgen, para que le fuera mas accepta, y agradable, añadió la de su Castissimo Esposo, y estimativo Padre de Jesus, el Santissimo admirable Patriarcha Señor San Joseph. Mucho se esmeró el Venerable Padre en obsequiar à este grande Santo. Es prueba de ello la hermosa Capilla, que le erigió en el Colegio de San Gregorio, ennoblecida hoy con una Congregacion muy devota, y muy ilustre. A este gran Protector, que haviendo obtenido en la tierra el empleo mas sublime, de que es capaz un hombre de ser Padre, aunque estimativo del mismo Dios, no tiene en el Cielo cosa reservada, y tiene una eficacia summa su intercession, y ruego, le encomendó el Padre lo que tanto deseaba, que era el ir à emplearse en la conversion de la gentilidad à las Californias, donde llegó por vispetas del mismo Santo, quien manifestó assi haver interpuesto su suplica para el buen despacho de tan santo deseo, cuya consecucion reconocia el Padre Ugarte à el Patriarcha Santissimo, dandole por ellas repetidas gracias, y tributandole frequentes obsequios. Tam-

Tambien se esmeró mucho en el filial amor, respectoso cariño, y cordial afecto â nuestro Inclyto Patriarcha, y Santissimo Padre San Ignacio de Loyola, y si bien le hacia muchos obsequios, el principal de todos, y el que mas aprecia en sus hijos el Santo, fue la guarda fiel, y exactissima observancia de sus santas reglas, de que fue tan puntual observador, como ya diximos. Fue assimismo cordial la devocion, que tuvo à el grande, y admirable Apostol del Oriente San Francisco Xavier, y la manifestó bien en el empeñó singular con que imitó su vida, y sus virtudes, su abrasado zelo de convertir infieles, sus gloriosas proezas, sus heroycos trabajos, y apostolicas correrias: dedicóle uno de los Pueblos, que fundó, y lo ennobleció con su nombre, y haviendo puesto alli telares para que texieran frezadas los Indios, la vispera del Santo les repartia â ellos mismos todas las que havia hechas, para que cubiertos con ellas assistieran el dia á los divinos oficios, y despues las llevaran para tener en sus casas con que abrigarse: sirviendo esto para que aquella gente conciviera alguna devocion, y afecto â el Santo Apostol, á quien todo el tiempo, que vivió en su Pueblo el Padre Ugarte, juntando á los Indios le hacia su Novena con la mayor solemnidad possible.

Venerò tambien con afecto especial á el sagrado Precursor de Christo, con cuyo nombre estaba ennoblecido; y es cierto, que convenia muy bien el nombre con la vida, y acciones del Venerable Padre, que en aquellos desiertos era voz, que sin cesar aclamaba; y las austeridades, ayuno, y desnudez en que vivia, eran muy semejan-

tes

s á las asperezas, que el sagrado Baptista practicó. Mas has otras devociones tuvo el Venerable Padre, que fuera cosa larga referir, y de ordinario se ocupaba en obsequiar, y servir á los Santos, robandole el afecto la semejanza, que tenia con ellos en la santidad de la vida.

CAPITULO XXVIII.

De los Dones con que enriqueció el Señor á su Siervo.

LOS EXTRAORDINARIOS TALENTOS, Y dones naturales, que concedió el Señor á este su Siervo, bueno, y fiel, fueron muy grandes, y escogidos, como se vé por lo que se ha dicho; con todos ellos supo negociar con grande diligencia para restituirlos con logro, y multiplicó con ganancia de la alma propria, y de las agenas. Empleó el Venerable Padre su claro entendimiento, despejada capacidad, y elevada comprehension en inclinar su corazon desde los tiernos años de su Juventud á seguir para siempre los caminos de la Justicia, y virtud, aspirando de continuo á remontarse á la elevada cumbre de la perfeccion, y santidad. Y haviendo dado su nombre á la Compañia de Jesvs, tuvo siempre presente el fin porqué deben anhelar los soldados de esta Milicia, que es no solo atender á la salvacion, y perfeccion de las almas propias con la gracia divina; mas con la misma intensamente procurar ayudar á la salvacion, y perfeccion de las de los proximos. Por esso des-

pues de procurar perficcionarse á sí, procuró de hacer buenos, y perficcionar á los otros. Valióse de su grande entendimiento para discurrir medios, con que lograr la conversion de grandes pecadores; y configuió muchos para hallar arbitrios, y trazas con que lograr la conversion de los gentiles, y facilitar la Conquista de Californias. En esta empleó, no solo su capacidad desmedida sino todas sus habilidades, y las que llamamos gracias comunmente, valiendose de todas, y haciendolas medios para que entrasse por los sentidos la fé en los Indios incultos, y barbatos, capaces solo de percevir cosas muy materiales.

El disponer la tierra, sembrarla, y coger el fructo el ingerir unos arboles con otros (en lo qual tuvo especialissimo talento) lo moralizaba todo, y lo aplicaba á lo que hacia con ellos, y á lo que ellos debian hacer, recibiendo sus palabras como granos en el corazon, para dar fructos de buenas obras, para estár con ellas unidos, y enlazados con Christo, como lo veian en los arboles, que ingeria. De la misma suerte las demás cosas las convertia en espiritual provecho de aquella ruda gente. Para el sirvieron no poco las extraordinarias, y desmedidas fuerzas, que tenia el Padre, como en otra parte se insinuó: eran tales, que para quebrar la cadena de una petaca le bastaba una mano; el enderezar un cañon de un arcabuz, lo hacia con la facilidad, que otro enderezara una vara torzida. Estas que parecen ponderaciones, no lo parecerán á los muchos sugetos veridicos, que conocieron á el Padre, y entre otras experiencias de su robu-

brazo le vieron romper, y hacer astillas una canilla
zca de caballo, de una sola puñada. Esta robustez tan
traña hizo el Venerable Padre servir à la gloria de
ios, y bien de los proximos; con ella confundió el or-
llo, y altivez de los Indios Californios, preciados de
lientes, y que se tenian por muy señalados en las fuer-
s, de que hacian alarde en sus frequentes luchas; mas
endo al Venerable Padre quedó ajada toda su vanidad.

Se dixo en otra parte como hizo terminar la lucha
dos muy valientes luchadores, poniendo à ambos en
erra. Otra vez á los principios de la Conquista, vino
n Indio diciendole, que queria luchar con su Reveren-
ia. Anda de hay, le dixo, que los Padres no luchan; pe-
o el barbaro sin esperar mas razones se iba acercando ha-
ia el Padre, que viendo su osadia lo tomó con solos tres
edos, lo levantó en alto, y cimbrandolo, como se hace
on una vara, lo postró en tierra, volviendole à decir: no se
ucha con los Padres. Con esto quedaron horrorizados
os Indios: mas otro, que ignoraba lo sucedido, vino con
a misma demanda, provocando à luchar á el Padre; pe-
o fue despachado como el primero. Con esto el Vene-
able Padre se dió mucho á respectar, y consiguió mu-
chas cosas de aquellos barbaros en bien, y provecho de
sus almas.

Como á estos talentos les dió tan buen empleo, y
dió buena quenta de ellos á el Señor, que se los havia con-
fiado, justo era, ya se vé, que su Magestad le constituye-
ra en cosas mas sublimes, y assi fue. Parece cierto, segun
todas las señales, que le concedió Dios extraordinaria

luz

luz para penetrar las cosas ocultas, y preveer las venide
ras. Mas de doze cartas se encontraron despues de su mu
erte, todas de diversos sugetos, que decian: *Parece, qu
Dios ha revelado á V. Reverencia lo que actualmente sucede*
Uno de los Padres Missioneros estaba resuelto á poner
se en camino, para ir á la Mission del Padre Ugart
á comunicarle cierto cuydado de una cosa interior, y mu
secreta; pues á nadie la havia comunicado. Estando e
esta determinacion recivió carta del Venerable Padre
en que le decia quanto le passaba, y le daba mucho con
suelo en la materia; añadiendole tambien, que no er
conveniente por entonces dexar sola la Mission; porqu
se necessitaba de su presencia en ella; y le decia mas: *Pra
para animam tuam ad tentationem.* Y luego de alli á poco
dias sucedió la sublevacion de los Indios, quienes que ma
ron la casa del Padre; y este se vió en grandes peligros

Hablando confidencialmente el Venerable Padr
con otro Missionero, y tratando de su empressa del de
cubrimiento del Golfo, le dixo lo siguiente: me havi
prometido un sugeto (á este lo mentó por su nombre
porque era muy notorio lo sucedido) que me aviaria pa
ra el descubrimiento; con este seguro solo embarqué l
preciso hasta el paraje, en que dixo me esperaria. Ante
de llegar allá soñé (porque ha de saber V. Reverencia
que mis sueños son especiales) que vino á encontrarm
un sugeto, que yo no conocia, y luego me contó cier
historia, ó quento de un Carpintero, de donde sacab
que nada traia con que aviarme. Con esto me puse en qu
no havia, que esperar socorro. Toda mi duda estaba e
qu

ue yo havia conocido en Mexico al sugeto de la pro-
essa, y me parecia distinto del que vi en sueños. Presto
lí de la duda; porque haviendo llegado al paraje vino
dicho sugeto muy mudado de como en Mexico lo
avia yo conocido; pero ni mas, ni menos de como lo
avia visto en sueños; y luego que me saludó, me dixo:
iga V. Reverencia un quento de un Carpintero, y de
sse quento sacó, que nada traìa.

A modo de este, como ya diremos, tuvo otros va-
os sueños el Venerable Padre, de cuya profunda humil-
ad es creible, que disfrazaba sus predicciones con este
ombre, y dado, que realmente fuessen sueños, no dexa-
u por esso de gozar los fueros de vaticinios. Sueños fue-
on los de el gran Patriarcha Joseph, y la verdad, y reali-
ad de los sucessos, dió á conocer, que eran ilustres Profe-
ias. Una muger en el Presidio de nuestra Señora de
oreto estaba muy afligida, porque havia muchos dias,
ue no tenia noticia de su marido, que havia ido en una
equeña canoa al buzeo de las perlas. El Venerable Pa-
e, que con su ardiente charidad anhelaba siempre por
onsolar, y remediar à todos, se le hizo encontradizo á la
esconsolada muger, y le dixo: no te afligas, que yo he
oñado, que breve ha de venir tu marido, y lo vi, que le
avia ido muy bien en el buzéo: por señas, que todas las
erlas tiene amarradas en un trapillo blanco. Vino den-
ro de breve el marido, preguntóle la muger como le ha-
ia ido? El respondió, que muy bien; y luego añadió,
acando un emboltorio, aqui trahigo todo lo, que he co-
gido en este trapo blanco.

Havia ido de nuevo un Padre à las Californias, a quien el Venerable Padre jamás havia visto, conocido, ni tratado. Ofrecióse hablar de dicho Padre, que havia venido, con otro sugeto, á quien le dixo el Padre Ugarte. Yo he visto en sueños á esse Padre, y tiene estas, y las otras señas, describiendolo muy por menudo por su ficsonomìa, facciones, y estatura. Llegó alli al cabo de algunos dias el Padre, con todas las señas puntualmente que havia dado el Padre Ugarte, de que quedó no poco admirado el que havia oìdo su descripcion.

Estando en la fabrica de la balandra, iban faltando los bastimentos, con esso los oficiales iban perdiendo el animo, y daban no poco, que hacer, y padecer, no solo à el Venerable Padre, sino tambien à el Proveedor, que repartia los alimentos, viendolo por esto acongojado, y afligido, le dixo: ea no se congoje demasiado, y sepa una cosa: estando yo una vez en la contra-costa, adonde havia ido á confessar un enfermo, soñé que estaba debajo de un cerrito fabricando una balandra, y que la gente se hallaba descontenta por la falta de vastimentos. Estando en esto dixo uno: *vela, vela*, y vino un barco con bastimentos, y luego vino otra embarcacion, y despues otra. Yo entonces no pensaba en hacer tal balandra, ni en este paraje. Ya se hace la balandra, y estamos en este paraje debajo del cerrito, que vî; ya está descontenta la gente, lo que falta es, que diga alguno, *vela, vela*, y vayan viniendo las embarcaciones. Todo sucedió assi, y á la letra se verificó el sueño. Siendo esto tanto mas admirable, quanto en lo humano ninguna se esperaba con cer-

te-

za, y solo de una havia alguna probabilidad, que daba peranza de que vendria.

Fueron en cierta ocasion dos Soldados á la Mision del Padre, pretextando querer confessarse, aunque en la realidad los llevaba otro fin; apenas entraron fixando los ojos en ellos, les dixo: no vienen cierto con intentos de hacer confession verdadera, ni tienen dolor de sus culpas; lo que los trahe son estos, y los otros motivos, les descubrió todo quanto en su interior tenian. A uno de los nuestros, que estuvo algunos años en Californias en el estado de Hermano Coadjutór, le predixo el que seria promovido despues á el grado de Sacerdote, y lo mucho, que havia de trabajar en beneficio de las almas, como á la letra se cumplió.

Otro soldado se hallaba muy afligido, y sumamente disgustado con la muger, con que poco tiempo antes havia contrahido matrimonio: era dicha muger moza, y de salud robusta. Habló el soldado con el Venerable Padre, manifestandole su desconsuelo, y pidiendole licencia para ausentarse: assi por el disgusto, que con la muger tenia, como por el, que sus parientes con él, por motivo del casamiento, que lo havian tenido muy á mal, y disgustado mucho de el. Sossególo el Venerable Padre, diciendole, que se aquietasse, que muy en breve se quitaria la causa de su desazón, y le daria Dios paz, y tranquilidad. Assi sucedió pues; de alli á pocos meses le dió á la muger una enfermedad con que acabó la vida, y con ella terminaron las congojas del afligido soldado.

Un P. que estuvo algunos años en aquellas Missiones, dice

dice haver oido á algunos soldados, que no era possibl
callar pecados en la Confession à el Padre Ugarte; porqu
aunque ellos dixeran, no hay otra cosa, que decir, les re
plicaba el Padre, ó que no havian examinado bien su con
ciencia, ó que porqué callaban tal cosa, que era de ma
yor importancia. Ni un solo pecado, sino todas sus cul
pas, segun su especie, y numero referia á algunos. Un
por uno refirió todos sus pecados á otro soldado, que sen
tia grave dificultad en referirlos. De esto se originaban
dos efectos muy apreciables; el uno el amor, y obedien
cia al Padre, y el otro la detestacion, y aborrecimiento
à la culpa.

Esto es, lo que cerca del espiritu Prophético de
Padre Ugarte deponen los que informan de su vida, y e
cierto, que ni de esta, ni del ajustadissimo porte, que tu
vo en toda ella, es ageno este dón gratuito, con que suel
adornar el Señor á sus siervos. Y no seria mucho, que le
otorgasse su Magestad la luz de la Prophecía en recom
pensa de aquel continuo, y filial recurso, con que se aco
gia á su soberana bondad, y benignidad: assi que empe
zaba algun negocio, mientras lo continuaba, y quando lo
concluia. Con esto es creible, que quitaria Dios de su
entendimiento aquella obscuridad, por la qual no se pue
den vér las cosas ocultas, y venideras, y le alumbraria pa
ra estos, ó aquellos medios, con que discernir las disposi
ciones presentes, y los efectos futuros, como si tuviera pre
sentes los secretos de los corazones, y los futuros contin
gentes.

Si bien esta razon persuade haver estado enri-

que

quecido, y adornado de la luz de la Profecia el Venera-
ble Padre, no haviendo en la materia toda aquella seguri-
dad, que se necessita para pisar con firmeza; y mas quan-
do el ser de un entendimiento tan despierto, y perspicaz
lo hacia ser muy reflexivo, y que podia sacar por ilacion
muchas cosas; cada uno dará el assenso, que quisiere, á
que tuvo espiritu Profetico. Lo que pueden creer todos
sin la duda mas leve, ni rezelo, es que fue un Varon ad-
mirable, dotado en lo humano de singulares prendas, y
talentos, adornado con todos aquellos dones, que hacen
á un hombre estimable, que toda su vida fue muy ajusta-
da, y conforme á la divina voluntad, que practicó todas
las virtudes en grado heroyco, que tuvo un ardentissimo
zelo del bien de las almas, por cuyo provecho hizo, y pa-
deció cosas muy arduas, y admirables. Testigo fue de
estas cosas la universal Provincia el tiempo, que vivió
en ella, del qual la mayor parte fue en los principales Co-
legios, como es el Maximo, y el Noviciado. Testigos
todos los sugetos, que le vieron, y conocieron en las Mis-
siones, y admiraron sus proezas, proprias de un esclareci-
do Apostol. Con esto, sin buscar otras cosas, que sirven
solo para la admiracion, se halla en la vida del Apostoli-
co Padre Ugarte el fin principal para que se escriben las
vidas de los grandes, y esclarecidos Varones, que es la
edificacion, y el exemplo. Mucho tienen en ella, que
imitar todos los Religiosos, mucho, que aprender los
Missioneros, y todos los que se dedican á cuydar del es-
piritual provecho de los proximos. Quiera la divina
Magestad, que assi sea, que con su leccion todos se ex-

citen á concevir grande amor á las virtudes, á arder en Apostolico zelo del bien de las almas.

A mayor honra, gloria, y alabanza de Dios.

INDICE

ap. I. Patria, Padres, y educacion en sus primeros años del Ven. P. Juan de Vgarte. Pag. 1.

p. II. De sus primeros estudios, y vocacion á la Compañia. Pag. 5.

p. III. Su entrada en la Compañia, y fervores de su Noviciado. Pag. 12.

p. IV. Da principio á sus estudios, y hace en ellos progressos muy lucidos. Pag. 16.

p. V. De sus restantes estudios. Pag. 21.

ap. VI. De otros empleos en que ocupò la Obediencia al Padre Juan de Vgarte. Pag. 29.

p. VII. Es asignado el Padre Juan de Vgarte para enseñar en Mexico la Philosophia. Pag. 35.

ap. VIII. Es el Padre Juan de Vgarte señalado para Rector del Colegio de S. Gregorio. Pag. 40.

ap. IX. Entra en las Californias el Padre Juan de Vgarte. Pag 51.

ap. X. Passa el Padre Juan de Vgarte á la Mission de San Francisco Xavier, y lo que bizo en ella. Pag. 58.

ap. XI. De otros Pueblos, que fundò el Padre Juan de Vgarte. Pag. 69.

ap. XII. De la fundacion del Pueblo de San Miguel, y otros trabajos del Venerable Padre. Pag. 80.

Cap. XIII. Sale á un descubrimiento por la parte del Sur el Venerable Padre, y de un suceſſo notable, que acaeció en la jornada. Pag. 88.

Cap.

Cap. XIV. De las graves dificultades, que venció el Padr
Juan de Ugarte en la construccion de una balan
dra. Pag. 97.
Cap. XV. Sale el Venerable Padre â descubrir el Golfo Ca
lifornio, y de otros trabajos, y peligros, que tuv
en el mar. Pag. 104
Cap. XVI. Del modo, y orden con que administraba sus Pue
blos el Venerable Padre quando estaba en ellos
Pag. 111
Cap. XVII. Del porte, que tuvo el Venerable Padre en s
persona. Pag. 123
Cap. XVIII Santa muerte del Venerable Padre Juan de Ugar
te. Pag. 129
Cap. XIX. De la viva fee, y esperanza del Venerable Padre
Pag. 136
Cap. XX. De su eximia charidad. Pag. 142
Cap. XXI. De otros admirables exemplos de la charidad de
Venerable Padre. Pag. 153
Cap. XXII. De su profunda humildad. Pag. 160
Cap. XXIII. De la extremada pobreza del Ven. P. Pag. 169
Cap. XXIV. De la castidad angelica del Ven. P. Pag 174
Cap. XXV. De la rendida obediencia del Ven. P. Pag. 184
Cap. XXVI. De la grande mortificacion del Ven. P. Pag. 189
Cap. XXVII. De las devociones, que tuvo el Ven. P. Pag. 198
C. XXVIII. De los dones con que enriqueciò el Señor á su sier
vo. Pag. 205

14520
Maggi

BA 752
V 727 v